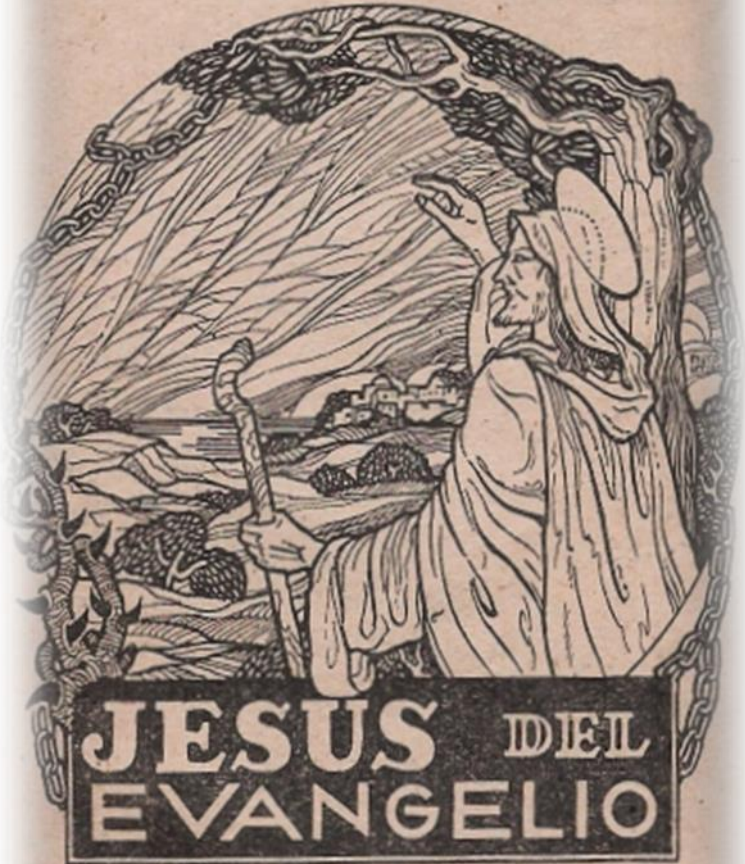


EDICIONES A. J. M.



Tomo II

(PRIMERA PARTE)

POR EL
Rdo. Sr. D. Antonio Amundarain
Director General de la Obra

Nihil obstat:

Dr. JULIÁN CANTERA

Canónigo Lectoral

Imprimatur:

Victoriae 2 mail 1946

Dr. JOSEPH M^a GOY

Vicarius Generalis

Hay un sello que dice:

OBISPADO DE VITORIA

-----Para uso exclusivo-----

de la «Alianza en Jesús por María»

1. EL PARALÍTICO DE LA PISCINA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Después de esto, siendo la fiesta de los judíos, partió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén una piscina (o estanque), dicha de ovejas, llamada en hebreo Bethsaida... en ella yacía una gran muchedumbre de enfermos... un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo... y agitaba el agua. Y el primero que entraba en la piscina, quedaba sano. Allí estaba un hombre que treinta y ocho años hacía que se hallaba enfermo. Como Jesús le viese tendido..., díjole: «¿Quieres ser curado?»—« Señor, respondió el doliente, no tengo una persona que me meta en la piscina, así que es agitada el agua...» Dícele Jesús: «Levántate, toma tu camilla y anda» (Joan V, 1-9)

ORACIÓN.- *¡Oh, Señor! Hace un año que subisteis a esta santa Ciudad y al templo, que encontrasteis profanado por vuestros hijos...*

Jerusalén os despreció y os arrojó de vuestra propia Casa...

Subís hoy de nuevo, sabiendo de antemano que os espera la misma suerte...

Os aguardan los vuestros; pero la Jerusalén oficial no os quiere...

¡Oh, contraste...! Ante la ingratitud de los hombres, vuestra caridad y vuestro amor se enardecen y acrecientan... Subís con el Corazón en la mano... En los pórticos del templo mostraréis vuestra misericordia y caridad con un miserable paralítico...

Dos, cien, mil veces subís, Señor, al templo de mi pobre alma... Y ella, egoísta e ingrata, otras tantas os ha expulsado quizás...

No os canséis, Señor, de intentarlo de nuevo... Subid con el corazón y con las manos abiertas... y entrad muy adentro en ella... y haced que yo no os expulse de ella jamás...

PUNTO I.- Jesús en Jerusalén

Se iba a celebrar en Jerusalén una fiesta solemne, probablemente la solemnidad de la Pascua, segunda de la vida pública de Jesús; y este emprende su viaje desde Galilea a la capital de Judea. La populosa ciudad (cien mil habitantes contaba entonces), con sus grandes fortificaciones, su gigantesco terraplén blindado de poderosos muros, torres y bastiones almenados, y su magnífico y artístico Templo de incalculable mérito y riqueza, era el centro de la religión y del verdadero culto de Jehová, como lo es hoy de la Iglesia católica la ciudad de Roma y el Vaticano.

Hormigueaba dentro y fuera muchedumbre de gentes, que llegaban de todas las regiones para tomar parte en los sacrificios.

El elemento hostil a Jesús gozaba allí de gran poderío; la ciudad de la religión mosaica se convertía oficialmente en centro de incredulidad y de resistencia frente a su Salvador.

Nada de esto se ocultaba a la divina sabiduría de Jesús; leía perfectamente en el fondo de los corazones; más, en su misión de Mesías, debe presentarse allí, de donde ya una vez, en la Pascua del año anterior, habíasele expulsado.

Le esperaban los suyos, que no dejó de haber, y también los enemigos, que, con razón, sospechaban su presencia en Jerusalén durante aquellos días; y en efecto, Jesús se presenta con prudente disimulo.

Conocedor de las disposiciones rencorosas de la gente oficial, sabía que aquella incredulidad y resistencia producirían, como fruto necesario, su muerte en la cruz a los dos años cabales. Esto no obstante, Jesús se manifiesta solemnemente como verdadero Mesías y Salvador del mundo.

El fruto de su apostolado, por lo menos entre la gente oficial, va a ser nulo y aún contraproducente; mas la voluntad de su Padre era el primer móvil y fin de sus sacrificios.

¡Cuánto que aprender tiene aquí la hermanita de la Alianza! En la vida seglar hay pasos poco lucidos y contrarios a nuestra inclinación natural, que sólo se puede realizar por el imperativo del deber dentro del destino.

La hermanita, en su plan de vida rigurosamente cristiana y perfecta, vive hostilizada por gente farisaica, que no admite intransigencias evangélicas, a las que califica de ridículas y exageradas.

Como Jesús en Jerusalén, en la mayoría de los casos, la hermanita en la sociedad que le rodea: fábrica, taller, oficina, calle o viaje, donde le acecha gente mundana (incrédulos de la vida cristiana), es casi siempre motejada, criticada y censurada.

Con todo, la hermanita es como un enviado de Dios y, con prudente disimulo, debe entrar donde, tal vez muchas veces, no puede entrar un ministro del Señor; y, aun cuando su predicación, o silenciosa del ejemplo, o solemne y manifiesta de la palabra, caiga en el desierto y alguna vez de ocasión a la calumnia o persecución, allí debe estar ella.

El primero y único móvil de la aliada es la *voluntad de Dios*. El fruto de sus sacrificios y de sus humillaciones – que con rectitud de intención siempre se consigue – será el *agrado* de Aquel a quien vive ofrecida y consagrada.

La voluntad de Dios, he ahí su intento. Aun cuando nada más se haya conseguido, es magnífica obra y magnífico fruto, y tendrá su magnífica recompensa en la gloria.

Hermanita: no mires los éxitos seguros o probables; mira el querer de tu Dios y su gloria, y siempre ganarás.

Si así lo hubieras hecho siempre, no llorarías con tanta tristeza y desilusión tus aparentes fracasos...

=====

PUNTO II.- El Paralítico

Por la puerta probática o de las ovejas pasa Jesús hacia el Templo. Más antes, un espectáculo desconsolador llama la atención y le conmueve las entrañas.

Allí a un lado hay una piscina, que en hebreo se llama Bethesda o Bethsaida (casa de misericordia). La sala, en que se halla esta fuente o piscina, está rodeada de varios pórticos, donde se ve un tropel de gentes, amontonadas unas sobre otras, acostadas sobre camastros o envueltas en mantas, con lamentable expresión de miseria y padecimiento... La piscina es de mármol blanco, de forma circular y cubierta con una cúpula sostenida por columnas; el estanque está rodeado interiormente de una grada donde poder sentarse.

Entre los enfermos que se apretujaban en derredor de la piscina, para aprovecharse de la virtud de sus aguas, hallábase un paralítico digno de especial interés...

Aquel desgraciado no tenía ni parientes ni amigos. Hacía treinta y ocho años que yacía entre sus compañeros de miseria. En vano pedía con súplicas, gritos y lágrimas que le entrasen en «No tengo hombre, ni un hombre; todos buscan su interés; no hay un amigo que pueda servirme, ni un protector que me sostenga, cuando yo quiero lanzarme al agua; y de este modo, siempre a cada esperanza corresponde un nuevo desengaño.

Doblemente desgraciada era, hermanita amada, la situación de aquel paralítico. Sobre sus treinta y ocho años de enfermedad gravitaba el desamparo. Si a su lado una mano caritativa hubiera servido de báculo, su enfermedad no se hubiera prolongado durante tanto tiempo. Pero, nadie en tantos años tuvo compasión de aquel desgraciado; en compañía de

tantas gentes, estaba *solo*, y ésta es la más triste de las soledades: la soledad de la caridad, la compañía del desamor.

El porvenir de la Alianza, del que tantos se preocupan, quedará perfectamente remediado sin que ninguna hermanita tenga que preocuparse de ello, si cada hermanita, revistiéndose de verdaderas entrañas de caridad, es perfecta *hermana* de su hermanita.

Un gran espíritu de caridad, de caridad sobrenatural y divina, debe reinar entre todas las hermanitas de la Alianza; caridad y celo, caridad y desinterés personal, caridad y espíritu de sacrificio, amor e interés por el bien de todas sin distinción, porque todas son hermanitas.

He ahí la solución a los problemas, que el mundo fríamente quiere remediar construyendo Hospitales y Casas de Beneficencia, los cuales cabalmente ha hecho necesarios la falta de verdadera caridad. Porque la caridad por individuo no llegaba a todos los necesitados, se ha inventado, con nombre de caridad, el modo de reunir una comunidad de almas de CARIDAD y otra, triple en número, de los necesitados de ella, para que entre ellos se reparta, en la ración que resulte, la caridad que aquellas almas desborden de sus corazones virginales. Sobre cien desheredados de la caridad y del amor apenas viene a caer la de tres o cuatro que aman.

No es así en la Alianza, hermanita amada; tanto debe en la Alianza reinar la caridad y el amor mutuo, que, desbordándose, llegue a *rebasar* sobre todas las que lo necesiten; que ninguna hermanita sufra su ausencia; que todas gocen sobreabundantemente de la caridad.

Triste cosa sería que alguna de nuestras hermanitas, en su abandono, se viese obligada a decir: «no tengo hombre» que me ayude; no tengo hermanita que sea mi hermana, que me alivie y me consuele.

Hermanita: ¿reina en tu Centro esta caridad? ¿La tienes tú? ¿La quisieras para ti? Tenla tu primero.

PUNTO III.- Jesús

Jesús, a quien su infinita compasión atrajo hacia aquel lugar de dolor y miseria, va a prepararse a su misión mesiánica solemne en el Templo, por un acto sublime de caridad y misericordia.

Apenas asomó el divino Nazareno en aquel triste lazareto y vio amontonada la miseria de aquellos desgraciados, su divino Corazón se conmovió con infinita ternura. Y fijándose en el más abandonado de todos, antes de que nadie se adelantase a suplicarle, impulsado por su amor, llegóse al paralítico, le miró y le dijo: «¿Quieres ser sano?». El enfermo no conoce a Jesús, ni sabe a qué viene aquella pregunta, pues le parece inútil preguntar a un enfermo de tantos años, si quiere ser sano. En su respuesta rebosa profunda tristeza: «Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina, cuando el agua fuere revuelta y, entre tanto que yo voy, otro entra antes que yo».

Jesús se enterneció y se conmovió; se miraron los dos, y el paralítico, creyendo ver en Jesús a uno de tantos curiosos que por allí pasaban, se sumergió en la tristeza, mientras el divino Taumaturgo le dice «Levántate, toma tu camilla y anda». Estremeciéndose el enfermo, intentó obedecer y se levantó curado, cogió su camilla e iba...

Jesús ha satisfecho una necesidad de su divino Corazón. Y esto le da ocasión para revelar a todo Jerusalén las inescrutables riquezas de su amor, cuya expansión en el mundo es su insaciable sed.

Jesús va a manifestarse a su pueblo, y, antes de revelar su doctrina, quiere revelar su CORAZÓN. No es esta la única ocasión en que obra así; lo viene haciendo desde el principio, y lo hará hasta el fin.

Jesús enseña primero su Corazón, su Corazón es su mensajero; antes de abrir su boca para hablar, abre su Corazón para amar y atraer; Jesús, con amor probado, conquista las

almas que no se resisten y no se cierran..., y después las instruye, las forma. Es el modo invariable de su apostolado.

Hermanita: hermosa es esta lección para ti y para toda la Obra de la Alianza. ¡Apréndela bien!

Si quieres enseñar con fruto, comienza tu apostolado mostrando las riquezas de tu caridad sobrenatural para con las almas que quieras formar. Comienza por probar con obras tu celo y tu amor hacia ellas; muéstrate como Jesús, muéstrate *hermanita de veras*. Comienza obrando y termina enseñando; revela primero tu corazón virginal, lleno de caridad y celo, y después sin dificultad derramarás la doctrina. Cura los corazones y curarás las inteligencias; abre con preferencia tu corazón, tu caridad, y, en proporción adecuada, abrirás tus labios para enseñar.

En gran parte, la esterilidad de nuestros discursos está en la ruindad y esterilidad de nuestros corazones; un charlatán poco convence.

La aliada es apóstol; pero enseña más con el corazón y las obras que con los labios y los discursos. Por su propia naturaleza y constitución de su ser, la mujer es más corazón que cabeza. Sigue, pues, el camino que ha trazado el Creador.

Hermanita: ¿Quieres conquistar almas? No empieces con discursos artísticos y composiciones lindas; comienza amándolas, enséñales tu corazón, hazles el bien, procura que te quieran, y las ganarás primero y luego las formarás para Dios.

¡Qué diferencia entre el modo de enseñar de Jesús y el de los fariseos! Jesús lleva siempre en la mano su Corazón; en cambio, estos hombres egoístas y orgullosos enseñan su ley *seca* sin corazón, sin alma y sin amor.

Hermanita: da expansión a tu corazón; prepara la tierra con la unción de la caridad, y después sembrarás con provecho la semilla de Dios.



2. EL PARALÍTICO DE LA PISCINA

(CONTINUACIÓN)

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- De repente se halló sano este hombre; y cogió su camilla e iba caminando... Hallóle después Jesús en el templo y le dijo: «Bien ves cómo has quedado curado: no peques, pues, en adelante para que no te suceda alguna cosa peor»... Pero estos (los judíos) por lo mismo, perseguían a Jesús. (Joan. V, 9-16)

AFECTOS, PETICIONES... – *Señor, alabo tu poder y tu misericordia... El hombre que había perdido hasta la noción de la felicidad, se siente repentinamente sano y feliz...*

¡Cuántas almas, cautivas infelices por largos años en el pecado, han logrado, por tu misericordia, esta inmensa felicidad!...

En el templo te conoció el..., en el templo le perdonaste sus pecados..., en el templo le pediste la enmienda... Y en el mismo lugar santo te persiguieron otros...

Señor, en el templo te conocí..., en el templo me perdonaste..., en el templo te juré fidelidad y amor...; mientras otras almas, en el mismo lugar, te han insultado...

¡Oh, Señor! Allí, en el sagrario, te buscaré siempre, te encontraré, te conoceré, te seguiré y te amaré.

¡Haz que nunca te pierda...!

PUNTO I.- La Confesión

Junto con el hermoso ejemplo de compasión y misericordia, nos ofrece Jesús, en la curación del paralítico de la piscina que considerábamos en la meditación precedente, una bellísima figura del sacramento de la Penitencia.

Generalmente hablando, en el Evangelio la curación de la parálisis figura este sacramento.

Así como el paralítico de Cafarnaún, la parálisis en este caso, no sólo es figura, sino también efecto del pecado, en ambos casos, como comprobación de la curación milagrosa, el Señor manda a los paralíticos curados tomar ellos mismos su cama y andar, y este es cabalmente el efecto del sacramento de la Penitencia: devolver la vida y el ejercicio de ella por la gracia.

Besthsaida (casa de misericordia), con su piscina en medio de sus arcos y la multitud de enfermos que esperan allí el movimiento del agua, es, pues, un perfecto símbolo del sacramento de la Confesión.

Jesús, divino sacerdote que pasa lleno de misericordia, se detiene junto a uno de aquellos miserables, le mira, se compadece y le pregunta: « ¿Quieres ser sano?» «Señor, responde el enfermo, no tengo quien me ayude...»

Ningún pecador se cura de su espiritual parálisis, si primero no pasa junto a él Jesús compasivo y misericordioso, invitándole al perdón con un toque amoroso de su gracia.

No está sólo en la voluntad y en el querer del pecador el entrar en la piscina de la confesión sacramental y curarse. El paralítico necesitó un hombre para moverse, y cabalmente llevaba treinta y ocho años allí sin curarse, porque no hubo un caritativo enfermero. ¡Jesús fue este gran Hombre!

Treinta y ocho años estará el pecador inmóvil en su pecado, si Jesús no llega a él lleno de bondad, llamándole dulcemente con su gracia: «¿Quieres ser curado?»

Repasa, hermanita amada, la historia de tu vida, y verás clara la verdad de esta escena en ti misma. Vivías tú, durante largo tiempo tal vez, inmóvil en una triste parálisis espiritual: pecado, pasión, tibieza, flojedad, mucha miseria. La piscina milagrosa de la confesión estaba a la vista; veías moverse el agua del sacramento y a muchas almas que salían curadas, y tú... en tu inmovilidad e insensibilidad...

Hasta que un día ¡qué día aquel! Jesús compasivo pasó junto a ti y la voz de su gracia sonó, más fuerte que nunca, en las profundidades de tu alma, invitándote: « ¿Quieres ser curada? » Bastó un *sí* decisivo de tu buen corazón, para que Jesús inmediatamente dijera: « Levántate, toma tu camilla y anda ».

Y, en efecto, sentiste la vida, sacudiste tu espíritu, que hacía tanto tiempo lo tenías amodorrado, y decididamente comenzaste a andar por el camino que Jesús te venía a mostrar.

¡Grande y feliz aquel día! ¡No lo olvides! Si hoy eres hermanita de la Alianza (y bien sabes todo lo que esto significa), recuerda que se lo debes a Jesús, que tuvo compasión de ti.

El principio de tu vida de fervor, en un plan nuevo, con vistas a la gran altura de tu perfección aliada, arranca de esa fecha memorable, fecha de tu vuelta generosa y de tu curación radical.

¡Bendito día! No lo olvides...

=====

PUNTO II.- Medio paralítica

Las obras de Jesús siempre fueron cumplidas y completas. A nadie curó a medias. Resucitó a Lázaro, al hijo de la viuda de Naín, a la hija de Jairo, y volvieron a la vida en toda la plenitud de su salud: Sanó a los leprosos, y quedaron del todo limpios; dio vista a los ciegos, y vieron sin dificultad alguna; curó en Cafarnaún a un paralítico que bajaron por el tejado, y éste, cargando con su camastro, se fue a su casa...

Así también curó espiritualmente a María Magdalena, a la Samaritana, a la adúltera, a Zaqueo, y su conversión fue tan radical que se convirtieron en sus más fervientes seguidores.

¿Dónde estaba el secreto de estas curaciones? No tan sólo en el poder de Jesucristo, sino también en el deseo y repetida petición de los así curados y en la fe que tenían en el divino poder de Jesús. Jesús pide a todos la profesión de la fe: « ¿Crees que puedo curarte?» «Todo es posible para el que cree ». «Como lo has creído, así se te haga». «Tu fe te ha salvado»...

La fe en el divino Nazareno los llevaba a Él; la fe les hacía gritar: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí». Es decir, *querían* curarse y *creían* que Jesús podía curarlos.

Es muy probable que Jesús pasó muy cerca de muchos enfermos, como en la probática piscina de Bethsaida, y ellos no se curaron, porque no quisieron curarse, o no creyeron en El que quería curarlos.

Hermanita amada: no todos se curan en el sacramento de la confesión; porque no tienen interés en curarse, o no creen en el poder de la confesión sacramental.

Los que van a confesarse sólo por interés temporal, por compromiso, por cumplido, por sentar plaza de buenos

cristianos, et., no tienen interés en curarse de sus pecados, y no se curan... ¡Desgraciados!

La fe en Jesús, la fe en la eficacia del sacramento, la fe en la vida de la gracia, la fe en la gravedad y *mal único* del hombre, que es el pecado, la fe en la necesidad de este sacramento..., es requisito indispensable para curarse por medio de la confesión.

¿Por qué hay tanto enfermo de alma, estando tan cerca el divino Taumaturgo, si no por qué no se cree en la eficacia del remedio, en el bien inmenso de esta salud espiritual, en la necesidad de la vida sobrenatural, en la desgracia de la muerte del alma, en la parálisis completa por causa del pecado?

Y ¿qué diremos de ese ejército de medioparálíticos, de hemipléticos espirituales, que viven mancos, o arrastrando un pie, siempre cojos, siempre inútiles, medio muertos y medio vivos?

¿Por qué no acaban de curarse estos enfermos?

- a) Porque no acaban de buscar de veras al divino Nazareno.
- b) Porque no acaban de convencerse de que están enfermos de corazón.
- c) Porque confunden miserablemente la vida y la muerte de ese pendulismo en que viven, columpiándose entre Dios y el mundo.
- d) Porque no acaban de creer en Jesús, en su amor, en su Sagrario, en sus llamamientos, en sus infinitas ternuras...
- e) Porque no acaban de decidirse, de una vez, o darse totalmente...
- f) Porque todo lo hacen a medias: se confiesan a medias, se enmiendan a medias, rezan a medias, comulgan con medio – corazón, leen de todo a medias, siguen a Jesús a medias y le aman a medias... ¡Todo a medias!

¿Eres tú, acaso, del número de estas almas? ¿Hermanita a medias?... ¿No sabes que eso es un absurdo?

En la Alianza caben paralíticas, pero *radicalmente* curadas.

=====

PUNTO III.- « Ya estás sano no peques más »

Jesús, después de hecho el milagro, desapareció entre la muchedumbre, y el afortunado paralítico no supo quién era aquel extraordinario bienhechor; tan pronto como sintió en sí la vida, cargó alegre con su camilla y se fue.

Mas a poco volvió al templo, movido sin duda por un sentimiento de gratitud para con Dios, y allí, en uno de sus pórticos, se encontró con su divino Salvador.

Revelóse éste al paralítico en el templo; allí se encontraron los dos, porque allí debía completarse la curación. En el arco de la piscina se curó su cuerpo, en el templo se curó su alma, y, para prevenirle de caer de nuevo en el pecado, le añadió: « Mira, que estás curado: no quieras volver a pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor.»

Curado el cuerpo y sanada su alma de todo pecado, llegó a conocer a Jesús, y le siguió...

Hermanita amada: en el templo te encontró Jesús y allí te curó de tus miserias y enfermedades, cuando tú de veras creíste en El y le pediste la curación... ¿Lo recuerdas? ¡Cuánto bien te hizo!... ¿Se lo agradeces?

«Mira que ya estás curada», Hecha una sincera y dolorosa confesión de tus muchas fragilidades y miserias, has escuchado estas consoladoras palabras de Jesús: «Ya estás curada».

¿Lo crees, o aún lo dudas? ¿Podría acaso dudar el paralítico, después que hubo llevado a su casa la camilla sobre la que yació tantos años?

Cuando en la soledad del templo te recogiste para dar gracias al Señor, ¿no percibiste acaso la dulce voz de Jesús que te repetía: «Ya estás curada»? ¿No te lo ha repetido una y mil veces tu confesor y cuantos confesores has consultado sobre lo mismo? ¿Y qué?... Aquella paz interior, aquel gran consuelo y gozo de tu alma; aquel sentir una nueva vida, un fervor nuevo, un amor más ardiente; aquel resolverte con decisión a un plan generoso, ¿no eran acaso disposiciones, como el levantarse del paralítico y cargar con su camilla y correr a su casa? ¿No era aquello una señal clara y evidente de tu curación, de tu restitución a una vida que hacía tiempo no vivías?

¿Por qué, pues, vives todavía dudando de tu curación, dando lugar a preocupaciones inútiles, molestas y perjudiciales a tu espíritu, que se agita sin motivo ni razón?

¿Para qué esas angustias, esas desconfianzas, esos temores, esas tristezas, esas congojas y apreturas de corazón, que agotan inútilmente tus energías y te distraen del bien positivo y verdadero?

¿No hubo, por ventura, en ti tan buena voluntad de curarte, como en el paralítico? ¿Creíste en el poder de Jesús y en el amor con que vino a curarte? Entonces... ¿por qué dudas?

«No peques más» Aplica a eso tu atención. Deja a un lado lo que ya está perdonado; no te entretengas pesando en lo pasado. Da gracias a Dios por ello, y piensa en el tiempo presente y un poco en el futuro.

Vive bien lo que está en tu mano, aprovecha el instante actual, cumple el deber cuando estás en él.

«No peques más». Esto quiere Jesús: que no vuelvas al pecado, que evites toda falta grave o leve; obra el bien; ocúpate en eso... Obra el bien y obra bien, enfoca ahí tu mente, tu voluntad y tu corazón. Pon tu vida en *vivir* tu vida, esa vida que te ha devuelto Jesús en la piscina de la confesión.

«No peques más». No mates la vida, ni la amortigües, ni la disminuyas, ni la entorpezcas, ni la debilites. *Vívela* vigorosamente, intensamente, profundamente, esforzadamente.

Eso es una hermanita...; ese es tu fin, tu plan, tu deber. Insiste en ello, «no sea que te acontezca otra cosa peor».

=====

3. JESÚS SE RETIRA A GALILEA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Entonces Jesús le dijo: «Como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace..., y aún le hará y manifestará... mayores que estas... Pues, así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere... En verdad, en verdad os digo, que quien escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida»...

(Joan. V, 17-24).

—————

AFECTOS Y SUPPLICAS...- *¡Oh, Señor! Solemnemente os reveláis en el templo, como Hijo de Dios...*

¡Creo en vos, Señor!... Avivad mi fe.

Los judíos han escuchado vuestra palabra; pero no creen, sino que os persiguen.

Abandonáis el lugar santo y Jerusalén quedará en tinieblas, porque rechazaron la luz que vino a iluminarlos...

No tendrá excusa su pecado, porque voluntariamente cerraron los ojos a la luz...

¡Desgraciada el alma que se cierra a la luz y a la gracia de Dios! ¡Terrible sus suerte la del alma que es abandonada de Dios!...

Señor, que tu luz me guíe siempre, que tu gracia me conforte, que mi corazón sea tu templo, que en mi insensatez no te arroje de él...

¡Que, aún en mis infidelidades e ingratitudes, no te vayas de mí!...

¡¡Señor, que no sea yo un templo abandonado!!!

=====

PUNTO I.- Jesús en el templo

Después de la curación milagrosa del paralítico de la piscina, Jesús se ve rodeado por un grupo de fariseos, y esto da lugar a una interesante revelación de su personalidad y de su misión en el mundo.

En la Pascua del año anterior no habló Jesús públicamente de su divinidad; en esta lo hace clara y terminantemente ante un numeroso auditorio.

«En verdad, en verdad os digo (dice entre otras cosas) que viene tiempo, y ya estamos en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y aquellos que la escucharen, revivirán. Porque, así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo. Y le ha dado potestad de juzgar en cuanto es Hijo del Hombre»...

En estas y otras admirables sentencias (*Joan. V, 19-47*) demuestra el divino Maestro solemnemente ante el pueblo y los miembros del Sanedrín, su divinidad por identidad de naturaleza, de vida, y por su poder sobre el orden natural y sobrenatural; aduciendo, en prueba de ello, sus portentosos milagros, el testimonio de Juan Bautista, de Moisés y hasta de su propio Padre.

Justo fuera que los maestros de Israel, ante esta magnífica y contundente revelación de Jesús como su

verdadero Mesías, depusiesen su rencorosa actitud y viniesen al camino de una sincera reconciliación; pero su gran soberbia y egoísmo los obcecó de tal manera, que, cabalmente desde aquel momento, tomaron la infernal resolución y trazaron el plan criminal de desembarazarse de Él, dando lugar a una persecución abierta y violenta contra su Sagrada Persona.

Por lo cual, Jesús se verá obligado a dejar de nuevo la ingrata ciudad y volver a su país de Galilea.

¡Qué tristeza la suya, a la vista de tal resistencia a la gracia que los llama a la salvación, y del castigo que los aguarda!

Hermanita amada: Dios vive entre nosotros. Jesús pasa cerca, muy cerca de las almas, y estas, en su habitual distracción, no se dan cuenta de su presencia; las bagatelas de lo presente entretienen a los hombres.

Hay quienes, como los maestros de Israel, no quieren creer en Dios; aun cuando su divinidad está claramente probada y manifestada ante sus ojos, prefieren cerrarlos y correr a la deriva por el mundo: ¡Desgraciados! En su ceguera morirán...

Otros creen y hablan de su misión en la tierra; pero tratan de desentenderse de Él, porque, para vivir ellos a su modo, la doctrina y los caminos del Maestro son grave inconveniente y traba. «El mundo necesita de Dios, dicen ellos, pero nosotros bien podemos pasarnos si El». A eso llega la soberbia farisaica de los hombres.

Muchos otros, no sólo creen, sino que quieren figurar entre los buenos seguidores del divino Maestro; pero no en todo son fieles a su divino llamamiento. Ante ciertas exigencias de su ley y de su Evangelio, presentan sus *razonadas* excusas, se detienen y hasta retroceden...

Por no decir que Dios, dicen que la Iglesia, el Papa, los Obispos, los confesores son excesivamente rigoristas y exigentes, y que hay cosas que no dicen bien con la infinita bondad de un Dios de amor... ¡Cálculos egoístas y comodones de las almas que siguen a Jesús al Cenáculo, mas no al Calvario!

Hermanita, ¿hallas en tu conducta algo que merece corregirse en esta materia? Examínate bien; es muy fácil que el amor propio se agazape bajo las imperceptibles protestas de tu viciada naturaleza a los llamamientos de la gracia, que te convida a una generosa entrega a los deseos de tu Dios.

Que no se vaya el señor... y te quedes sola en el *templo*...

PUNTO II.-Jerusalén-Alianza

Dos veces ha intentado el Divino Maestro manifestar su Persona y los tesoros de su inagotable Corazón en la capital de su patria, y las dos veces ha sido violentamente rechazado por los representantes de la alta Jerarquía de los judíos.

Así un día podrá apostrofarla, con lágrimas en los ojos, con aquella conocida sentencia: « Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces he querido congrega a tusa hijos, como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas, y no las ha querido!»

Hermanita, ¿no es acaso la Alianza una pequeña Jerusalén, donde se ha levantado un templo a Jesús, para que él more y viva para la Obra y para ti?

En efecto, ahí está El y ahí está su doctrina completa, su Evangelio entero y total; ahí habla el Maestro y ahí te ha revelado el misterio de su personalidad y de su amor. Tú eres su discípula aprovechada o perezosa, que eres llamada a conocer su vida y sus caminos hacia la cumbre de la santidad.

A ti, de un modo particular, se te ha dado a conocer el misterio del reino de Dios, mientras otras almas sólo lo conocen en sombras y parábolas. Esta gracia se te ha hecho a ti.

Jerusalén un día no podrá alegar excusa por ignorar esta verdad, puesto que la luz vino a sus ojos y ella los cerró para no verla; ignoró tal vez el misterio, pero fue por culpa suya.

¡Oh, hermanita amada! ¡Qué triste y terrible es la ceguera de los que no vieron el pleno día de las revelaciones divinas! No quisieron entender, para no verse obligados a cumplir lo que su flojedad se resistía a cumplirlo.



Tú, hermanita amada, no quieras cerrar tus ojos a la luz que te viene de arriba. Tú sabes (es tu deber saberlo) el don de Dios, y quien es Aquel a quién te has consagrado.

Jerusalén y su templo quedan en tinieblas, hasta el día en que de arriba abajo se rasguen el velo de aquel y se oiga en sus cercanías la luz del Centurión: «En verdad que este hombre era hijo de Dios».

También hoy en muchos corazones la muerte vendrá a rasgar el velo de su culpable ignorancia, y el alma, al abandonar su profanado templo, confesará temblorosa: «En verdad que Jesús era Hijo de Dios...» y su doctrina y su ley y su Evangelio era Dios, y la voz de la Iglesia y del Papa y la del Obispo y la del confesor eran voz de Dios...

¡Confesión tardía, que no tiene remedio!

Es ahora el tiempo de las sinceras y francas confesiones. Jesús es tu Dios y El será un día juez. «Viene la hora en que los que están en los sepulcros oirán su voz».

(Joan. V, 28).

Aviva esa fe, aviva esa luz, y camina en ella sin desviarte ni a la derecha ni a la izquierda; no seas jamás de los que, buscando la *vida*, han huido de ella.

Densas tinieblas cercan hoy al mundo; de ahí tanta confusión y tanto desvío, tanto descarrío y tanta perdición de almas.

Que la antorcha de la fe ilumine siempre tu alma. Cree, hermanita amada, cree en Jesús, cree en su Evangelio, cree en la Iglesia y en su Pastor infalible. Cree firmemente, vive de la fe, vive del evangelio, vive de Jesús. No hay otro nombre, no hay otro Salvador. No le pierdas; no quede tu alma, como Jerusalén, como su templo... ¡Triste destino el suyo!

=====

PUNTO III.- Camino de Galilea

En su culpable letargo queda dormida la ingrata ciudad de Jerusalén, cuya mayor desgracia es la impiedad de sus funestos guardianes, los cuales, como pastores mercenarios, después de haberla esquilado, la arrastrarán a su ruina.

Jesús, frustrado en sus planes amorosos, abandona de nuevo la ciudad y sale camino de Galilea, donde libremente desplegará todo su celo en bien de las almas.

Mezclado y confundido entre caravanas de peregrinos, que, después de celebrar la Pascua, regresan a sus hogares, se pone también en camino el dulcísimo Maestro, fervorosamente amado de muchos que ya le conocían de antes, y admirado y respetado de otros, que tal vez hasta aquellos días no tuvieron la suerte de tratarle.

Tan sencillo y humilde como uno de tantos, confundido entre todos y a todos asequible, soportando sin queja el calor y

el polvo de los caminos, descansando en las fuentes y hospedándose en las ventas, ¡El!, el rechazado y perseguido de los fariseos obcecados, vuelve tranquilo, para reanudar sus tareas de predicación por las cercanías de Cafarnaún.

¡Dichosos los pueblos que sin recelo le abren sus puertas! ¡Desdichados, en cambio los que se las cierran!

Hermanita amada, dirige una mirada a la infeliz ciudad de Jerusalén, y a las almas que, como ella, en su gran egoísmo y orgullo se han obcecado. Almas predilectas quizás del divino Maestro, como lo fue Jerusalén, a quienes de un modo patente se ha revelado su enamorado Corazón y de quienes, como de viña cariñosamente cultivada, esperaba óptimos frutos... ¡Infelices!...

¿Qué suerte será la suya? Abandonadas de Jesús, ¿dónde encontrarán su salvación? ¡Oh, qué trágico es el fin de los que mueren de espaldas a Dios su Salvador!

Las ruinas de la antigua Jerusalén son la estampa gráfica de las almas arruinadas y condenadas.

¡Oh, hermanita! ¡Que no seas de su número...! ¡Que, cuanto más escogida Jerusalén seas, tanto mayor y más trágica será ruina!

Para evitarla, el remedio está en seguir fielmente a Jesús, pues Él es el camino. Únete a su alegre caravana de peregrinos, que caminan por las empolvadas sendas de Palestina, donde Jesús es el amigo y el atractivo de todos los caminantes; su conversación amena y familiar a todos interesa, todos quieren escucharle, ninguna de sus palabras divinas se pierde, las fatigas del camino no molestan, y, cuando se detiene, todos le hacen corro, todos callan para que Él hable.

Da, hermanita amada, fuerza y espíritu a tu fe, este es el secreto: aviva tu fe, y verás que cabalmente esa es tu vida de hermanita en medio del mundo.

En el campo y en la calle, en el tren o en la tartana, entre caravanas de gentes con las cuales vives mezclada y confundida, invisible a tus ojos corporales, pero visible a la luz de la fe, va el Dulcísimo Peregrino de Galilea que ha prometido no apartarse de los suyos.

Tan amigo, tan bondadoso, tan sencillo, tan atrayente, tan... simpático compañero tuyo de viaje es siempre Jesús, como lo es para todas sus hijas de la Alianza.

Nunca, hermanita amada, nunca te creas *sola*, aunque vivas sola en el último rincón del mundo. Jesús, tu dulce amigo, hermano, esposo, te acompañará, si tú en tu insensatez y locura no le abandonas.

La compañía de la Alianza es Jesús...

La compañía de Jesús en medio del mundo es la Alianza.

No dejes solo a tu Jesús...

Jesús no te dejará sola a ti...

4. RECOGIENDO ESPIGAS DE TRIGO

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.-

Aconteció... que pasando Jesús junto a unos sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y, restregándolas entre las mano, comían los granos. Algunos de los fariseos les decían: «¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?» Y Jesús tomando la palabra..., añadióles: «El Hijo del hombre es dueño aún del sábado...» (Luc. VI, 1-5).

AFECTOS, SÚPLICAS...- *¡Oh, divino Pastor!*

Vuestras ovejas nada temen al arrimo de vuestro cayado...

A vuestra sombra caminan por pastos sanos y saludables...

Los lobos vienen en acecho a la espalda; pero Vos les salís vigilante al paso para defender vuestra grey...

Rebaño de ovejas escogidas debe ser también la Alianza, la cual camina por veredas de sacrificio en campo raso y solitario...

Contra el lobo invasor Vos sois su defensa y su compañía...

Y en las privaciones de la vida no permitís que les falte la provisión de buen trigo...

Señor, que las que os siguen, procurando primero vuestro reino de amor y de santidad, encuentren siempre lo que prometisteis dar por añadidura.

Haced, Señor, que su alimento en el desierto sea vuestro maná, flor de harina...

=====

PUNTO I.- Modo de seguir a Jesús

Aconteció que..., pasando por unos sembrados Jesús y sus discípulos, estos remediaron su necesidad recogiendo y comiendo los granos de trigo que hallaron a la vera del camino.

La escena, narrada por San Lucas, es por demás encantadora.

Por una estrecha senda, que atraviesa un campo de trigo ya maduro y en sazón, de uno en uno o, a lo más, de dos en dos, caminaban con su Maestro los sencillos pescadores de Galilea. Era tal vez cuando regresaban de Jerusalén hacia su amada tierra.

Quizás llevaban ya una larga caminata, caldeados por el sol, desfigurados por el polvo, sin provisiones y atormentados por el hambre. Es posible que, con sencillez y confianza de hijos, hayan manifestado ya esta necesidad a su compasivo Maestro, el cual, indulgente y bueno siempre, permite que la remedien de alguna manera, frotando entre sus manos algunas espigas de trigo que hallan al paso y comiendo su grano.

No consta que lo hiciese el Maestro; más bien, de la acusación de los fariseos parece deducirse que no lo hizo; pero permitió y autorizó lo hiciesen sus discípulos.

¡Bajo la compasiva mirada del Maestro, los discípulos remedian el hambre, comiendo unos granos de trigo que recogen en el camino!...

Admiremos aquí la extraordinaria pobreza, sencillez y olvido de sí mismos, del Señor y de sus discípulos.

Esto prueba que no siembre fue fácil y agradable a la naturaleza el seguimiento de Jesús, y que, si los apóstoles siguieron con entusiasmo al Maestro, no fue por las ventajas y regalos que a diario recibieran de sus manos, sino movidos por un amor más puro y desinteresado hacia Él, que prueban con

el sacrificio y las privaciones soportados con generosidad y hasta con alegría.

Nada poseen, ni nada llevan en sus alforjas, ni siquiera lo más indispensable. Recorriendo largas caminatas por sitios costosos y solitarios, molestados por el sol, el polvo, las piedras o las espinas y las incomodidades. Y, sin embargo, aquellos hombres estaban contentos y a nada más aspiraban que a la compañía de su Señor y Maestro.

¡Qué bello ejemplo de frugalidad y de gozo apostólicos!

¡Cuánto que aprender hay aquí, hermanita amada!

Un día lo dejaron todo los buenos apóstoles para seguir a su Maestro amado, y de tal modo el amor cautivó sus corazones, que las fatigas y austeridades de la vida no disminuyeron un punto su entusiasmo por El. También tú dejaste un buen día las vanidades de una vida alegre y tal vez cómoda y divertida, que el mundo te ofrecía, para seguir al Señor por caminos de pureza, amor y sacrificio. Al emprenderlos sabías, ya que nadie te engañaba, que en su seguimiento habías de tropezar con dificultades y hasta con grandes privaciones.

Acaso un día te convidará Jesús a comer con El en un regalado banquete (Caná, Betania, Jerusalén), otra vez en sus divinas manos multiplicará el pan y te saciará con manjar milagroso; pero no han de faltar ocasiones, y acaso más frecuentes, en las que tendrás que remediar el hambre con el trigo que amasó tu sudor con sacrificio.

Esto enseña que no has de seguir a Jesús por lo que El *da*, sino por lo que Él es; que tu amor ha de ser puro y recto, no pensando en los regalos y ventajas que para ti trae el seguimiento de Jesús, sino pensando en su persona, en sus deseos, en su voluntad y en los regalos que tú, con todo fervor, has de procurar a su Corazón sediento.

No olvides que la Alianza ama a Jesús en pureza y sacrificio, y que la pureza no está en mimos y regalos, sino en desprendimientos y abnegaciones, lo cual, al mismo tiempo, es una perfecta y continua práctica de sacrificio.

¿Lo haces? ¿Qué buscas en la Alianza? ¿A Jesús o a sus regalos?

=====

PUNTO II.- Espionaje de los fariseos

El Sanedrín no se ha contentado con perseguir y expulsar al divino Mesías de la ciudad santa y de su templo, sino que, con infernal saña, monta alrededor de Él un verdadero servicio de espionaje, y los emisarios, a tal objeto designados, le siguen y le rodean, sin otra intención que buscar un pretexto cualquiera para acusarle ante los magistrados y perderle.

Allí vienen detrás del Señor, arrebuajados en sus elegantes mantos, con falsísimo disimulo, mostrándose celosos cumplidores de la ley, y ellos son los que, como escandalizados de la inocente manera con que los discípulos satisfacen algo su hambre, se dirigen al divino Maestro con estas palabras: «Mira, que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado».

No habían podido hasta entonces hallar nada censurable para poder acusar a Jesús ni a sus buenos apóstoles, a pesar de la exagerada diligencia con que examinaban todos los actos y todas las palabras del Maestro y de los discípulos. Y he aquí que, a falta de otra mayor y más grave falta, salen por medio de una interpretación completamente arbitraria, con que no santifican el sábado por cortar y majar unas cuantas espigas en un tragal que bordean, cuando la ley sólo prohibía el trabajo servil y el innecesario. ¡Qué sensible es ver y qué pena dan corazones tan ruines y mezquinos, carcomidos por la envidia y por el odio...!

Hermanita amada, esta será siempre la suerte de la Alianza en el mundo; hasta en eso habremos de parecernos al divino Maestro y Salvador.

La Alianza no puede tranquilamente realizar su plan de vida y de apostolado, sin evitar la hostilidad de los modernos fariseos. El espionaje disimulado de almas ruines nos ronda en todas partes, y, cuando no tengan otra acusación que lanzarnos, rasgarán sus vestiduras en señal de dolor y escándalo, porque han visto a una hermanita sentarse, cuando los demás están de rodillas en el templo.

Lo que para la mayoría de las gentes es cosa corriente, perdonable y hasta de buen gusto, no lo será para la aliada, y sin compasión caerán sobre su rostro mil censuras y acusaciones, acerca de detalles ridículos en su conducta religiosa o social.

Y al revés; tratándose de detalles que la Alianza considera importantes para el exacto cumplimiento de los fines que en ella se señalan, el mundo farisaico seguirá motejándolos de ridiculeces y ñoñerías extravagantes.

Hermanita, acuérdate de dos cosas: 1^a) Eres discípula y sierva de Cristo y, por ser tal, lo que hicieron al Amo es natural lo hagan al siervo. Por algo dijo El: «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí». (*Joan. XV, 18*). «No es el siervo mayor que su amo». (*Ibid*).

2.^a) Tú eres una *prolongación* del mismo Jesús en el mundo. En tu persona continúan sus enemigos persiguiendo a Jesús. La Alianza encarna en su espíritu y en su vida a Jesús mismo, y necesariamente tiene que encarnarle en todo su ser y en todos sus detalles y relaciones, su suerte tiene que ser la tuya, sus caminos y sus trabajos y sus sacrificios y sus lances con el mundo y sus persecuciones y sus calvarios serán los tuyos; como después sus trofeos, sus triunfos, sus glorias y su felicidad y gozo serán también tu gozo y tu felicidad en su Reino.

De ahí la oposición irreductible entre la Alianza y el mundo, la misma que existe entre éste y Jesucristo; por donde resulta inevitable ese incesante espionaje de sus emisarios contra la Obra y contra ti.

Por algo el divino Maestro prevenía y avisaba, a tiempo y en todos los momentos, a sus amados discípulos contra las acechanzas de los disfrazados maestros de Israel.

Ya sabes, hermanita; tú no puedes pactar jamás con los acusadores y perseguidores de este injerto de Jesús, la Alianza, si no es renunciando a tu condición de hermanita y fiel seguidora de Jesús.

Por sus frutos los conocerás...

PUNTO III.- Jesús, amigo y defensor

Cuando los discípulos desgranaban entre las manos las espigas de trigo y lo comían, Jesús iba en medio de ellos bondadoso, compasivo y solícito.

Ahí le cuadra perfectamente el nombre, que un día se aplicó a sí mismo, de Buen Pastor que guía su pequeño rebaño, lo apacienta y lo defiende de los lobos disfrazados.

Allí detrás venían los falsos emisarios del Sanedrín, como lobos rabiosos para cogerlos en sus garras; Jesús solícito y vigilante sale inmediatamente a defenderlos con valentía y firmeza.

Jesús toma la palabra y la defensa de sus discípulos, demostrando que es falsa la acusación que presentan, puesto que, con el acto de recoger y comer unos granos de trigo, no violan el sábado, sino que ellos son los que con su proceder faltan al precepto de la caridad.

¡Qué bien defendidos y resguardados, bajo el cayado pastoril de Jesús, van los felicísimos apóstoles de Galilea!

¡Magnífico cuadro, hermanita amada!

Poco o nada llevan consigo aquellos hombres; pero todo lo suple cumplidamente Aquél en cuyas manos está el cuidado y providencia de todas las criaturas. No tienen por qué preocuparse, estando en medio de ellos Jesús, su amigo y defensor.

He ahí, hermanita amada, el secreto de la verdadera paz y felicidad de la «Alianza en Jesús por María» y de cada una de vosotras.

Por las sendas estrechas del mundo, acechada siempre por disfrazados mercaderes del vicio (lobos rapaces en una u otra forma), avanza en pobreza y desprendimiento, austeridad y privaciones, la Alianza, llevando escondido entre los pliegues de su blanca bandera su triple lema.

Vida sencilla, pobre y sin apego al mundo y sin excesivas preocupaciones, han de vivir las almas que en ella ingresaron, contemplando a su lado, atento y solícito, a su divino Pastor y Maestro.

Ninguna de ellas envidiará nunca la abundancia de los felices del mundo, mientras en medio de ellas camina el que es providencia de todo, cuidándolas, sosteniéndolas y defendiéndolas día y noche.

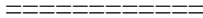
Poco o nada se les dará del mundo a las hermanitas; al contrario, lo tendrán todo y cumplidamente en Aquél que es su Providencia y su premio.

¡Oh, hermanita! En la barquilla de la Alianza boga siempre tranquilo, ya vigilante y despierto, ya aparentemente dormido en su proa, el divino Piloto, Jesús. Aunque sople el viento de la contradicción, el huracán de la persecución, el oleaje furioso de todos los enemigos..., no temas; Jesús manda al viento y a la tempestad, y, con sólo levantar su mano, todo se apacigua y calma.

La Alianza avanzará entre toda clase de enemigos, en medio de un mundo que le persigue, porque es de Jesús, y a Él le interesa su defensa y su triunfo.

Sea tu único cuidado y solicitud el vivir siempre cerca de Jesús; a su lado, aun en las mayores privaciones, no faltará una espiga del buen trigo para sustentar tu vida.

Cerca de Jesús, al lado de Jesús, con Jesús en medio y en medio de Jesús, de su Corazón, defendida por El, sostenida por El, alimentada y abrigada por El, llegarás felicísimamente a tu fin.



5. EL DE LA MANO SECA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Entró otro sábado en la sinagoga, y púsose a enseñar. Hallábase allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y los escribas y fariseos le estaban acechando... Jesús, calaba sus pensamientos, dijo al que tenía seca la mano: «Levántate y ponte en medio...» Díjoles entonces Jesús: «¿Es lícito en los días del sábado hacer bien o hacer mal? ¿Salvar a un hombre la vida o quitársela?» Y dirigiendo una mirada a todos alrededor, dijo al hombre: «Extiende tu mano». Extendióla, y la mano quedó curada. Más ellos, llenos de furor, conferenciaban entre sí, qué podrían hacer contra Jesús» (*Luc. VI, 6-11*)

AFECTOS, SUPPLICAS... - *¡Oh, Señor! Estáis condenado a vivir entre dos fuegos... Calais el pensamiento inicuo y torvo de vuestros enemigos y la voluntad recta y noble de las gentes...*

¡Qué triste es el papel que desempeñan estos infelices fariseos!...

¡Qué bella disposición, en cambio, para llegar a Dios y recibir su don divino, la sencillez y la rectitud del corazón!...Haréis un milagro solemnemente, en medio de la sinagoga, a la vista de todos... A unos les hará provecho..., a otros los cegará en su mal...

¡Oh, Señor! Curad las almas, los corazones y las manos...

*Curadme el alma, santificándola... ¡curadme el corazón, para que no admita otro amor que el vuestro...! ¡Curadme las manos, para que os sirva y os ame con **obras santas** y no con palabras...!*

PUNTO I.- Los que oyen a Jesús y no le siguen

Apenas vuelto Jesús a Galilea, comenzó sus correrías apostólicas de evangelización por los pueblos. Y «sucedió, dice San Lucas, que entró otro sábado en la Sinagoga y púsose a enseñar. Hallábase allí un hombre que tenía seca la mano derecha». Y mezclados en la asamblea, sentados en sitios de honor, hallábanse varios fariseos, fija su atención en Jesús, pero con harto malignos pensamientos e intenciones.

«Levántate, dijo Jesús al hombre, y ponte en medio». Y dirigiéndose a los fariseos, le dijo: «¿Es lícito en los días de sábado hacer bien o hacer mal?; ¿salvar a un hombre la vida o quitársela?» Mas ellos callaban. Entonces Jesús, clavando en ellos sus ojos llenos de indignación y deplorando la ceguedad de su corazón, dice al hombre: «Extiende esa mano»; extendiéndola y quedóle completamente sana. «Pero los fariseos, saliendo de allí, se juntaron en consejo contra El»

(Marcos III, 5, 6).

Jesús se sienta en la tribuna de una sinagoga y enseña. Entre sus oyentes destaca, en sitio de preferencia, un grupo de fariseos. Estos oyen la voz divina del Maestro y su celestial doctrina, en prueba de cuya veracidad divina hace un milagro al que da todo el esplendor posible, mandando al enfermo que salga al medio de la asamblea.

Los fariseos han oído la doctrina de Jesús y han visto con sus propios ojos en prodigio de la curación ; y, en vez de abrazar con entusiasmo el Evangelio que han escuchado, se enfurecen contra el Maestro, se reúnen en consejo con los herodianos, abrigando criminales designios de perder al Nazareno.

Hermanita amada, ¡Cuántas almas habrán oído, en más de una ocasión, la voz de Dios y su divina doctrina! Hoy se cuenta con potentes medios de audición por medio de altavoces y de radio, no sólo en los templos, sino también en salones de tertulia y hasta en establecimientos públicos se deja oír la voz del santo Evangelio. ¡Con qué profusión, pues, se prodigan hoy las enseñanzas del Maestro divino en el mundo cristiano y aun en el pagano!

Pero, ¡oh, dolor! ¡Cuántos representantes tienen en estas asambleas y en privadas tertulias, los disfrazados adversarios de Jesús! Siempre hubo en los siglos pasados, y existen en el que vivimos, hombres fariseos que, puestos al acecho, ocultan en su corazón intenciones aviesas contra Jesús y su doctrina evangélica.

Oyen, sí, la doctrina de Cristo, pero no la aman, porque la vida que ellos viven no se ajusta a la verdad que Jesús predica; es *dura* para ellos la predicación de la palabra de Dios.

Se predica más que nunca, se oye (quieras o no) la voz de Dios; pero el hombre terreno y materialista y sensual no percibe ni atiende las verdades del espíritu.

Pero, hermanita, no olvides que en el mismo colegio apostólico no faltó quien, habiendo oído toda la doctrina del Maestro, no la amó, ni quiso seguir sus enseñanzas; fue apóstata y traidor, siguió a los fariseos y erró su camino.

Hermanita, discípula eres del Maestro Jesús, oyes a menudo su doctrina, ¿cómo la recibes? ¿Cómo la amas? ¿Cómo la practicas?

PUNTO II.- Los que oyen a Jesús y le siguen

No pasó inadvertida a Jesús aquella reunión de sus enemigos y lo allí acordado contra su vida. Mas, como todavía no era llegada su «hora», la hora de su sacrificio en la cruz, se retiró con sus discípulos a una de las soledades del lago de Tiberíades.

Allá quedaron los fariseos y los herodianos, urdiendo nuevos planes para sorprender al pacientísimo Señor. ¡Infelices y desgraciados ellos, que no quisieron abrir los ojos a la luz que venía a iluminarlos!

Y por singular contraste, los Evangelistas San Marcos y San Mateo nos muestran a Jesús rodeado de muchedumbre de gentes adictas, que acudían en tropel, ya de la misma región de Galilea, ya de Judea, de la Perea y del mismo Jerusalén.

¡Qué fuerza de atracción no debía de tener quien, sin esfuerzo alguno, con espontaneidad sencilla, así allegaba en torno de sí tan variadas y numerosas muchedumbres! En verdad que era aquél un espectáculo consolador y grandioso.

Algunas circunstancias, que estos evangelistas cuidan de anotar, prueban cuán bueno y lleno de gracia era Jesús, y cuánto era también el amor con que aquellos pueblos le correspondían. Las turbas se iban tras El, no sólo por ser libres de sus enfermedades, sino también para *escucharle*.

No sólo los milagros, sino también la doctrina que fluía de sus labios.

¡Oh, hermanita! El eco de aquellos sermones que resonó en las montañas de Galilea y Judea, aún sigue escuchándose, a través de los tiempos, en el interior silencioso de los corazones *desocupados*

«Id y enseñad a todas las gentes todo lo que yo os he dicho y mandado», dijo Jesús a sus discípulos; Y la voz de los discípulos de Cristo resonó en el mundo y llega hoy íntegra, pura y verdadera a los oídos de todos los pueblos, confirmada por la autoridad de Cristo Dios y aprobada por la de su Iglesia.

Y, gracias a Dios, tiene Jesús todavía, en medio de la indiferencia, frialdad y hostilidad del mundo semipagano, muchedumbres que escuchan con fe y piedad esta divina doctrina, viva y vivificadora, y le siguen cautivadas por su verdad y por su amor.

La Alianza, que tiene la misión de vivir en medio de la sociedad envenenada e influida por doctrinas farisaicas, tiene (más que ninguna otra institución) necesidad de afianzarse en la verdadera doctrina del Evangelio de Jesús.

Hermanita amada, mucho se habla y mucho se escribe hoy, y no todos los que hablan y escriben son maestros autorizados, pues una gran parte no llegan a ser discípulos medianamente aprovechados del gran Maestro. Las modernas orientaciones, no todas se basan en la verdad de Aquél que dijo: «Yo soy la verdad y la vida». Es preciso, pues, que vivas mirando al divino *faro*. Ten a mano siempre el Catecismo y el Evangelio, lee e insiste en ello por el camino que ellos te trazan, sigue al MAESTRO.

¿Lo haces? Al contrario, ¿buscas novedades? ¿Eres curiosa? ¿Hojeas mucho, para sacar poco y confundirte? Vive atenta; ten cuidado.

=====

PUNTO III.- Los que siguen a Jesús y obran

Cuando Jesús hablaba, hallábase en la Sinagoga un hombre que tenía la mano derecha seca. Este hombre era inútil para trabajar en obras serviles, ya que no podía valerse de la

mano paralizada, Jesús le manda ponerse en medio de la sala y que extienda la mano enferma, y la mano se extiende completamente curada y en disposición para toda actividad.

Muchas manos hay espiritualmente secas y parálíticas, muchas almas que sufren esta parálisis y pereza espiritual para obrar eficazmente, ya en orden a su propio bien, ya en bien de las almas, y a estas almas, por una de esas visitas divinas, Jesús las ha curado y dado movimiento y fervor para trabajar provechosamente.

Hermanita: No todos los que oyen a Jesús, le siguen, ni todos los que creen seguirle, obran eficazmente.

Jesús tiene muchos oyentes, porque la voz de Jesús y del Evangelio suena prodigiosamente hoy en el mundo. Tiene también muchos, no hay que dudarlo, muchos seguidores, al modo siquiera y al estilo de los que le seguían, o buscando su salud, o para remediar el hambre con un plan milagroso; muchos seguidores hasta el Cenáculo, seguidores cómodos y regalones, de brazos caídos... Ya los conoces tú, hermanita. Estos siguen a Jesús, como seguramente quería seguirle el joven del Evangelio...

Los que escasean son seguidores activos, los verdaderos *obradores* de la justicia y santidad, aquellos que de veras se dan a la obra de su perfección y santificación, a la adquisición práctica y real de las virtudes cristianas, al trabajo y lucha diaria de vencimientos y sacrificios.

Faltan celosos obradores del bien ajeno, apóstoles del Evangelio, operarios de la viña del Señor.

Faltan almas que, al oír la doctrina del divino Maestro, se han entusiasmado de Él y de su doctrina, y, ofreciéndose a seguirle como Pedro, como Juan, como Pablo, le dicen: «¿Qué quieres, Señor, que haga?» Quieren obrar para sí, para Dios y para los demás.

Esta es la Alianza perfecta. Oye a Jesús le sigue y obra,
porque obras son amores, ama obrando por amor.

¿Eres así tú, hermanita amada?

=====

6. VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Por este tiempo se retiró a orar a un monte y pasó toda la noche haciendo oración a Dios. Así que fue de día llamó a sus discípulos y escogió doce de ellos (a los cuales dio el nombre de apóstoles), a saber: Simón, etc... (*Luc. VI, 12-16*)

AFECTOS Y SUPPLICAS...- *En el retiro y soledad de la montaña, durante una noche entera de oración, en divina intimidad con el Padre y el Santo Espíritu, habéis escrito, oh Señor, los primeros nombres de vuestros escogidos...*

¡Altísima y sublime vocación!... Ya se lo recordaréis un día: «No me habéis escogido vosotros a mí, sino que yo os he elegido»...

¡Extraordinaria distinción!... ¡Enorme responsabilidad!...

Los que fueron fieles... ¡que gloria!... El que fue infiel... ¡qué desventura!...

¡Oh, Jesús! La Alianza nació por medio de un llamamiento... La Alianza es una vocación, una distinción, una predilección... Las que sean fieles... ¡que gloria!... Las que no lo sean... ¡qué desventura!...

*Haz, Señor, que en la Alianza **nadie** sea infiel a su vocación...*

PUNTO I.- Elección divina

Encontrábase Jesús en las cercanías de Cafarnaún, y una tarde se alejó de las turbas y sólo se retiró a un monte vecino, a orar a su Padre. Esta oración que duró toda la noche, fue una oración extraordinaria, porque también era extraordinario el paso que iba a dar en su carrera evangélica.

Se trataba de poner los fundamentos de su Reino y de su Iglesia. Entre los muchísimos seguidores que iban tras El, habían de ser distinguidos singularmente doce, como doce columnas, sobre las cuales descansaría incommovible en el mundo su Santa Iglesia.

¿Quiénes han de ser estos hombres? La elección no podía ser obra de un capricho o de una pasajera simpatía, o fruto de una recomendación interesada...

Jesús se apartó de todos y, puesto en absoluta paz y libertad de corazón, desembarazado de toda influencia humana, lejos del mundo y unido íntimamente con su Padre, en el silencio de la noche y orando en amoroso coloquio con el Padre, buscó en los más profundos arcanos divinos los nombres de los ungidos de su divino Espíritu.

Allí, en lo alto de la montaña, el Padre y el Espíritu Santo con El, mirando y examinando los futuros destinos de la obra que se estaba fundando, planearon la elección más trascendental que se registra en la historia de la Iglesia.

Dios quiso escoger sus representantes entre los hombres. Su Reino, que iba a constar de hombres y desarrollarse en el seno de la humanidad, debía también apoyarse sobre hombres; ¡y qué hombres se requerían para tan magna empresa...!

Hermanita amada: ¿Has caído en la cuenta de que un día Jesús, en el monte santo de su Gloria o en la soledad de

ese otro monte que se llama Sagrario, en altísima oración con su Padre y el divino Espíritu, ha pronunciado unos nombres, muchos nombres, una verdadera lista de elegidos, con altísimos fines, con designios amorosos, con miras no humanas, sino divinas y de su gloria, y entre esos nombres ha sonado el tuyo?

Mucho antes de que tú sintieras en el secreto de tu alma aquella rara y especial sacudida que, tal vez, te hizo virar en seco, la víspera..., mucho antes, Jesús había subido a la montaña, para tratar con su Padre de ese asunto, del asunto de la Alianza, y de aquellas almas que en cada tiempo y en cada lugar y en cada Centro habían de vivir, con vocación particular, un reglamento y un lema.

¡Oh, no, hermanita amada, no es obra de un capricho humano la Alianza y tu llamamiento a ella! Mucho antes de que un hombre soñase y pusiese sus manos en ella, Jesús en el monte había consultado la voluntad de su Padre acerca de los principios y del porvenir de la Obra donde vives. Aquellos planes y los nombres que después han sucedido, son fruto de la oración de Jesús; no lo olvides, hermanita, no lo olvides nunca. Y ¿te das cuenta de ello? ¿Lo agradeces debidamente?

=====

PUNTO II.- Los doce elegidos

Cuando los primeros rayos del sol alumbraron la montaña, suspendió Jesús su oración, despidióse de su Padre y bajó de la cumbre a reunirse con sus gentes, con sus discípulos, en su más amplio sentido, eran todos los partidarios de Jesús que le seguían con más o menos fidelidad. Discípulos, en sentido más estricto, eran los que, más cerca y más estrechamente unidos a Él, le seguían día y noche en considerable número, que, de ordinario, no bajaría de unos *ciento cincuenta*.

Entre estos últimos hizo Jesús la elección, separando doce, a quienes llamó APÓSTOLES, expresión griega que significa *enviados*.

¡Escena conmovedora debió de ser aquella! En la gran explanada del monte, probablemente de la Bienaventuranzas, ante la asamblea de una gran muchedumbre que allí le esperaba impaciente, en una silenciosa mañana, enfrente las tranquilas aguas del Tiberíades y al otro lado de las montañas de Djolán, la figura majestuosa del Maestro, que inspira piedad y confianza, se acerca y llama a cada uno con su nombre, y ellos, saliendo de entre la muchedumbre, vienen a colocarse junto a Él, felices y noblemente satisfechos de aquella inesperada promoción, con sentimientos de gozo, de gratitud y de amor.

Es Simón el primer nombre que suena, el cual, desde entonces, es sustituido por el de Pedro; sigue el de Juan, el discípulo amado, el discípulo virgen, candoroso como un niño, sobre el cual caen dulcemente los ojos amorosos de Jesús. Y siguen todos los demás por su orden, entre los cuales figura el malaventurado Judas Iscariote, ¡tan amorosamente elegido como los demás!...

Es digno de tenerse en cuenta aquí un detalle muy expresivo que hace destacar el evangelista San Marcos: «Llamó así a los que Él quiso». Es decir, a aquellos que encomendó a su Padre; a los que El eligió por propio movimiento, con un acto libre de su voluntad; a los que, en una palabra, juzgó capaces para cumplir la misión que iba a confiarles.

¡Oh, hermanita! ¡Qué grande es la gracia de una elección divina! ¡Y qué diferentes son los juicios de Dios sobre los hombres que elige, al lado de los juicios de estos!

Jesús no ha mirado las ventajas humanas de sus elegidos; no ha mirado su posición social, su distinguida

cuna, su cultura, su talento, su carrera... Allá atrás quedan postergados los soberbios del mundo; allá quedan los grandes sabios de Israel, los maestros de las sinagogas, los Pontífices del Sanedrín, los ancianos, los ricos, los reyes y príncipes de la tierra.

Jesús no ha llamado a los ya bien formados, sino más bien forma a los que El llama. Con la vocación da las gracias para corresponder fielmente a ella.

A ti, hermanita, a ti te ha elegido Jesús, humilde hija del pueblo, sin más razón ni motivo que «porque quiso». Muy cerca de ti quedan otras muchas que no han recibido ni recibirán esta gracia singular; otras habiéndola recibido, la han perdido; otras, la perderán... ¿La perderás tú?... ¡Judas, elegido por el mismo Jesús, la perdió! ¿Por qué la perdió? Porque dio lugar en su corazón a una mala pasión.

¡Oh, hermanita! ¡Teme siempre a una mala pasión!

=====

PUNTO III.- Fidelidad de los apóstoles

Según fue llamando el divino Maestro, ellos, como dice San Marcos (*cap. II, 13*) «vinieron a Él», y es fácil pensar con qué sentimientos de gozo y de gratitud y de amor se acercarían al Salvador, y cómo serían recibidos por El

Desde aquel momento Jesús los hizo amigos e íntimos suyos, perpetuos comensales y compañeros, dueños de todos sus secretos. «No os llamo siervos, les decía una vez, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque cuanto he oído de mi Padre, os lo he revelado».

A ellos Jesús los hace apóstoles, es decir, enviados plenipotenciarios y embajadores suyos, que, así como Él

había venido enviado de su Padre, así ellos fuesen enviados por El al mundo.

Por entonces los doce predilectos del Salvador no se dieron cuenta de lo que entrañaba aquella elección, su destino, su misión y su responsabilidad. De ellos venía a depender la obra más grande y trascendental que han visto los siglos ni verán. En ellos estaba el fundamento de la Iglesia, su origen, su jerarquía; el principio del Reino de Cristo en la tierra, al mismo tiempo que el principio de la reprobación de la Sinagoga. A ellos se iba a recomendar la obra formidable de la renovación del mundo.

Sin embargo, no se contentaron con sólo prestarse al llamamiento del Señor; se ofrecieron a El generosamente, se quedaron con El, se aficionaron fuertemente (*lo dice San Lucas, XXII, 28*), y, lo sublime y para nosotros edificante, correspondieron a su vocación con probada fidelidad.

Fieles en todo el tiempo en que el Maestro vivió entre ellos, a pesar de las muchas y difíciles pruebas que tuvieron que pasar, como se dice en la meditación anterior, y, después de la espantosa tempestad del Viernes Santo, fieles valientemente, derrochando celo, actividad, sacrificio y amor, probado con inenarrables trabajos sufrimientos en su largo apostolado, hasta sellar su fe, su lealtad y su amor al Señor con la palma del martirio.

Magnífica lección es esta para ti, hermanita amada. No eres tú la que has elegido en la vida de la Alianza a Jesús, tu divino Esposo, sino que es El quien te ha elegido y puesto en la Obra, para que vivas en ella, y lleves mucho fruto, y ese fruto permanezca.

No has venido a la Alianza, (por vocación divina), a ser una figura decorativa en la Obra, o hacer compañía, como dama de honor, al Rey divino, o a participar regaladamente

de las predilecciones del Divino Maestro en sus alegres expansiones...

Viniste a seguirle en todos sus caminos, lo mismo suaves que ásperos, lo mismo al Cenáculo que al Calvario. Viniste a vivir intensamente su doctrina y su Evangelio íntegro; viniste a ser ejemplar de vida cristiana en medio de un mundo paganizado y corrompido; viniste a dar a las almas, probada y vivida, la vida auténtica de Cristo Jesús; viniste a purificar la tierra con pureza angelical y divina y a embalsamarla con aromas de virtudes celestiales; viniste a probar tu amor a Jesús hasta el martirio en el sacrificio, ahí donde no se ve ni se siente amor verdadero y digno de Dios; viniste... a ser aliada, que equivale a ser fiel esposa de Jesús, a ser santa, a ser modelo, a ser apóstol.

Fidelidad, hermanita, fidelidad a toda costa, fidelidad en las mayores pruebas, fidelidad en todo sacrificio hasta el martirio, fidelidad sin desmayos hasta morir.

=====

7. PRELUDIO AL SERMÓN DE LA MONTAÑA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Y bajando con ellos (los apóstoles), paróse en un sitio campestre, y con él la turba de sus discípulos y una copiosa muchedumbre de plebe venida de Galilea y Decápolis y de toda Judea y de Jerusalén y de la otra parte del Jordán y de la costa de Tiro y Sidón. Los cuales habían venido para oírle y recibir la salud de sus enfermedades... Y toda la multitud se afanaba para tocarle... Entonces se sentó, acercáronse los discípulos, y, abriendo sus labios, comenzó a enseñarles...» (Luc. VI, 17-20).

AFECTOS, SUPPLICAS.- *¡Oh, Maestro humilde y atrayente! ¡Feliz la montaña que ha recibido, como el huerto recibe la lluvia, vuestra divina doctrina!... ¡Dichosos los pueblos de Palestina, desde las alturas de Sidón hasta las regiones de Jerusalén por uno y por otro lado del Jordán, que allí se han congregado!... Mirad, Señor, esa multitud que se acerca y se afana por tocaros...*

Pero ¡oh, dolor! unos vienen para oír de vuestros labios la doctrina celestial de salvación...; otros se acercan con la miserable intención de poner tachas, enmiendas y objeciones a vuestra divina doctrina.

¡Oh! ¡Dios es quien habla..., y no a todos aprovecha su palabra!...

¡Divino Maestro! Hablan vuestros apóstoles y vuestros sacerdotes; pero son pocos aquellos a quienes aprovecha vuestra palabra...

Señor, preparad mi alma, dadme vuestro espíritu, llevadme al templo, a la montaña... Haced que oiga y guarde vuestra divina palabra, y que fructifique en mi alma

=====

PUNTO I.- Disposiciones de Jesús

El sermón de la montaña es, en cierto sentido, respecto de la Iglesia Cristiana, lo que la promulgación de la ley de Moisés en el Sinaí para el pueblo judío. Son los dos códigos que Jesús da al mundo solemnemente.

Pero, ¡qué contrastes tan opuestos se señalan en ambos! ¡Qué distintas son las circunstancias, qué distinto el aparato de solemnidad, que distintas las disposiciones, tanto de parte del Señor que lo da como de parte del pueblo que lo recibe!

Sinaí, un desierto abrasador, rocas tétricas y gigantescas, soledad triste y espantosa, Dios se descubre entre llamas de fuego, y su grandeza y majestad se agiganta en medio de relámpagos y espantosos truenos, temblando huye el pueblo, y Dios llama a su presencia a un profeta, a quien habla con palabras de terror y le entrega el primer código de su ley.

La montaña, donde Jesús entrega al mundo el código de su Evangelio, es todo lo opuesto. Una bellísima meseta entre los picos truncados, que aparece un inmenso teatro, situado al noroeste el lago de Tiberíades, no lejos de Cafarnaún. Por un lado las tranquilas aguas del mar envían su fresco matinal; por otro las alegres y fértiles montañas con sus castillos y poblaciones, que comienzan a iluminarse con los primeros resplandores del sol naciente. Allá lejos, a la vista, está el Tabor, al otro lado el Hermón con su cabeza cubierta de nieve y, en conjunto, un panorama pintoresco, alegre, encantador.

Jesús de víspera había subido a una de aquellas elevaciones y, pasada la noche en altísima oración, desciende de madrugada, no como Dios que ostenta grandeza y majestad entre nubes de fuego, sino como Dios de bondad y amor y enamorado de los hombres.

Las turbas no huyen aquí de su presencia; antes bien, atraídas por sus milagros, por su palabra dulce y celestial y por el hechizo de su persona, le esperan en la inmensa planicie.

El, como visión de paz, de bien y de amor, desciende de la cumbre, se acerca a ellas, se sienta, no en trono de fuego, sino sencillo, llano y humilde césped, llama a los que quiso y, abriendo su boca..., habla.

Hermanita amada, Jesús del Evangelio no se muestra como el Dios del Sinaí. La promulgación de la Ley en aquellas duras cervices, requería toda la soberana y majestuosa autoridad de un Dios legislador. El Dios encarnado, Jesús, que, sobre ser legislador, es también Redentor del mundo, viene a promulgar en los corazones la ley del Evangelio, la ley de la perfección, la ley del amor.

Es Dios, Dios grande, omnipotente Dios, como el del Sinaí; lo ha probado públicamente con los estupendos milagros que preceden a su grandioso sermón; pero es el Dios Emmanuel, el Dios Mesías, el Dios Salvador; es Jesús que viene anunciando el reino de su Padre, el reino del Evangelio, el reino de su amante Corazón.

No esconde entre nubes su divino rostro a las turbas, sino que se acerca a ellas, se une a ellas y, ocultando toda su soberana majestad que como Dios le corresponde, llano y sencillo, atrayente y hasta simpático, se sienta sobre la hierba del campo (es detalle que señalan los evangelistas), abre sus labios dulcísimos y... habla.

¡Felices los que alcanzaron la dicha de oír este memorable discurso!

¡Oh, hermanita! Vivamos de la fe; sabemos que el Evangelio se escribió para nosotros, y, a través de sus páginas, llega a nosotros aquella divina palabra con todos sus encantos y con todas sus enseñanzas. Jesús sentado sobre el

césped, se dirigió a ti y te habló con infinita dulzura. Es su divina *carta*, que puso entonces en el correo y llega hoy a tus manos. Recíbela, léela y medítala, como lo hicieron allí sus amigos presentes.

=====

PUNTO II.- Nuestra disposiciones

Por mandato del Señor subió Moisés al monte Sinaí, y la nube de la gloria divina le envolvió y le ocultó. El pueblo aterrado quedó lejos, y él permaneció en la cumbre en la austeridad y el ayuno, cuarenta días y cuarenta noches (*Exod. XVIII*), sin comer pan ni beber agua (*Deut. XIX*).

Dios llamaba a Moisés para una misión importante y difícil, y menester era disponerse a ella convenientemente.

¡Cuarenta días y cuarenta noches sin comer pan ni beber agua, en la cumbre del Sinaí, envuelto en una nube de fuego de la gloria del Señor...! Al cabo de los cuales Dios escribe su Ley en dos tablas de piedra y se la entrega solemnemente.

También Jesús, como Salvador del mundo, comienza ayunando cuarenta días y cuarenta noches en un solitario desierto, para dar su Evangelio al mundo.

Pero no todos han aceptado este divino mensaje, porque no todos se han asociado a la vida de austeridad y ayuno del Salvador.

Programa y resumen principal de este celestial mensaje es el *Sermón de la Montaña* y, para darlo a las gentes en las Tablas del Nuevo Testamento, Jesús ha pasado una noche de oración con su Padre en la cumbre de la montaña.

Las gentes le esperan con impaciencia, mas no todos están preparados para recibir provechosamente el nuevo código que trae. Los apóstoles están, como Moisés en la nube. Los discípulos que le siguen, son los que después están mejor dispuestos. De entre las turbas, la mayoría no se eleva, busca el bien terreno y las emociones del milagro. Los fariseos rechazan de plano la Ley que Jesús viene a promulgar.

Siempre en la Iglesia pueden clasificarse las almas en estos cuatro grupos:

Abundan los orgullosos fariseos, que rechazan con odio la doctrina del Divino Maestro; las turbas de cristianos vulgares, que se acercan a Dios, buscando bienes terrenos y pidiendo milagros; no faltan buenos discípulos, almas sinceras, que siguen con más rectitud y sinceridad al Señor; por fin, tiene El almas que suben a la cumbre, apartadas de las turbas, y viven dentro de la cumbre, en la presencia de Dios.

Léese muchas veces el *Sermón de la Montaña*; se explica al pueblo cristiano en homilías y pláticas; pero, ¡oh dolor!, muchos no lo quieren oír; otros, si lo oyen, lo rechazan como cosa demasiado subida para ellos; «eso- dicen – para los que aspiran a curas, frailes o monjas»; otros lo admiten, lo comentan, lo admiran y aun tratan de tomar algo para su bien; son pocos los que, meditándolo en el recogimiento, tratan de convertirlo en código de su vida de perfección y santidad.

Hermanita, ¿dónde te pondré? Tu puesto está arriba, en la cumbre...

Una vez más verás escrito este admirable *Sermón de la Montaña*.

Aquí lo escribo para ti, sólo para ti; sus enseñanzas son para ti, sus aplicaciones, que son prácticas vitales, son para ti, están en todo ajustadas a tu vida y a tus caminos.

Deja los valles, véncete y sube a la santa montaña; deja las sandalias de las aficiones terrenas; desnuda, como Moisés, tus pies y tu corazón; sube, sube hasta que en la cumbre te envuelva la nube de la gloria divina; sube, hasta ponerte, como Juan, Pedro, Santiago..., cerca del Maestro: siéntate a su lado en el verde y limpio césped; atiende, escucha y... vive.

=====

PUNTO III.- División del Sermón

Comienza el divino Salvador proclamando y dando importancia, sobre todo lo demás, a las ocho Bienaventuranzas, las cuales son los principios fundamentales de la moral y una parte importantísima de la perfección evangélica.

En segundo lugar declara cuál fuese la situación y la misión de los apóstoles frente a Israel y al mundo.

Sigue en tercer lugar la manifestación de su propia situación con respecto a la antigua Ley en sí, y con relación a las interpretaciones farisaicas de la misma, como cuando trata de la justicia, según ellos la entendían y enseñaban.

Acentúa después con toda especialidad la importancia de la ley principal, o sea, de la caridad.

Y termina con algunas reglas importantes de la vida moral, para los apóstoles y los fieles en general.

—————

En resumen, hermanita amada, de mano maestra Jesús marca aquí el camino integral y perfecto de la salvación y de la santidad para todo el mundo.

La Ley completa e íntegra, no la mosaica interpretada y enseñada por los fariseos, sino la Ley evangélica con sus más finos detalles, sin que sea lícito quitar de ella ni una jota ni un ápice; toda la Ley, al pie de la letra, sin interpretaciones benignas y favorables a la naturaleza.

Los principios de la moral y los consejos evangélicos que completan y perfeccionan esta Ley y su práctica en la vida de todo cristiano.

La Alianza, hermanita amada, se abraza con todo este divino código, tal y como el Maestro divino nos lo expone y ofrece.

Es tu código; no es lícito retirar de él ni una letra, ni una tilde. Estúdialo reposadamente, para vivirlo con celo y con amor.

=====

8. BIENAVENTURADOS LOS POBRES

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.-Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. (*Mat. V, 3*).

Más ¡ay de vosotros los ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. (*Luc. VI, 24*).

No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra: donde el orín y la polilla los consumen: y donde los ladrones los desentierran y roban... (*Mat. VI, 19*).

AFECTOS, SUPPLICAS...- *¡Oh, Señor! El mundo no tendría atractivo alguno, si las riquezas no lo disfrazaran con sus vanidades deslumbradoras...*

Vos, que conocéis el valor de todo lo perecedero, nos dais la lección desde el pesebre de Belén hasta la desnudez de la cruz en el Calvario...

¡Qué difícil es al hombre despegar el corazón de las cosas terrenas, que le fascinan y engañan!...

Arrancad, Señor, de mi corazón todo afecto a los bienes de este mundo; limpiad mi alma de todo apego a los tesoros terrenos; desasid mi espíritu de los intereses materiales; dadme la verdadera pobreza de espíritu.

No me deis, Señor, riqueza, ni pobreza extremada; dadme lo necesario para vivir y serviros con el corazón desprendido; dadme vuestra gracia y vuestro amor, y ya soy suficientemente rico.

PUNTO I.- Pobres de espíritu

Las ocho Bienaventuranzas son los principios fundamentales de la moral y de la perfección cristianas; son las máximas morales del Reino de Cristo, opuestas diametralmente al reino del mundo; son los caminos reales que conducen a Jesús; son las aulas reales de la eterna felicidad; son el ejercicio de las más excelentes virtudes que nos disponen para el Reino Celestial.

Jesús, como nota San Juan Crisóstomo, no emplea aquí una fórmula de mandato, sino que expresa su voluntad por medio de palabras dulces y graciosas, que atraen suavemente los corazones; no amenaza, sino que sus prescripciones van envueltas en insignes promesas.

Escúchalas bien, hermanita:

«Bienaventurados los pobre de espíritu.»

«Pobres de su grado», dice Lacordaire; que lo son de su voluntad, y se dejan guiar por espíritu de pobreza. ¡Pobres de espíritu!

Pobreza espiritual, afectiva, escogida o aceptada por inspiración del Espíritu Santo.

Todo lo cual significa un prudente y moderado aprecio de los bienes terrenos o materiales, manteniendo nuestro corazón despegado de ellos, tanto si en realidad los poseemos, como si no.

«No son bienaventurados – dice el Venerable P. La Puente – cualesquiera pobres, sino los de espíritu, es decir: no los pobres por necesidad, sino los de grado y voluntarios, y los ricos que de tal modo poseen sus riquezas, como si no las tuvieran».

De modo que, ser pobre de espíritu, equivale a no tener el corazón cautivo de los bienes materiales.

Hermanita amada. La primera ley fundamental que Jesús te pide en la vida perfectamente cristiana, para poseer su reino eterno, es: la ley del desprendimiento y desasimiento de todo lo terreno y material.

El mundo aprecia, en primer lugar, las riquezas materiales; el verdadero cristiano tiene que renunciar a estos desmedidos afanes.

Tu consagración a Jesús, como hermanita de la Alianza, te obliga a una generosa renuncia que afecta a todos los bienes del mundo. No puede tu corazón ser esclavo de una desmedida sed y codicia de intereses, dinero, joyas, lujo en vestidos, muebles y objetos valiosos, grandeza en la sociedad, poderío entre las gentes, etc. Si de algo de esos fueras esclava, no lo serías de Jesús.

Si de hecho eres pobre, tienes mucho camino adelantado; no envidies la suerte de los ricos; da gracias a Dios, porque te hizo pobre; ama la pobreza, y vive en ella alegre y en paz.

Trabaja, sí, y aun, si quieres, fomenta el moderado ahorro; mas no para ser rica, sino para tu pan cotidiano y para Dios.

Si eres rica, vive, como si no lo fueras; usa de tus riquezas parcamente para ti; gasta lo indispensable para *pasar decorosamente* dentro de la posición que en la sociedad te corresponde. En la sencillez está la verdadera regla de la pobreza; posee, dispuesta siempre a ser poseída por la mano de Dios, cuando su divina Voluntad así lo quisiera disponer; guarda sin apego lo que tuvieres, para redimir tus pecados y emplearlo en obras de la mayor gloria de Dios y bien de los pobres.

Hermanita rica, hermanita pobre ¿es así tu conducta en la vida?

PUNTO II.- Jesús pobre

Magnífico ejemplo de pobreza nos va a dar Jesús a lo largo de toda su vida en el mundo.

Antes de predicarnos, ha vivido y sigue viviendo misteriosamente su desconcertante vida de pobreza, siendo El maravilloso cuadro vivo de esta difícil virtud.

Si rica en gracia y dones sobrenaturales, pobre y sencilla en bienes de fortuna es la doncella que va a ser su Madre...

Y Él tiene por cuna un pesebre, por palacio un portal y unos pobres pastores por compañía el día que nace...

Mendido, desterrado, despreciado y perseguido, dará sus primeros pasos hacia un país extranjero... Hijo de un pobre menestral será considerado durante toda su vida en la tierra...

Pasará por humilde aprendiz, y luego oficial en un trabajo nada lucido, que le dará el sustento indispensable para su Madre y para Sí; El, el omnipotente Creador de todas las cosas...

En su vida pública, huirá y evitará ruidosas exhibiciones de grandeza y de poderío; su cortejo continuo será la pobreza; vivirá sin recursos, de limosnas, careciendo hasta de lo necesario en más de una ocasión, hospedándose en ventas, refugiándose en cuevas, al abrigo de un árbol, cuando no a campo raso...

Amigo de pobres, estos son su corte de honor, de ellos se acompaña y con ellos vive... Pobres pescadores son sus discípulos; pobre es, en su mayoría, el pueblo que le sigue, y pobre el trato que todos le dan...

Vendido como un esclavo, no dan por El más que unas monedas, y, condenado a la muerte de infeliz esclavo, después de despojarse hasta de la ropa que lleva puesta...

Y tan pobre queda su cadáver, que la caridad tiene que prestarle una mortaja en su sepulcro...

¡El Autor y Creador de todas las cosas, Dueño y Señor de todo cuanto existe, nace sobre las desnudas pajas del pesebre y muere desnudo en la Cruz!

Ante este sublime cuadro de pobreza, ¿habrá hermanita que se queje de la suya?

Pobre en recursos materiales es hoy la Alianza y pobres nuestros *retiros*; la caridad de almas generosas nos abre sus puertas para nuestros actos reglamentarios; pobres son sus cimientos, pobres sus instrumentos y pobres, casi en totalidad, las hermanitas que pertenecen a la Obra...

No te asustes, hermanita amada. Pobre es Jesús; amó la pobreza y la ensalzó y la puso como distintivo de sus discípulos y seguidores.

Abázate con la pobreza, ámala, como los santos, y cántala con alegría, como lo hizo el Pobrecito de Asís.

=====

PUNTO III.- La recompensa.

A los pobres de espíritu Jesús promete su reino glorioso.

En este mundo, su reino, según el Apóstol, es: «¡justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo!». ¡Reino incomparablemente mejor, más glorioso, hermoso y feliz que todo lo que los mundanos puedan apetecer con la posesión de bienes perecederos e inciertos!

Pero el verdadero Reino de Cristo es el Cielo; y el Cielo es el reino del pobre que desprende el corazón de los bienes materiales, del reino terrenal.

Este reino celestial no faltará al verdadero pobre de espíritu, puesto que la promesa del Señor es formal, cuando dice: «De ellos es el Reino de los Cielos».

¡Cuántas y cuán excelsas maravillas ha obrado esta palabra en el mundo! ¡A cuántos pobres ha consolado en su pobreza! ¡A cuántos ricos ha movido a despojarse de sus riquezas terrenas, para buscar las eternas del Cielo!

¡Oh hermanita amada! ¿Te pesa y te estruja en tu vida la pobreza? ¿Te humilla y te hace dura la existencia?

Mira primero a Jesús; Jesús, siendo el más rico, se ha hecho el más pobre. Si quieres tener su espíritu, despóstate, como San Francisco, con la santa pobreza; es la primera palabra del código de su amor.

Mírate, después, a ti misma; para ser hermanita perfecta de la Alianza, la pobreza es el camino real; a quien nada o poco tiene, nada o poco le cuesta desasirse de lo que tiene o puede tener.

La riqueza dificulta y hace espinoso el camino; las fortunas de este mundo por fuerza inclinan el corazón hacia la tierra, y hay que sufrir violencia para despegarlo...

Mira, por fin, el ejemplo de los héroes del Cristianismo: reyes que arrojan sus coronas, ricos que dan su fortuna a los pobres, potentados de la tierra que buscan ser despreciados de los hombres, señoras y jóvenes encopetados que dejan, como carga inútil, sus lujosos arreos y visten la librea de la sencillez y honestidad...

No todos son llamados a dejar de *hecho* sus bienes y meterse en un claustro...; pero todos, sin excepción, son llamados a ser *pobres de espíritu*, a vivir con el corazón libre y despojado de todo lo material...

En la Alianza, la pobreza de espíritu es fundamental...

¡Oh Rey de los Reyes, que te hiciste pobre para hacer a los pobres «reyes»! Dame espíritu y hazme amar la pobreza, para que sea reina en el Cielo.

=====

9. ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. (*Math. V, 4*)

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas (*Math. XI, 29*).

No abrió su boca; conducido será a la muerte, como la oveja al matadero, y guardará silencio..., como el corderillo que está mudo delante del que le esquila. (*Is. LIII, 7*).

AFECTOS Y SUPPLICAS... – *He ahí el cordero de Dios..., dijo de Vos un día San Juan Bautista en la ribera del Jordán. Antes que nadie os conociera en el mundo, ya del cielo traíais este dulcísimo nombre...*

Manso Cordero seréis, entre la muchedumbre de vuestras ovejas que os siguen, como entre los lobos furiosos que os persiguen en continuo acecho por vuestros caminos...

Y ¡qué mansísimo Cordero me parecéis en la soledad de nuestros Sagrarios y en las almas que os reciben!...

¡Qué difícil es dominar las pasiones y mantenerse manso y humilde en las mil pruebas de la vida!... ¡Cuántas obras pierden su mérito, porque la pasión de la ira y la impaciencia las envenena!

¡Señor! Dadme una victoria completa sobre mi corazón; dadme fuerza para vencerme, paciencia para llevar la cruz sin quejarme, mansedumbre para conquistar con dulzura las almas que me buscan.

Dulzura, suavidad, mansedumbre, humildad... ¡Dadme estas joyas!..

=====

PUNTO I.- La mansedumbre.

Escribe Meschler: «La mansedumbre es la virtud que refrena y regula la cólera desordenada, aplaca el espíritu de venganza y, sobre todo, se opone a la inclinación que tenemos a hacer justicia por nuestras propias manos, exigiendo por la fuerza lo que creemos ser nuestro derecho y castigando lo que reputamos una injusticia»...

«La mansedumbre, según San Juan Clímaco, es la roca que rompe las iras del mar y ella es inquebrantable»...

¿Qué intenta Jesús en aquel inmenso auditorio con esta bienaventuranza?

El Salvador, no sólo intenta reformar la pasión de la venganza, sino que quiere que renunciemos a la violencia para alcanzar el derecho, y, en especial, quiere señalar, como característica de su Reino, la mansedumbre y la dulzura cristianas, que jamás apelan a la fuerza para alcanzar el derecho, sino sólo a la humildad y a la paciencia.

Esta enseñanza es de suma importancia para aquellas gentes, teniendo en cuenta que aquellos pueblos judíos y paganos, allí representados, acostumbraban ventilar sus diferencias por la fuerza bruta, no reconociendo más derecho que el de las armas, por lo cual vivían siempre envueltos en guerras interminables.

Y era este el único medio por el que ellos creían había de establecerse el reino del Mesías.

Hermanita amada, y ¿qué diremos a la hora presente, en que una mitad del mundo civilizado y pagano se despedaza y aniquila contra la otra mitad, en la más espantosa, cruel y sangrienta guerra que registra la historia

desde que el mundo tiene historia? ¿No es acaso la misma bienaventuranza la que, desde la montaña del Vaticano, sigue predicando el divino Nazareno, por boca de su Vicario el Santo Pontífice Pio XII, a las naciones que tratan de defender sus derechos por la violencia de las armas?

¡Qué lección tan sublime ésta para todas esas naciones que han querido poner, como única solución a una paz justa, la potencia de sus terribles máquinas y la fuerza de sus manos!

El Reino de Cristo no tiene más armas que la mansedumbre y la humildad; con ellas ha triunfado la Iglesia contra veinte siglos de enemigos.

¿Y la Alianza...?

La Alianza es muy pequeña y humilde; su triunfo no está en las armas, ni siquiera en el brillo de la elocuencia, literatura y tribuna de oradores que cautivan.

Las conquistas de la Alianza hasta el presente llevan sello del Evangelio, y éste es el sello auténtico de Jesús.

La mansedumbre, la humildad, la sencillez, la dulzura... son las únicas armas que se esgrimen en nuestros campos, en cuyo manejo queremos bien instruidas y amaestradas a nuestras hermanitas.

¿Cómo las manejas tú, hermanita amada? Más... dime: ¿las posees acaso? ¿Eres mansa, humilde, suave, sencilla, paciente, flexible? ¿Sabes ceder, callar, dar la razón al adversario?

Al contrario, ¿eres tenaz, terca, te encolerizas, te apasionas, te irritas y peleas sin freno?

El triunfo de la Alianza y el de cada hermanita está en la mansedumbre, humildad y sencillez.

=====

PUNTO II.- Jesús manso

La mansedumbre se define y describe admirablemente en la persona de Jesús.

Veamos varios de sus rasgos

Ya, siglos antes, los Profetas nos vienen anunciando bajo el dulcísimo nombre y simbolismo de Cordero, con el que querían declarar y describir los rasgos de su dulzura, mansedumbre y sencillez.

Desde el primer vagido del pesebre de Belén hasta el Calvario, será Jesús la personificación de estas bellas virtudes.

¡Cuántos de estos rasgos habrán quedado ocultos en la intimidad de aquella vida de hogar, que llenó casi todos los años de su vida! ¡Qué bellas, interesantes y encantadoras narraciones hubieran podido tejer su Madre Santísima y el bendito San José, testigos de la suavísima amabilidad de aquel divino Corazón!

Por eso, en cuanto apareció por las riberas del Jordán, Juan Bautista le señaló, diciendo: «He ahí el Cordero de Dios».

Si tan pronto cautivó el corazón de las gentes, fue en gran parte debido a su extraordinaria mansedumbre, humildad, bondad y sencillez.

¡Qué bien la mostró con sus apóstoles, hombres rudos en su mayoría ignorantes, apasionados, a quienes tanto hubo de sufrir!

Manso y humilde fue con los pobres y enfermos, a quienes siempre hizo bien.

Manso y humilde fue con los pecadores, a quienes siempre recibió con piedad y misericordia: Zaqueo, Magdalena, la adúltera...

Manso y humilde fue con los mismos enemigos, con quienes fue siempre delicado y atento, sin ser nunca condescendiente y transigente.

Manso y humilde fue hasta el extremo con el desgraciado apóstol Judas, a quien con infinita caridad y ternura convidó a la penitencia.

Manso y humilde fue, por fin, con la baja chusma de las calles, cuyas blasfemias e insultos recibió con incomparable mansedumbre en las agonías de la Cruz.

¡Oh, hermanita amada! Y ¿no lo es hoy ahí, en la soledad de nuestros Sagrarios? ¿Cómo se explica ese silencio en los altares; esa compasión en las almas miserables; esa paciencia con los pecadores, con los blasfemos, con los sacrílegos; esa inmutable bondad y mansedumbre junto al olvido, el abandono, la profanación, la irreverencia, el desprecio?

«Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

¡Oh, hermanita, cuan necesaria le es a la Alianza esta virtud!

A las almas del claustro no se les ofrece acaso tanta ocasión para practicar la mansedumbre, como a la hermanita.

Esta tiene la misión de ser pacificadora del hogar; mansa con los suyos, mansa y humilde con sus amistades, en el «retiro»; mansa y humilde con las compañeras del taller; mansa y humilde con los niños de su escuela, en la Catequesis, en la sociedad...

¡Cuánto desdice de la Obra y cuánto la perjudica una hermanita impaciente, colérica, iracunda, brusca, dura, terca, pendenciera, egoísta, inasequible...!

¿Lo eres tú, hermanita?

PUNTO III.- El premio

Los mansos y humildes poseerán la tierra.

Los ambiciosos y los orgullosos quieren y creen poseerla por la violencia, por la astucia, por la influencia social, por el dinero, por el talento y vana ostentación de sus cualidades...; pero se equivocan.

Cristo es Rey, y ha conquistado la tierra y los corazones por la dulzura, mansedumbre, humildad y sencillez de su amante Corazón. Pilato no pudo comprender este extraño modo de conquistar la tierra, al ver en su tribunal a aquel mansísimo Rey acusado de usurpador de los derechos del Cesar, y que no tenía soldados por ninguna parte.

Cabalmente Jesús iba a tomar posesión de la tierra, y de los corazones desde el trono de la Cruz a la que le condenaban los judíos. Desde un leño había de reinar Dios; así lo había El anunciado, que todo lo atraería a Sí, cuando fuese levantado de la tierra.

¡Oh, hermanita; en una aparente derrota y humillación están muchas veces el triunfo y la gloria de nuestro reino!

Los seguidores de Cristo han conquistado y poseído su Reino eterno con las mismas armas que Él.

Pedro y Pablo, Juan y Santiago, Esteban y Lorenzo, Inés y Cecilia; en la persecución y en el martirio fueron mansos y humildes, y sin otras armas poseyeron la tierra y conquistaron el reino de Cristo.

Sin tregua se combate a la Iglesia; ésta sufre con mansedumbre y paciencia la oposición de sus enemigos y posee *la tierra de los que viven*.

También la Alianza ha de poseer la tierra y conquistar el reino de su *lema* en las almas, callando en la arena de la persecución, sufriendo la contradicción y aceptando con paz y alegría la humillación y la cruz.

¡Oh, hermanita! Conquistarás y poseerás el afecto y el corazón de los que te rodean: jefes de oficina, amos de taller, compañeros de fábrica, niños de la escuela, y hasta los de tus padres y hermanos y hermanitas de tu «retiro» con la virtud de la mansedumbre, de la dulzura, de la humildad, de la sencillez.

Nada hay que más poderosamente nos haga merecer el aprecio y la estima de las gentes y la benevolencia y piedad de Jesús, como la mansedumbre. En esa sublime virtud brilla extraordinariamente el reflejo de un algo que arrastra y cautiva.

Hermanita, nada te turbe, nada te espante... Si te hieren en una mejilla, presenta la otra; si te insultan, calla; no tomes parte en porfías inútiles; en discusiones de poca monta cede y da la razón a quien se empeña en tenerla; cuando sea menester, defiende la verdad con serenidad, dominio y mansedumbre.

Así lo hizo Jesús y así lo enseñó.

10. LOS QUE LLORAN

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (*Math, V, 5*).

¡Ay de vosotros los que ahora reís! ¡Porque día vendrá, en que os lamentaréis y lloraréis! (*Luc. VI, 25*).

En verdad os digo, que vosotros lloraréis y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (*Joan. XVI, 20*)

(Jesús) al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella... (*Luc. XIX, 41*).

AFECTOS, SUPPLICAS... - *¡Oh, Señor! No sabemos si alguna vez llegasteis a reír en este destierro mortal... En cambio, nos regalasteis el tesoro de vuestras lágrimas...Llorando disteis vuestros primeros vagidos en el portal, y con lágrimas de sangre os despedisteis en la cruz...*

El mundo corre tras las alegrías y los placeres de una vida sin dolor y sin trabajo... ¡y se equivoca!... Hubo un paraíso de felicidad, que duró lo que duró la inocencia del primer hombre...

Vuestra maldición, ¡maldito pecado!, nos ha traído el dolor, la desgracia y el llanto de la tierra...

La Alianza ha renunciado a las vanas alegrías del mundo...Las flores de su LEMA no brotan ni se abren entre risas y festines, sino en tierra abonada y fecunda por la compunción y el riego constante de las lágrimas en el sacrificio continuo...

¡Señor! Convertidme en amargura las lágrimas de esta vida, y alcanzadme el sabor de las lágrimas que quiero llorar por mis pecados.

PUNTO I.- Los que lloran

Descartemos ante todo lo que suena a melancolía sentimental y a abatimiento del corazón; igualmente, el dolor natural o la simple pena que se experimente con la pérdida de algún bien temporal, etc.

Nada de eso se quiere significar por esta bienaventuranza.

Se trata, en primer lugar, de un espíritu de seriedad y severidad, que huye de los goces mundanos y placeres terrenos; se trata de una gravedad tranquila, que pone en su justa medida las pasiones y tendencias a la alegría vana; se trata de una vida de sacrificio moderado, de compunción del corazón, de contrición de nuestras presentes y pasadas culpas.

Bienaventurados los que lloran sus propias miserias, las culpas perdonadas de toda la vida y no menos las actuales fragilidades de su pobre corazón.

Bienaventurados los que lloran el destierro de esta vida mortal y la ausencia de la patria inmortal que el alma anhela sin cesar.

«Maravilla es, dice el Kempis, que el hombre pueda alegrarse perfectamente en esta vida, si considera su destierro y piensa en los muchos peligros a que está expuesta su alma».

«La ligereza del corazón y el olvido de nuestros defectos nos impiden sentir los males de nuestra alma, pero muchas veces reímos vanamente cuando más bien deberíamos llorar». (*Lib. I, cap. XXI*).

Hermanita amada: vivimos en medio de un mundo insensato que ríe, canta y goza sobre la tumba de sus hermanos, a quienes de un modo trágico ha alcanzado este espantoso diluvio de desventuras, desgracias y muertes.

¡Qué dolor!

Dios, como nunca, nos convida y empuja en estos tiempos a llorar con sangre las causas de nuestros males, que son nuestros pecados, y el pecado, en vez de disminuir, se multiplica espantosamente.

Hoy las lágrimas son una grave necesidad, porque son una expiación.

«No lloréis sobre Mí – dijo Jesús a las hijas de Jerusalén – llorad, sí, sobre vosotras y sobre vuestros hijos...»

«Materia de justo dolor e interior contrición – sigue diciendo el inspirado Kempis – son nuestros pecados y defectos, en los que estamos de tal modo como sepultados, que con dificultad podemos considerar las cosas celestiales...» (*Ibid.*).

En esta bienaventuranza Cristo condena la ceguera de los mortales, los cuales, por gozar breves años de alegría, olvidan las lágrimas saludables de la penitencia, que trae las eternas alegrías.

Hermanita amada, la Alianza debe vivir refrenando las excesivas alegrías de los sentidos, que secan el espíritu de interior recogimiento; su bien y su paz debe hallarse en la oración y en la compunción del corazón; la hermanita debe preferir las lágrimas a los placeres, debe sonreír dulcemente en el dolor y en el sacrificio... ¿Es así tu conducta?

=====

PUNTO II.-Las lágrimas de Jesús

No hallamos en el Santo Evangelio ningún pasaje en que Jesús se nos muestre riendo; pero, en cambio, son muchos en los que se nos presenta llorando.

Los primeros vagidos en el pesebre de Belén fueron vagidos de llanto.

Vino al mundo a enseñarnos a llorar, y su primera lección fue de llanto, y ésta será la última que dará a las mujeres de Jerusalén en la cuesta del Calvario.

Lloró Jesús en el destierro, lloró la desgracia de sus amigos, lloró la desventura de Jerusalén, lloró la ceguera de los empedernidos judíos, lloró particularmente sobre toda la humanidad en Getsemaní con lágrimas de sangre.

Hasta en los momentos en que parecía brindársele justa ocasión para darse a la alegría y al gozo de su corazón, cuando, aclamado por las turbas y saludado con hosannas alegres de triunfo por los niños, entraba en la ciudad de Jerusalén como Rey victorioso, en sus umbrales prorrumpió El en amargas lágrimas.

¡Y en cuántas otras ocasiones, aunque el llanto no llegara a sus divinos ojos, quedó nublado, apenado y entristecido su Divino Corazón por la ingratitud, la traición, la persecución y el odio...!

Y, si de llanto fuese capaz hoy, en los abandonos de los Sagrarios Jesús seguiría llorando. Lloraría los olvidos de los suyos, la soledad de los templos, la indiferencia, la deslealtad, la ingratitud, el sacrilegio, la traición de tantos hijos.

¡Oh, Jesús! Y ¿acaso no me has llorado también a mí? Cuando, quizá con excesivo afán, buscaba yo las alegrías de una vida liviana, Tú me lloraste con dolor.

¿No son acaso tus lágrimas las que me han lavado y salvado?

¡Oh, hermanita amada! Llorando viniste al mundo con seguridad partirás de él; destierro y no patria, valle de lágrimas y no mansión de alegre vida, es la vida presente... ¿Por qué, pues, te afanas en buscar alegres expansiones, donde necesariamente habrás de alimentar la vida con pan de lágrimas?

Motivos de llanto hallarás por doquier, comenzando por ti misma: tus pecados pasados y presentes, tu vida espiritual débil y enfermiza, tu pobreza de alma desprovista, tal vez, de virtud y santidad, te convidan a una vida de sincera contrición. Tu Dios ofendido, tu Jesús ultrajado y perseguido, su amor traicionado y abandonado en la soledad de los templos, dan motivos de llanto a las almas fieles. Y si miras la humanidad desviada y alejada de Dios, único centro de su bien y felicidad, lanzándose desenfrenadamente, como caballo desbocado, hacia un abismo de males que se le oculta, hallarás sobrados motivos para dar rienda suelta a las lágrimas y al llanto.

La diversión y el placer son la única ilusión de la juventud, la ambición y el dominio mueven al hombre, la ostentación y el orgullo arrastran a la mujer mundana. En cambio, el Evangelio, la virtud, el Sagrario, apenas interesan a nadie...

Y tú hermanita, desde la cumbre de la Alianza, como Jesús desde el Olivete, llorarás tanta ceguera, tanto descarrío, tanta miseria, tanta desgracia, tanto mal.

Llorarás, porque ellos no lloran...

=====

PUNTO III.- Seréis consolados

No lo creen así los mundanos.

El que un buen cristiano, que huye de las falsas alegrías, puede tener consuelos aun en nuestra clase de vida, es un misterio para ellos.

Mas Dios cumple su palabra, enviándonos al Consolador, el cual sabe trocar en gozo las lágrimas y las tristezas en dulce alegría.

Dulces lágrimas fueron las de la Magdalena, cuando dejó para siempre el festín de las vanas y culpables alegrías del mundo.

Dulcísimos son los consuelos con que Jesús regala al alma que cierra su puerta a los goces engañosos del mundo.

Salta de gozo en los claustros solitarios de una Cartuja un joven, que ha tenido la valentía de despedirse para siempre de la compañía de amigos alegres. En el rincón del templo mira con sonrisa de ángel la puerta del Tabernáculo una joven cristiana, cuando a la misma hora, en el torbellino de placeres se aburre su infeliz amiga.

Y eso aquí, en esta vida de privaciones y vencimientos; pues nada son, según San Pablo, todas las tribulaciones de la presente vida, para granjearnos la gloria futura de la eternidad. El verdadero consuelo es aquel que nos aguarda en la patria inmortal del cielo.

Allí dice San Juan que limpiará Dios las lágrimas de los ojos de los bienaventurados, y que no se oirá más llanto ni gemido ni clamor, porque todo será un gozo continuado y una alegría y gloria perpetua, sin intermisión alguna.

Hermanita amada: ¿no serás, tal vez, tú misma, la que en los goces del mundo has hallado muchas lágrimas y, viceversa, en las lágrimas de compunción, derramadas en la soledad de tu «retiro», has encontrado el consuelo verdadero de tu espíritu? ¿No has comprendido por experiencia que las alegrías que vienen de fuera, no llegan muchas veces hasta el fondo del alma, y, en cambio, las que Dios produce en el interior inundan el alma y algunas veces se desbordan al exterior?

¿No has sorprendido alguna vez, en los labios de una hermanita que sufre todo un martirio de angustias y dolores, la dulce sonrisa de una íntima alegría que la hace amar el sacrificio y el dolor?

¿No has escuchado de sus labios aquella expresión de Santa teresita: «Sufro mucho; mas no me pena el sufrir, ni quiero sufrir menos de lo que sufro»?

Así se explica el que muchas alegrías produzcan muchas lágrimas y, viceversa, el que muchas lágrimas produzcan muchos consuelos.

¡Oh, hermanita! Felizmente dejaste las locas alegrías del mundo; no vuelvas jamás a ellas, no las ansíes, no las busques, vive como desterrada.

Llora, que hay por qué llorar. Pero... óyeme; no seas plañidera pública; oculta tus lágrimas, disimúlalas con la sonrisa de una interior alegría; no seas mustia y tristona. Sé alegre, consuélate; hay también poderosos motivos para dar lugar a un santo regocijo. ¡Vive alegre!

=====

II. CUARTA BIENAVENTURANZA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (*Maht. V, 6*).

¡Ay de vosotros los que andáis hartos! Porque sufriréis hambre. (*Luc. VI, 25*).

Después de esto..., para que se cumpliese la escritura dijo: «Tengo sed». (*Joan. XIX, 28*).

Vino una mujer samaritana a sacar agua: díjole Jesús: «dame de beber»... Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed. (*Joan. IV, 7, 13*).

AFECTOS Y SUPPLICAS...- *¡Oh, Señor! El mundo busca saciar su sed en aljibes rotos de tierra, y cuanto más bebe, más sed tiene...*

Tú eres la fuente que salta hasta la vida eterna...; eres el maná que sabe a todo deliciosamente...

Sed de placeres, sed de dinero, sed de goces terrenos, sed de grandezas y vanos honores, sed de gloria y de inmortalidad atormentada al mundo...

¡Vano intento!...

Sed de sacrificios y de humillaciones, sed de justicia y santidad, sed de pureza y de amor, sed de reparaciones y de víctimas, sed de tu gloria y de tu reino, sed de almas, sed de corazones inmaculados, devora a tus esposas en la Alianza...

Dame, Señor, hartura y náuseas de todo lo terreno y hambre y sed de lo divino; dame celo y sed de amor, celo y sed de martirio...

PUNTO I.- Hambre y sed de justicia

Excepción hecha de algunos que dan a estas palabras un sentido más literal, comúnmente se significa por ellas una aspiración y esfuerzo hacia la virtud, la perfección y la santidad por todos los medios que nos ofrece la Religión; es decir, aspiración decidida y eficaz hacia la santidad y hacia el Reino de Cristo, que es Reino de justicia y santidad.

Hambre y sed – dice el Divino Maestro – para significar la fuerza con que el alma debe aspirar a esta justicia y santidad.

«No se contenta Dios – dice San Jerónimo – con que tengamos unos deseos, sino que nos pide hambre y sed de la virtud».

«El hambre y sed – dice San Bernardo – no dan treguas ni plazos, sino que son unos acreedores que ejecutan sin dilación, por cuanto las ansias que padecen no pueden esperar».

Según esto, la aspiración a la justicia y santidad debe ser viva, ardiente, activa; debe compenetrar y animar todo nuestro ser, todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos.

Hambre y sed en el orden natural significa la buena salud y disposición del sujeto; hambre y sed en el orden espiritual deberá también significar un estado de vigor y energía para los actos propios del alma en orden a la santidad.

Toda alma santa, cuanto más santa, tiene más hambre y sed para elevarse en la santidad.

Hermanita amada: repasa atentamente el primer artículo de tu Reglamento y verás cómo esta hambre y sed de justicia están allí significadas.

En efecto, la hermanita no podría aspirar *con eficacia* a la perfección, si no tuviera verdadera hambre y sed de justicia y santidad.

Hambre de Dios, sed de justicia y santidad, hambre y sed del *lema*: pureza, amor y sacrificio, se exige a toda alma que en la Alianza desee aspirar eficazmente a la perfección.

Quien tiene hambre y sed de comer y beber, procura encontrar los medios adecuados para remediarlas satisfactoriamente. Así también, quien de veras tiene hambre y sed de santidad, buscará los medios conducentes para conseguirla.

El hambriento no se contenta con decir: «tengo hambre», o «me gusta comer», sino que, con firme voluntad, se lanza a buscar el manjar que necesita.

Esto con más razón se exige al alma hambrienta de justicia y santidad.

Dime, hermanita, ¿sientes hambre y sed de ser verdadera aliada, fervorosa y santa hermanita? ¿Estás de hambre? ¿Fomentas esta hambre y sed? Buena señal es.

Peor, al mismo tiempo ¿haces algo, te esfuerzas en remediar esa hambre y sed?

Al contrario ¿no sientes hambre? ¿estás desganada? ¿no hallas gusto en las cosas propias de la Obra? No es buena señal. Busca un remedio; de lo contrario, morirás para la Alianza.

=====

PUNTO II.- Tu deber

«Todo cristiano,- dice el Venerable P. La Puente – necesita para serlo esa santa hambre y sed de justicia; primero porque Jesucristo quiere que aspiremos a ser perfectos como su Padre. Segundo, porque esa hambre y sed indican fe viva y aprecio sincero de los bienes de la santidad y de la gracia, como el avaro tiene sed del oro y el mundano hambre de los placeres. Tercero, porque esto es lo que quiere Dios, que no te contentes con lo adquirido, sino que siempre desees más virtud y aspire a más perfección».

A lo cual puédesse añadir que, quien no tiene esta hambre y sed de justicia, será de ordinario alma tibia, pues nada se opone tanto a esta hambre y sed como la tibieza espiritual, que al fin no es otra cosa que la desgana y el hastío de las cosas santas.

Y he aquí la peor enfermedad espiritual para un alma que se ha consagrado a Dios. Dios le manda amarle con todo el amor de su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas; mas el corazón tibio ni ama ni tiene amor para amar a Dios.

Su consagración le obliga a vivir sola y toda para su Dios, sirviéndole con nobleza y generosidad, y aspirando con todo fervor a las más alta cumbres de la santidad; mas ella, colocada en una falsa paz, busca con refinado egoísmo su propio regalo, una vida de comodidad y bienestar material.

¡Oh, hermanita amada! Si todo cristiano debe procurar para sí esta hambre y sed de justicia y santidad, so pena de caer en el funesto estado de la tibieza, ¡con cuánta mayor razón deberás tú, alma consagrada a Jesús en una Obra que, por su naturaleza, debe vivir en la cumbre de la santidad y

del amor, avivar esta hambre y esta sed de tu perfección, a fin de que no caigas en una triste y total tibieza!

Siendo la Alianza la práctica de la *más perfecta vida cristiana*, no se concibe una hermanita *verdaderamente aliada* que no sienta hambre y sed vehementes de justicia y perfección. Y como la tibieza extingue completamente esta hambre y esta sed, la tibieza insensiblemente destruye y mata a la Alianza en su misma raíz.

La hermanita tibia, aunque figure en la Obra de la Alianza, en verdad no es aliada, no pasa de una vulgar y miserable cristiana.

¡Oh! No hay enfermedad ni peste que acarrea mayores y más funestos estragos a las almas, que esta de la tibieza.

Y su campo no es muchas veces el mundo mundano y vano; su campo favorito son las almas piadosas. En ellas más funestamente se incumba, como una inyección de morfina, que paraliza, amortigua e insensibiliza todo vigor, toda actividad, todo fervor sobrenatural.

En el mundo, en medio del cual vive, nada tiene la Alianza tan peligroso como la tibieza, en la cual, si cae la hermanita, difícilmente perseverará fiel a su vocación.

La Alianza teme a la tibieza, porque la tibieza aniquila a la Alianza; en lucha dura habrán de vivir siempre las dos.

Hermanita, ¿habrá almas tibias en la Alianza? ¿Seráslo tú por ventura? Míralo bien.

=====

PUNTO III.- Ellos serán hartos.

El alma que, desasida de lo terreno, tiene hambre y sed de Dios y de lo divino, sabe bien lo que es esta hartura.

Nadie vive tan satisfecho y lleno como aquel que, mortificando el apetito de las cosas de la tierra, procura nutrir su espíritu de manjar sobrenatural. El él se cumple la bella expresión de Jesucristo a la Samaritana: «Cualquiera que beba de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiera del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed». (Joan. IV, 13).

«Las aguas de este mundo – dice el Venerable P. La Puente – son salobres, y, en lugar de apagar la sed, la aumentan; pero las espirituales y del cielo la apagan, de manera que nunca tienen más sed los que beben de ellas».

«Y así, añade San Jerónimo, las que gustan de los manjares espirituales, nunca más apetecen los carnales».

Nadie tiene menos apego a los bienes, riquezas, honores, placeres, vanidades y grandezas de este mundo, como aquel que vive entregado, con verdadera hambre y sed de santidad, a Dios Nuestro Señor. Quien se da a Dios, en Él lo hallará todo; sólo Dios le basta, porque Dios es para él todas las cosas. Más quien a Dios no posee, aun cuando sea dueño de todo, vivirá de hambre y jamás experimentará una hartura plena y feliz.

Eso es aquí, en el destierro de la vida presente; porque en el cielo no hay más que una fuente, de la cual beberán y se hartarán plenamente los bienaventurados que en el mundo tuvieron hambre y sed de justicia.

Es en el Cielo, donde de modo perfecto ha de cumplirse la promesa que el Divino Maestro hace a los que han hambre y sed de justicia a la medida y capacidad de nuestro corazón.

Hermanita amada; si has vivido algún tiempo en la Alianza, y en ella has vivido su verdadero espíritu con hambre y sed, es decir, con ardor, con fervor, con generosidad y nobleza, has tenido que experimentar, siquiera en parte, esta dulce hartura del don divino.

Niñas de corta edad se han dejado decir, con sublime candor y elocuencia: «Oh padre, bien sobran las cosas de este mundo, cuando Jesús llena el corazón».

Y mira, hermanita, Jesús llena siempre el corazón (previamente vacío) que tiene hambre y sed de justicia y santidad.

La alegría de nuestras hermanitas, que se desborda algunas veces en nuestros «retiros», confirma elocuentemente esta verdad.

¡Qué alegres son los santos! ¡Qué llenos viven en sus privaciones! ¡Qué poca atracción tienen para ellos los tesoros de esta tierra!

Así debe ser la Alianza, así cada una de las hermanitas.

¿Qué dices a esto, hermanita amada? ¿Tienes hambre y sed? ¿De qué tienes hambre y sed? ¿Hay hartura divina en tu alma? ¿Te llena de Dios? ¿Te basta Jesús? ¿Buscas algo fuera de Él? ¿Qué es ello?

¡Sólo Jesús, hambre de Él, hartura de Él! Amén.

12. ALCANZARAN MISERICORDIA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (*Math. V, 7*).

Vosotros amad a vuestros enemigos y haced bien y prestad sin esperanza de recibir nada por ello, y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo... Sed, pues, misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso. (*Luc. VI, 35*).

Aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia; pero la misericordia sobrepuja al rigor del juicio. (*St,II,12-13*).

AFECTOS, SUPPLICAS...- *¡Oh, Señor! Amáis la misericordia y la ejercitáis sobre las miserias del hombre caído... Vuestra justicia siempre aparece bajo el manto de la misericordia... Vuestro Evangelio, desde el principio hasta el fin, es la revelación auténtica de vuestra misericordia... «No quiero más que misericordia, habéis dicho; no he venido a juzgar»...*

¡Oh, Señor! No os canséis de ser misericordioso conmigo... El remedio de mis continuas miserias habrá de ser siempre de vuestra misericordia...

Mi corazón manchado, lleno de miserias, va a la fuente de vuestra misericordia...

Pero, a la vez, Señor, os pido que este corazón tan ruin y tan mezquino me lo cambiéis en un corazón caritativo y misericordioso...

Hacedme misericordioso con todos los miserables...

=====

PUNTO I.- Soy la obra de la misericordia

«La misericordia es la compasión de los males del prójimo y la voluntad eficaz de auxiliarle en cuanto podamos» (*Meschler*).

Dios es el «tesoro infinito de la misericordia y de la bondad»; las obras de su misericordia no tienen número.

La creación entera es obra de su misericordia y de su bondad. Con todo, su misericordia comenzó a desbordarse y desplegarse en la tierra, cuando la miseria hizo su aparición en medio del mundo. El pecado trajo al mundo la miseria, y el pecado atrajo al hombre la misericordia de Dios.

Dios que es amor, es propenso a la misericordia, la cual no hubiera sido tan conocida en el mundo, a no haber en él miserias que remediar. La tierra no estaría hoy en pie, si la misericordia de Dios no la sostuviera. A la misericordia de Dios lo debemos todo; las más estupendas obras de Dios son obras de su misericordia. El amor misericordioso actúa incesantemente sobre el corazón de la humanidad infeliz.

El pecado es la raíz y fuente de todas las miserias humanas, y estas miserias y la raíz de ellas hallan su remedio en la misericordia divina. El hombre y Dios son dos fuentes; aquel de la miseria y Este de la misericordia.

El real Profeta, desde el abismo de sus miserias, que nunca dejó de reconocer y confesar públicamente, cantó, al son de su inspirada arpa, himnos y salmos a la misericordia de Dios: «Alabad al Señor, porque es infinitamente bueno; porque es eterna su misericordia...Alabad, al único que obra grandes maravillas; porque es eterna su misericordia. Al que con su sabiduría creó los cielos; porque es eterna su misericordia». (*Salmo 135*).

Hermanita, tú eres una maravilla de la divina misericordia; el ser que tienes es un don de la munificencia misericordiosa de Dios, que, dejando a otros en su nada, se acercó a ti y te incluyó entre sus obras predilectas. «Gratia

Dei», por la gracia, por la misericordia de Dios, soy lo que soy.

Y yo por mí soy un pecador, y cada uno de mis pecados se ha encontrado siempre con la misericordia de Dios, sin la cual no hubiera hallado el perdón y la restauración de la vida en mi pobre alma.

Estudia tu vida, hermanita amada, a través de las ingratitudes que has tenido para con tu Dios, y verás que un torrente inagotable de misericordias divinas ha inundado tu alma. En humilde meditación piensa en tus miserias pasadas y presentes y paralela a ellas verás pasar y correr compasiva la misericordia del señor.

Pero es más; tú eres hermanita de la Alianza, lo cual significa que eres la distinguida, la escogida, la predilecta de Dios. ¡Tú, hermanita de la Alianza!, ¿lo merecías acaso? ¿Quién te llamó? ¿Cuándo te llamó? ¿Dónde te llamó? ¿Cómo te llamó? Recuérdalo bien y confúndete...

Eres hermanita por la gran misericordia del Señor. Aplícate aquellas palabras del Apóstol a los Romanos: «No es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que usa de misericordia». (IX, 16).

Cuanto mayores fueron para contigo las predilecciones de Dios, tanto lo debieron ser también sus misericordias.

Hermanita, ¿se lo recuerdas con gratitud? ¿Sabes cantar con David incesantemente las misericordias del Señor? ¿Eres agradecida? ¿O eres insensible a la magnitud de tantas misericordias?

¡Oh, Jesús! ¡Qué ruin es mi pobre corazón! Me abrumba el peso de tus misericordias; «a tu misericordia debo el que no haya sido consumido por las llamas eternas». ¡Y vivo insensible en mi gratitud!...

=====

PUNTO II.- Jesús misericordioso

El ejemplo de Jesús nos ha de mover a ser misericordiosos. Todos los días de su vida mortal son una constante revelación de su inagotable misericordia.

«¿Nadie te ha condenado, mujer?» dice un día a la adúltera, «tampoco yo te quiero condenar»

Jesús llora sobre la ingrata ciudad de Jerusalén, y, entrando por sus puertas, su Corazón se desborda en torrentes de misericordia, y, entre lágrimas de compasión, dice: «Ah, ¡si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz!...»

Un infeliz pródigo se postra a los pies de su padre, y el Padre (Jesús) con mil besos le inunda de misericordia y perdón.

A Pedro con una mirada le descubre el océano de su misericordia. A Magdalena le mira, le habla, le perdona y le defiende públicamente.

Un ladrón en la cruz pide un recuerdo a la Misericordia crucificada, y la Misericordia otorga al ladrón arrepentido todo el fruto de la Redención, trocándolo en un santo.

La última oración de Jesús a su Padre es pidiendo misericordia: «Padre, perdónalos»... Muere enseñando un Corazón roto, símbolo sublime de misericordia y del amor. Entre los resplandores gloriosos de la Resurrección, brilla, aún más si cabe, la misericordia de Jesús, buscando con ternura a sus ovejas desperdigadas; escenas maravillosas de misericordia se desarrollan en el sepulcro con la Magdalena, en el camino de Emaús con los dos fugitivos, en el Cenáculo con Tomás y con Pedro, y en las orillas del Tiberiades con todos los apóstoles.

¡Oh, hermanita! ¡Qué bueno ha sido Jesús para ti! ¿Crees tú en su misericordia? ¿Le temes todavía? ¿Piensas en que no te ha perdonado?

Coge en tu mano ese Cristo que cuelga de tu cuello, ese Cristo que preside tu celda, ese Cristo que abrazas en tu rincón solitario de tu Iglesia; míralo bien, míralo desde las plantas de sus pies hasta la coronilla de su cabeza; cada herida, cada rasguño, cada golpe amoratado, cada gota de sudor, cada mancha de sangre, cada clavo, cada espina, cada azote, cada nudo... es una fuente de misericordia, en la cual Jesús te ha sumergido y bañado... perdonado y santificado... ¡Y aún vacilas!...

«Venid y argüídme, dice el Señor, aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón, se volverán del color de la lana más blanca». (*Isaías, I, 18*).

Levanta también, hermanita, tus ojos y mira a la puerta de ese Sagrario, y escucha ahí la voz silenciosa de tu Dios. ¿Qué ves ahí, qué oyes, qué sientes? ¿Pudo Dios hacer al hombre revelación más amorosa y estupenda de su bondad y de su misericordia que ese misterio?

¡Oh, hermanita! Confía, por muchas miserias que hayas tenido en el curso largo o corto de tu vida, porque infinitamente mayor es la misericordia de Jesús...

Pero..., óyeme; no abuses nunca de ella, como temerariamente lo hacen los pecadores flojos y de ancha conciencia. Dios es bueno, dicen, Jesús es misericordioso, no hay que temer..., y podemos pecar impunemente..., porque ya nos perdonará...

¡¡Qué horrible es este pecado!!...

Confía, hermanita, porque la misericordia de Dios es manifiesta en ti; pero trabaja incesantemente en ser fiel, esfuérzate en la medida de todas tus fuerzas; sé generosa con El, ya que EL lo es contigo infinitamente

PUNTO III.- Seamos misericordiosos.

He visto que Dios ha sido y es misericordioso conmigo; cuando mis iniquidades me cubrieron de miseria, la misericordia divina me ha cubierto de gracia. Eso me obliga a ser yo misericordioso con los demás.

Las obras de misericordia son muy alabadas y ponderadas en las divinas Escrituras; ellas son el mejor título que alegrará el justo Juez en el día solemne del Juicio final a favor de los justos: «Venid a poseer el reino...; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber»... En cambio, «juicio sin misericordia se hará sobre aquel que no hizo misericordia»...

Los que hicieron misericordia alcanzarán misericordia de Dios; a los que no la tuvieron, se aplicará la ley del talión.

Hermanita, sé misericordiosa: a) Porque tú misma la necesitas a cada momento. Reconoce tus miserias cotidianas y verás que a cada instante Dios ha de ser misericordioso contigo. Pon tu buena medida, porque con tu propia medida te medirá el Señor.

b) Porque el mundo está lleno de males y miserias. El odio y la ambición nos han cubierto de ruinas y de estragos; la caridad y la misericordia habrán de curarlos y remediarlos. El hombre orgulloso cada vez es menos misericordioso; si tú eres verdadera hermanita de la Alianza, has de ser alma compasiva y misericordiosa. Este mundo que sangra, necesita de almas compasivas y caritativas, si no queremos que la herida se encone. El bálsamo de la misericordia ha de traernos la paz.

c) Porque eres hermanita; para vivir en hermandad necesariamente habrás de ejercitar la misericordia con todas

las personas que te rodean: misericordia para con los que te ofenden, misericordia para con los que te censuran, te motejan, te persiguen y de cualquier otro modo te hacen sufrir.

El egoísmo, el amor propio, la envidia, destruyen la Alianza; casi todos los males de la Obra de ahí vienen. En cambio, la caridad, la compasión, la bondad, la misericordia edifican, levantan, aseguran y estrechan poderosamente los lazos de la Obra.

Ten misericordia con los que son más pobres que tú; misericordia con los enfermos, máxime si son hermanitas tuyas, las cuales suspiran por la visita de su hermanita; misericordia con los ignorantes, ya que enseñar al que no sabe es obra eminente de misericordia; misericordia con los desgraciados y los que sufren contradicción; misericordia con los que viven abrumados bajo el peso del trabajo, o de la tristeza, o de la humillación, o del abandono y desamparo.

¿Lo eres así, hermanita? ¿Es la misericordia el fruto sazonado de tu caridad y de tu amor? ¿Te domina tal vez el amor propio, el egoísmo, la envidia, la censura, la crítica? ¿Cuáles son los sentimientos de tu corazón? ¿Cómo miras al pobre desgraciado, al enfermo, al ignorante? ¿Cómo te portas con tus hermanitas necesitadas? ¿Reina acaso la caridad, la compasión, la misericordia en tu Centro?; o, al contrario, ¿lo corroe la carcoma del egoísmo?

Consulta, hermanita, tu conciencia y resuélvete.

=====

13. LOS DE CORAZÓN LIMPIO

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los que tienen puro el corazón, porque ellos verán a Dios. (*Math. V, 8*).

Crea en mí, ¡oh, mi Dios! Un corazón **puro**, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. (*Salmo 50, 12*).

Huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor con **limpio** corazón, (*II Tim. II, 22*).

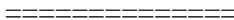
***AFECTOS, SUPPLICAS...** - ¡Oh, Señor! ¡Cuán dulce es la obligación que me habéis puesto! Habéis hecho consistir mi victoria en el **triunfo de la pureza** en mi corazón... Vuestra eterna pureza se trasluce, con resplandores celestiales, en vuestra Encarnación, en la noche de vuestro Nacimiento, en la soledad de Nazaret, en las riberas del Jordán, en las escenas del Cenáculo y en las rocas de vuestro sepulcro...*

Cuando vuestra sangre divina ha regado la tierra maldecida en el paraíso se ha vuelto fértil y ha producido la flor de la pureza virginal...

Pero ¡oh, dolor! El espíritu inmundo, vuestro eterno rival, siembra la cizaña de la impureza en medio del trigo de la pureza que vos habéis sembrado..., y el mundo es un sembrado de impurezas...

¡Oh, Señor! La Alianza tiene la misión de sembrar la semilla de la pureza, ahí donde el espíritu inmundo siembra la impureza...

Dad, Señor, fecundidad a nuestra siembra... ¡Que florezcan los jardines de la Alianza!... ¡Que triunfen los corazones limpio y puros!... ¡que triunfe en mí la pureza virginal!...



PUNTO I.- Pureza de corazón

La mirada del divino Maestro, en aquella primaveral mañana, penetró en los más íntimos secretos de la inmensa muchedumbre que le escuchaba atenta en la planicie de la histórica montaña de las Bienaventuranzas. Todas las conciencias, todas las mentes, todos los corazones eran para El libro abierto...

«¡Bienaventurados los de corazón limpio!» gritó el Señor. Tal vez a su lado contempló a un enjambre de niños inocentes, que nunca van a la zaga en tales casos; vio a sus nobles y sinceros amigos que acababa de elegir para altos ministerios... Vio también a los fariseos hipócritas, embusteros, de mirada torva, intención aviesa y corazón corrompido...

¡Bienaventurados los limpios de corazón!...
¡Corazones limpios, como la aurora de la mañana, como las gotas de rocío, como la fragancia del campo, como la mirada de aquellos niños!... ¡Dichosos, bienaventurados los que conservan siempre limpio su corazón! ¡Cuántas cosas quiso decir Jesús en aquella breve sentencia!

Corazón limpio, que equivale, en primer lugar, a pureza y limpieza completa, mente limpia, inteligencia limpia y clara, pensamientos puros, conciencia recta, conducta intachable, corazón puro, afectos sinceros, amor casto...

Pureza de corazón, alma sin mancha, vida de espíritu, desasimiento de todo lo material y de todo lo terreno, elevación santa, miradas angélicas, muerte a la sensualidad, freno a la carne, pensamientos puros, amor virginal; luz, blancura, transparencia, caridad, gracia, belleza, cielo, Dios. Todo eso dice: «Bienaventurados los limpios de corazón».

Pero, tal vez Jesús, extasiado a la vista de aquel luminoso amanecer, se recreó en la contemplación de los jardines virginales que en la Iglesia habrían de ser bellos

acotados, encomendados al cuidado de los ángeles del cielo en la tierra.

«Bienaventurados los limpios de corazón», es decir, bienaventuradas las mentes limpias y los corazones virginales en cuerpos castos.

Hermanita: En aquella sublima visión, Jesús se inclina a ti. «Bienaventurados los limpios...» y pensó en una Alianza de almas limpias a millares, y pensó que esas almas limpias serían un ameno amanecer para su divino Corazón.

La historia de los corazones puros arranca de más atrás, de la modesta y silenciosa Casa de Nazaret. Fértil la Iglesia, regada y abonada por la sangre y el sacrificio de sus héroes, sin interrupción hasta nuestros tiempos ha venido engendrando y madurando falanges de almas limpias, en quienes tanto se ha recreado el Corazón de Dios.

Y hoy, por amorosos designios de su Providencia, como prenda y ostentación de la predilección especialísima con que su Sagrado Corazón quiere distinguir a nuestra patria, surge aquí, con formidable pujanza, la era de las vírgenes, de las almas blancas, de los corazones limpios... Y entre sus legiones va, y no a la zaga, la «Alianza en Jesús por María», sembrando de flores y fragancias los valles, los campos y los poblados y ofreciéndose en oración y sacrificio por el triunfo y la gloria de la pureza virginal.

Mira ese cuadro, amada hermanita; mira el Corazón de Jesús recreándose y complaciéndose en tan sublime y encantadora visión..., y con El y en El recreáte también tú, entonando un himno de gratitud y de gloria por haberse El dignado honrarte así.

¡Oh, hermanita! ¿Recuerdas esta distinción? ¿Piensas tú en ella? ¿La estudias? ¿La aprecias? ¿La estimas? ¿Trabajas por que brille cada día más esta gracia, esta joya en tu corazón?

PUNTO II.- Ellos verán a Dios

Fruto y recompensa de esta virtud es la visión de Dios, en la cual está esencialmente toda la bienaventuranza del hombre. Como la más espantosa de las penas de un condenado es la privación de la visión divina.

El alma limpia, el corazón puro, verá a Dios. Esta visión tiene su participación aun en esta vida mortal. Así como el cielo sin nubes deja ver al sol, así también el alma pura y limpia, como el azul del cielo, verá a Dios.

En una alma pura la fe es más viva y clara (el vicio oscurece y apaga su luz, el deshonesto acaba por perderla completamente); en esta claridad y viveza de la fe el alma barrunta y siente a Dios.

El corazón puro no siente tanto el peso de la carne; se levanta sin dificultad, se eleva y se acerca a Dios; su oración es más espiritual, más sutil, más íntima; su amor más ardiente, más puro, más divino..., todo lo cual arrastra a la unión, y la unión trae la comunicación, la efusión de corazones, de carismas y de dones, mediante los cuales el alma penetra los secretos sobrenaturales y, en cierto sentido, ve a Dios.

Esta visión oscura es preludio de la visión clara «facie ad faciem», como dice San Pablo, cara a cara, de la bienaventuranza. En compañía de las jerarquías, angélicas, las almas limpias, siguiendo al Cordero, andarán en la luz..., y en su luz verán la luz eterna y penetrarán los secretos de la Divinidad, siendo espejos sin mancha, en los cuales se dejará ver en su infinita belleza la hermosura de Dios.

Hermanita amada: Para ti es esta gloria. La visión de Jesús, la visión de la belleza increada y eterna, con claridad en el cielo y bajo sombras en la tierra, tanto más clara cuanto más limpia, clara y pura sea tu alma...

¿Acaso has experimentado ya algo de esto en tu vida de hermanita aliada fervorosa? ¿Es lo contrario tal vez? ¿No vas a Dios? ¿No le sientes en la oración, en la Comunión, en el Sagrario?... ¿te ves débil en la fe?

¿Has pensado en el por qué no ves, y por qué no sientes el secreto de Dios?... ¿cómo está tu corazón? ¿Cómo tu imaginación? ¿Cómo tus sentidos? ¿Cómo tus sentimientos y afectos?... ¿no notas alguna nubecilla en el cielo de tu alma?

De los mundanos toma el ejemplo. El mundo no ve a Dios, no le conoce, no le percibe, no le siente. Dios no existe para el mundo, ni le interesa; es que el mundo no está limpio; el mundo no es espiritual, es tierra, corrupción, carne, sensualidad.

Y la Alianza proclama espiritualidad, pureza, vida limpia y virginal... La aliada, fiel a su lema, verá a Dios, ya en el destierro, ya en la patria eterna... Vive el lema; el lema creará en ti un corazón puro... y ese corazón ¡verá a Dios!

=====

PUNTO III. Huye, pronto y lejos

Si has meditado bien, hermanita amada, los dos puntos precedentes, habrás sacado como legítima conclusión, la resolución de cultivar con todo entusiasmo, fervor y delicadeza la virtud excelsa de la pureza angélica; virtud tan señalada en sí, tan alabada y tan preferida por el divino Maestro y de frutos tan destacados, tan especiales y de tanta gloria para sus poseedores.

Pero advierte, hermanita... San Pedro, en su primera Epístola a los judíos convertidos de Asia, dice: «Sed sobrios y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo

anda girando como león rugiente alrededor de vosotros... Resistidle firmes en la fe. (V, 8 y 9)

La Alianza es un campo de batalla, donde el enemigo, ya abiertamente, ya por escaramuzas, tiende lazos a las almas que en ella viven.

¿Cómo defendernos de tantos asaltos?

a).- *Huyendo...* Nuestro valor, en materia de castidad, no está precisamente en acometer valerosamente, sino en huir como un cobarde. Es que no podemos fiarnos de nosotros mismos. No hay cosa tan interesada y tan nuestra como nuestro propio corazón; pues cabalmente es nuestro corazón el que la mayoría de las veces nos traiciona.

El peligro nos engaña, la ocasión nos ofusca; nos imaginamos fácil la victoria frente a un arrogante Goliat y de hecho un muñeco de cartón nos derriba. Por algo la Alianza manda (art. 17) huir del mundo y sus peligros.

b).- *Huye, pronto y aprisa*. No titubees, no vaciles, no deliberes, no ensayes, no pruebes...

Esto no es nada, dirá el enemigo... Esto es poco, seguirá diciendo, es leve, no tiene importancia...

¡Ay, hermanita!, si no huyes pronto, muy aprisa, donde no hay nada, pronto habrá algo; donde no hay algo, pronto hará mucho.

Los grandes incendios comenzaron por una chispa. Las grandes caídas tuvieron su principio en una ligera curiosidad. Una salida peligrosa ha causado una vuelta desastrosa. Muchas aliadas llegaron a abandonar la Alianza por una tonta exhibición.

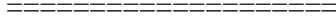
c).- *Huye, pronto, lejos*. Si a una vela apagada que aún humea, se acerca una cerilla, pronto se enciende. Esta es la disposición de nuestro pobre corazón.

Jesús, hablando de la ocasión, decía: «Arrójala lejos de ti»

¡Oh! Tal persona, tal amiga, tal lugar, tal cosa, tal libro... ¡los estimo tanto! ¡Me cuesta tanto separarme de ellos!

Hermanitas hay, que hoy están *lejos, muy lejos* de la Alianza, porque no quisieron ponerse *lejos* de las ocasiones.

Hermanita: tu visión divina por la pureza del corazón depende de la huida, pronto y lejos, de las ocasiones que el mundo te ofrece.



14.- PAZ EN LA TIERRA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios. (*Math. V, 9*).

Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. (*Luc. II, 14*).

Plugo al Padre poner en El la plenitud de todo ser... restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz. (*Colos. I, 20*).

La paz os dejo, la **paz** mía os doy; no os la doy, como la da el mundo. (*Joan. XIV, 27*).

AFECTOS Y SUPPLICAS... - *¡Oh, Señor! El mundo no tiene paz, ni parece que la quiere... El espíritu de discordia, de ambición, de egoísmo y de falta de amor y caridad lo ha envenenado todo... Cualquiera desconsideración provoca un duelo sangriento entre las naciones...*

¡Oh, Rey pacífico! Casi no sabemos lo que es disfrutar de la verdadera paz fundada en la caridad cristiana... Acabada la más sangrienta y espantosa guerra que recuerda la historia, ya estamos viendo en el horizonte relampaguear los chispazos de alguna otra mayor...

¡Señor! Esto me hace pensar y desear la paz de los bienaventurados en el cielo, donde todo es amor, felicidad y hartura de corazón...

¡Oh, Príncipe de la paz! Tú nos has traído la paz... Sin ti no hay paz en la tierra y en las conciencias... El impío, el pecador, el que huye de ti, no tiene paz...

¡Señor! Tráenos la paz... Da a mi alma tu paz en el amor y en la conciencia...

PUNTO I.- La paz

La paz es el descanso y quietud del alma en Dios. Esto supone, ante todo, una grande abnegación y generosidad en las luchas, para sujetar la carne al espíritu, las pasiones a la razón y el espíritu a Dios. Exige un perfecto equilibrio del alma, una santa indiferencia, según San Ignacio, una plena conformidad con la voluntad de Dios, una intensa entrega al querer divino.

Querer todo y sólo lo que Dios quiere, he ahí la fuente de la verdadera paz interior; esta es la tendencia reposada del alma hacia Dios, en donde halla el bien, porque, según San Agustín, somos criados para Dios y el corazón está inquieto sin paz hasta que no descansa en Dios.

Esta paz interior se manifiesta al exterior guardando una perfecta armonía con el prójimo. Ella perdona una ofensa, olvida una palabra hiriente, *deja pasar* lo que molesta, sacrifica en silencio las protestas de la ira, se hace dulce y mansa al choque de un corazón irritado y airado.

El verdadero pacífico no se detiene aquí, sino que busca con toda su influencia la concordia de unos con otros; el pacífico es pacificador al mismo tiempo, y en esto está cabalmente la perfección de esta virtud, a saber: en establecer la paz de los hombres entre sí y de estos con Dios.

Los santos han sido siempre los grandes pacificadores de la humanidad.

Hermanita: reine primero en tu criterio la verdadera paz, no «como» la da el mundo, sino como la trajo Dios. Si

acaso no la tienes, examina las causas. Sabe que la verdadera paz supone una guerra incesante con nuestras pasiones, con el mundo y con su rector el demonio.

¿Hasta dónde llega tu abnegación, tu entrega al querer divino, tu plena conformidad con la voluntad de Dios? ¿Eres fiel en las cosas pequeñas? ¿Falta quietud a tu conciencia?

Cristo vino a traer la paz al mundo, y, no obstante, nos dice que no vino a traerla, sino con la espada; vino a separar el hijo del padre, la hija de la madre, la hermana del hermano, etc. No hay paz sin guerra. La Alianza es un campo de batalla; por un lado está ella sola, contando con la ayuda de Dios; por el otro, el mundo con armamento moderno y poderoso. La hermanita vivirá en paz interior, siempre que llegue a dominar a su rival. Las almas que tratan de concertar una paz fingida y falsa con el mundo, admitiendo condiciones, haciendo concesiones, cediendo terreno, jamás gozarán de la verdadera paz del alma.

La Alianza es, a la vez, campo de paz, porque no admite alianzas con el enemigo. La Alianza es un acotado, donde el mundo no tiene entrada; las almas que dentro de su recinto han fijado su morada, gozarán de paz.

Hermanita, de ti depende; no hagas alianzas con nadie, sé generosa y radical, sigue el querer divino, descansa en El y tendrás paz.

=====

PUNTO II.- El ejemplo de Jesús

Jesús es el gran Pacificador: «Rey Pacífico» le llama la Escritura; viene a traernos la paz y fue este su primer mensaje desde el rincón de Belén. «Paz a los hombres de buena voluntad». Esta fue la fórmula de su saludo a sus

discípulos, y así les mandó lo hicieran: «La paz sea en esta casa».

Su vida sencilla y retirada fue de paz, pacífica fue su morada; buscó y prefirió siempre los lugares tranquilos y pacíficos: Belén, Nazaret, su taller, Betania, Getsemaní...

Pacífica su compañía: sus padres, sus discípulos, sus amigos. Pacífica su vida: silenciosa, de ocultamiento, retiro y humilde trabajo. Jamás ha visto el mundo, ni verá, vida más tranquila y pacífica que la que se vivió en la casita de Nazaret. Nunca ni por nada se turbó allí la verdadera paz del hogar. Cada uno en su deber y todos unidos en Dios, conformes siempre con la divina voluntad, aun en los momentos más angustiosos y amargos de la vida, que también los hubo allí.

Y esa fue más tarde su misión en el mundo: pacificar al hombre con Dios; y esa fue su doctrina, contra la de los fariseos: la doctrina del perdón, de la reconciliación, de la caridad y del amor hasta por los enemigos. Esa fue su última enseñanza en la Cruz...

Hermanita: para que seas pacífica como Jesús, es preciso que imites su conducta.

a) Su vida íntima. El secreto de su paz, aun en las más espantosas contradicciones y sufrimientos, fue su total y plena entrega a la voluntad de su Padre. En todo verá a su Padre, y su querer justo y santísimo le moverá siempre. Ver a Dios en todo, sea próspero o adverso, y unir nuestra voluntad con la suya, nuestro querer con el suyo; he ahí el secreto de la paz interior.

b) Sus virtudes. Jesús es manso, humilde, dulce, modesto, caritativo, abnegado, sufrido...; ahí se asienta la paz. En cambio, la soberbia, la impaciencia, la brusquedad, el orgullo, el egoísmo, la terquedad, el regalo, el amor propio son fuentes de inquietud y destruyen la paz.

c) Su conducta en la vida social y pública. Recuerda lo que arriba queda dicho. ¿Qué te dice Belén? ¡Buscando Dios un rincón de paz, huyendo del bullicio!

¿Qué ves en Nazaret, en su casita, en sus moradores?...

¿Qué te dice la Alianza, sus «retiros», sus hermanitas, su vida solitaria?

El bullicio mundano, las plazas concurridas, el espectáculo, la fiesta elegante, el vértigo... dan aturdimiento y roban la paz.

Hermanita, ¿quieres gozar del bien de la paz? Sigue a Jesús, mira en todo a Dios, sé humilde y sacrificada, huye del ruido, busca la pacífica Betania de la Alianza...

¡Oh, Rey pacífico! Pues tanto te costó ganarnos esta paz, no permitas que yo pierda su fruto.

=====

PUNTO III.- Enemigos de la paz

La paz tiene sus grandes enemigos y Satanás, que no puede tener paz, porque ni el impío ni el condenado tienen paz, pone en juego todos los resortes para turbar y quitar la paz a las almas.

a) Enemiga de la paz es la murmuración. Este pecado turba la paz de los hombres y siembra entre ellos la cizaña de la discordia; de un golpe causa tres heridas: una al que murmura, otra a aquel de quien se murmura y otra al que la escucha por complicidad. (*San Bernardo*).

El Espíritu Santo la compara con la mortificación de la serpiente, que apenas se nota y envenena.

b) Otro enemigo de la paz es la envidia. El envidioso, como el murmurador, no tiene paz en sí, ni se la deja tener al prójimo.

La envidia es propia de las almas ruines, viles y mal nacidas. Es un sentimiento, un dolor de la felicidad ajena, es trocar el bien en mal, es hacer veneno de la medicina, la dicha ajena le hace desgraciada, y así la misma envidia se trueca en pena y castigo del envidioso, porque el envidioso es verdugo de sí mismo. La envidia de los fariseos contra Jesucristo es el mejor ejemplo.

c) También es enemiga de la paz la mentira. Donde no hay verdad, no puede haber paz. La mentira destruye la comunicación confiada de los hombres entre sí, trastorna la sociedad y hace del mundo lugar de engaño y embustes, donde todo es recelos y sospechas. Para un hombre honrado no hay injuria mayor que llamarle mentiroso. Dios aborrece la mentira, porque es esencialmente la verdad.

Hermanita: En la Alianza son funestísimos estos tres pecados. La hermanita privada de la paz interior de su propia alma, ella sola es desgraciada; pero la hermanita que murmura y que, llevada de la envidia, siembra discordias, sospechas, desconfianzas, valiéndose de embustes, mentiras y hasta de calumnias, es la criatura más infeliz y desgraciada, que roba la paz de sus hermanitas, roba la felicidad y armonía a los Centros y convierte la Alianza entera en semillero de chismes, rencillas, discusiones y discordias, que, andando el tiempo, pueden llegar a esterilizar por completo la vida de la Obra.

Examínate, hermanita amada, y, si en esta materia hay algo que extirpar en tu vida de aliada, obra con energía y prontitud.

Comienza por la paz de tu propia alma y sacrificate y trabaja porque reine la paz entre tus hermanitas y en toda la Obra de la Alianza.

=====

15. ALEGRAOS Y REGOCIJAOS

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos. (*Math. V, 10, 12*).

Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda el los cielos (*Math. V. 10,12*)

Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mi... Como no sois del mundo, sino que os entesaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece (*Joan, XV, 18,19*)

En el mundo tendréis grandes tribulaciones pero tened confianza; yo he vencido al mundo.

(*Joan XVI, 32*)

AFECTOS Y SUPPLICAS... - *¡Oh, Señor! Abre mis oídos para que mi alma escuche y entienda estas tus palabras... Milicia, lucha y persecución es la vida del hombre sobre la tierra... Los que te siguen son enemigos del mundo y el mundo les persigue... No puedo servir a dos señores, no puedo estar bien con el mundo y contigo...*

¡Señor! La Alianza ha roto con el mundo y vive a sus espaldas, porque se ha consagrado totalmente a Ti y a tu amor... El mundo la persigue y ¡feliz persecución que la une a tu corazón!...

¡Señor! No queremos pactar con el mundo... Somos sus enemigos... El Evangelio es nuestro camino... En él vamos a Ti y a la gloria.

Danos, Señor, fortaleza de mártir, para sufrir la persecución hasta el Calvario... Sufrir hasta morir... y morir para vencer...

=====

PUNTO I.- La persecución

En las otras bienaventuranzas se enseña a obrar, a hacer; aquí, en cambio, *a padecer*, y esta es la suma de todas ellas. Más difícil es sufrir cosas duras, que hacer cosas arduas. «Ser fuerte en hacer es romano; ser fuerte en sufrir es cristiano» (dice el adagio). Y, según santo Tomás, mayor y más perfecto acto de fortaleza es *sufrir* cosas fuertes, que *hacerlas*.

Por eso, el Cristianismo concede el título de héroes a los que han padecido mucho. Y, en frase de San Ambrosio, la más gloriosa palma de la bienaventuranza, es cuando se avanza hasta el martirio.

La más sublime gloria de la Iglesia está en el triunfo de sus millones de mártires.

Ya los veía el Señor, cuando pronunciaba estas palabras: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.» El padeció persecución desde la cuna de Belén, y ahora sufría de los fariseos; luego la habían de padecer sus discípulos y los primeros cristianos..., y posteriormente todos

«los que santamente quieren vivir en Cristo, padecerán persecución.»

Estas son las joyas de nuestra corona inmortal.

Hermanita; el sello de la persecución es la auténtica de la Alianza. Sobre la persecución se colocó su primera piedra y, en el curso de sus veinte años, en la persecución se han consolidado y asentado los demás.

La Obra sufrirá persecución, porque el mundo que le rodea es su rival implacable. No caben convivencias, ni inteligencias de término medios entre la Alianza y el mundo. La Alianza es obra radicalmente enemiga del mundo, y el mundo seguirá siempre persiguiendo a la Alianza.

Pero, hermanita amada, la Alianza no es algo independiente de ti; tú eres la Alianza, tú unida a todas las demás hermanitas. El mundo y el demonio no darán golpes en el aire, ni tampoco irán siempre a las cabezas de la Obra; también tú serás objeto de la persecución.

Sentirás, ante todo, el látigo de las pasiones, que con su aguijón te punzarán día y noche. Sentirás bramar, como león en la selva, o ladrar como molesto perrillo junto a la puerta, al demonio tu enemigo. Sentirás la influencia de un mundo corrompido, que con sus embustes, disfraces y falsos bienes te quiere arrastrar al mal.

Persecución es y será tu vida; persecución, porque eres hermanita, porque eres virgen consagrada; persecución, porque no aceptas sus caminos, sus máximas, sus costumbres; persecución, porque, en suma, amas a Dios y aborreces al mundo.

PUNTO II.- El ejemplo de Jesús

Jesús vino al mundo para ser perseguido antes de nacer, sufrió la persecución del desprecio, sobre las pajas del pesebre se atentó contra su vida; la persecución le desterró a Egipto.

Para huir de la persecución tuvo que refugiarse en Nazaret y, ocultando su vida y su condición, disimulando y encubriendo los resplandores de su divinidad, hubo de dedicarse al modesto oficio de carpintero.

Apenas comienza a dar señales de su misión mesiánica, cuando el infierno y el mundo desataron la más cruel persecución contra El.

En sus tres años de vida pública no tuvo un día de paz; de Galilea a Judea y viceversa, en Cafarnaún y Jerusalén, en la ciudad y en el campo, en público y en privado, en todas partes le rodea el hombre enemigo.

Y la última vez fue la más dura y cruel de todas. Desde Getsemaní hasta el Gólgota la persecución se convirtió en una tempestad huracanada, que le anegó y le sepultó en el abismo más espantoso de crueldades, humillaciones, penas y dolores.

Aun muerto y puesto en el sepulcro, siguió sufriendo la tempestad de la persecución, y de persecución ininterrumpida son los siglos que Jesús lleva viviendo entre nosotros en la Iglesia y en el Sagrario.

Hermanita: A la vista de ese cuadro ¿qué esperas tú en este mundo? ¿Por qué se le persiguió a Jesucristo, sino porque venía a predicar una ley opuesta a la ley de la carne y de los sentidos, un camino contrario al que señala para sus

seguidores el mundo; porque venía a condenar el vicio y a enseñar la virtud, a cerrar el infierno y a abrir el paraíso celestial?

¿Qué esperas tú del mundo, si al padre de familia le llamaron Belcebú?

Persuádete, hermanita, de que, si tú quieres ser hermanita de verdad, perfecta y santa, el mundo desencadenará persecución contra ti y no habrá dicerio, ni apodo, ni calumnia que no te aplique.

También tú, como otro Mesías, predicas y vives una ley evangélica contraria a la ley de la libertad que pregona el mundo; tú llevas un camino opuesto a aquel por el que corren los mundanos; tú enseñas la modestia, el retiro, la sencillez, un trilema opuesto al de las tres concupiscencias descritas por San Juan. Por eso, cabalmente, serás perseguida. Pero, alégrate; Cristo, perseguido y derrotado, venció al mundo.

Bienaventurados los perseguidos; bienaventurados los calumniados, los despreciados, los humillados, los derrotados a la vista del mundo...



PUNTO III.- El premio de la persecución

La vida presente, rodeada de males y de persecuciones, es triste y angustiada. El ánimo más esforzado llega a sentir flaquezas y desalientos ante la lucha y oposición en que necesariamente tiene que vivir, si ha de ser fiel a su vocación.

Si el hombre no ve en perspectiva, con cierta probabilidad, el fruto de sus luchas y trabajos, pronto da lugar al desaliento y vuelve hacia atrás sus pasos.

El futuro reino mesiánico de Cristo hizo andar valientemente tras sus pisadas, trabajosos y humillante, a los nobles discípulos de su colegio. Más, cuando el Viernes Santo su maestro sucumbió en la persecución, la desbandada de aquellos hombres fue fulminante y general. No bastó la transfiguración del Tabor, sino que Jesús hubo de probar bien a los suyos su gloria y su triunfo, que siguieron a su derrota del Calvario; y, como nota final, debió dejar grabada en sus corazones y en sus ojos la exaltación a su reino eterno en el día de la Ascensión.

Por eso, al hablar aquí de las persecuciones, padecimientos y derrotas en este mundo, quiso inmediatamente añadir la seguridad de la gloria y del triunfo en el reino de los cielos.

Hermanita. Oye lo que dice San Pablo en la segunda Carta a los de Corinto (IV, 17): No os desaniméis en medio de vuestras tribulaciones. «Nuestra momentánea y ligera aflicción produce en nosotros un peso eterno de gloria que no podemos figurarnos». «Siempre que padezcamos con El, dice en otro lugar, seremos glorificados con El» y añade: «Pues estimo que los padecimientos de este tiempo presente no tienen proporción con la gloria futura que ha de manifestarse en nosotros». Que es lo que un día decía Jesús a sus discípulos: «Vosotros lloraréis y gemiréis, y el mundo gozará; vosotros sentiréis aflicción y tristeza, pero esa tristeza se convertirá en gozo...; gozará vuestro corazón y ese gozo nadie os lo arrebatará». (*Joan. XVI,20*).

La Alianza dicen que obliga a una vida triste y violenta. Los que la miran fuera, acaso se la figuran como cosa triste; no lo es para los que en ella viven. La Alianza tiene muchas alegrías que el mundo no entiende.

¿Vida violenta? Sí; violencia exige la vida de una perfecta aliada. Al que venciere, promete al Señor un nombre nuevo en su reino. La Alianza ha roto con el mundo y contra él van sus más encarnizados combates; luchará hasta vencerle, y la victoria no ha de ser a medias, por una paz vergonzosa, con condescendencias y concesiones; la victoria contra el mundo será absoluta, total, sin condiciones ni concesiones.

¿Qué esto es duro, hermanita? Sí, es duro; pero no es imposible, ni siquiera tan difícil como a simple vista parece. El cielo entero está interesado; los santos nos miran y nos alientan, mostrándonos sus trofeos y sus glorias; la Virgen, nuestra reina, nos protege y Jesús, con la corona en la mano, nos dice: «Confíad; Yo, vuestro Rey y Capitán, he vencido al mundo, siguiéndome venceréis». «Y yo dispongo de un reino para vosotras», «para que gocéis con mi Padre».

Bienaventurados los que ahora padecen persecución, los que son afligidos y humillados, los que luchan y combaten con los enemigos del reino de Dios, los que desprecian los intereses y glorias vanas de la vida presente...«porque de ellos es el reino de los cielos».

Hermanita, piensa en tu victoria, en tu gloria, en tu felicidad, en tu Cielo. Breve y caduco es lo de acá; eterno y sin fin es *tu reino*.

16. SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida.... para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte. Ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero... Brille así vuestra luz sobre los hombres... (*Math. V, 13-15*).

AFECTOS Y SÚPLICAS...- *¡Oh, Señor! Es escándalo reina hoy en todas las esferas de la vida... El escándalo ha envenenado y corrompido las conciencias, comenzando desde los tiernos capullos de la niñez... ¡Qué dolorosa debe ser para Vos la perversión de la inocencia! ¡flores ya marchitas, antes de abrirse al sol de la primavera!...*

¡Qué bello oficio el de la sal! Condimentar y dar sabor agradable a la virtud, a las buenas obras, al servicio de Dios, hacer sabroso hasta el sacrificio... Y preservarlos del contagio y corrupción del mundo perverso y envenenado...

¡Oh, Señor! Y este oficio tengo en la Alianza; soy sal, mi misión es condimentar la virtud, y preservar con mi ejemplo la inocencia y la pureza de las almas de la corrupción del mundo...

Y soy luz, que marca el camino de la verdad, de la virtud, de la santidad; luz puesta, no en el claustro, sino en medio de la calle...

Haced, Señor, que no se corrompa esta sal y que no se apague esta luz; que yo sea siempre hermanita....; que sea

siempre sal y luz, viviendo intensamente mi vida de aliada fervorosa.

=====

PUNTO I.- Sal de la tierra

Prosigue interesantísimo el sermón de la Montaña. Jesús acaba de proclamar su programa máximo de perfección cristiana para todo el mundo. Vuelve ahora su mirada y su atención sobre los apóstoles, que en primera línea le escuchan entusiasmados. Para ellos principalmente son estos magníficos documentos.

«Vosotros, sois, les dice, la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insulsa ¿con qué será salada? Para nada sirve, sino para ser arrojada fuera y ser pisada por los hombres.»

La sal simboliza muchas cosas: es un excelente antiséptico, conserva los alimentos y los sazona y condimenta; es medicamento cáustico; tiene significación religiosa, consagra la víctima del Sacrificio y en el Antiguo Testamento se usaba en los sacrificios, y se llamaba «sal de la alianza». También su significado en el Nuevo es símbolo de inocencia y de pureza, y en este sentido se usaba en la ceremonia del bautismo.

Acababa Jesús de elegir doce hombres para una misión alta y delicada, los cuales en nada se parecía a los que hasta entonces habían sido los Maestros religiosos de su pueblo. Por medio de este símbolo gráficamente pone de relieve la misión que se les iba a confiar y las cualidades que habían de poseer, para cumplir bien.

Hermanita: También tú tienes en el mundo una gran misión que cumplir; elegida entre mil y mil por Cristo Jesús, de sus labios oirás estas palabras: «Vosotras sois la sal de la tierra». En virtud de esta sal, como eficaz antiséptico, deberás tú conservar y preservar de la corrupción a las almas tiernas e inocentes; deberás servir de condimento y sazón para que ellas gusten de los alimentos, vida y perfección espirituales; y, a la vez, servirás de medicamento cáustico para impedir toda corrupción y curar de ella a las almas, ya enfermas, ya tocadas o heridas de la corrupción del mundo; siendo tu sal limpia, pura e incorrupta y con la máxima potencia estimulante, sal consagrada, sal de la Alianza, para todos los efectos espirituales que en la Obra deben producirse.

Cabalmente las almas, hoy más que nunca, se corrompen en las dulzuras y placeres de la vida y necesitan el picante y amargo de la sal, para librarse de aquellos y mantenerse en su madurez e incorrupción.

Pero si tú, hermanita amada, siendo la sal providencial, te vuelves insípida e insulsa, ¿quién te volverá salada? Una hermanita que no sea sal pura y poderosa, «para nada sirve mas que para echarla fuera, y que sea pisoteada por los transeúntes.» ¿Qué te dice tu vida? Examínate y resuelve.

PUNTO II.- Luz del mundo

El gran Zacarías profetizaba en su sublime cántico del «Benedictus» que su recién nacido hijo, Juan Bautista, venía al mundo «a iluminar a los que yacían en las tinieblas y sombras de muerte y a dirigir nuestros pasos por los caminos de la paz». Esta misma, con más propiedad, iba a ser la misión de sus apóstoles.

Mas, así como Jesús y su vida son luz del mundo (Joan. I, 4), así también los apóstoles, no sólo habían de ser

portadores de la luz, sino también ellos mismos y su vida tenían que ser luz, antorcha luminaria, por su doctrina y por su ejemplo. Luz, no escondida bajo el celemín, sino como ciudad situada sobre el monte, o como vela colocada sobre el candelero. Jesús y su vida pronto se ocultarían, y a los apóstoles estaba reservada la iluminación del mundo.

¡Oh! y ¡cómo estaba el mundo! Exceptuada la región de Palestina, ¡el pueblo de Dios!, el resto del mundo yacía en la más grosera gentilidad, y aun este pueblo de Dios, debido a la incuria y abandono de sus pastores, había llegado a contagiarse de los errores de la gentilidad, perdiendo la verdadera noción de su Dios, de su doctrina y de su ley.

Luz del mundo, no sólo de los judíos; luz del mundo entero serían los apóstoles, cuando con lenguas de fuego fuesen iluminados en aquel prodigioso Pentecostés de amor y de luz. Y, a la verdad, sus resplandores evangélicos llegaron pronto a todos los confines del mundo; llegaron a nosotros, que en medio de ellos hemos tenido la suerte de nacer.

Hermanita: luz de Jesús y de sus apóstoles ha llegado hasta ti. Cuando tú abriste los ojos a la luz natural del sol, brilló también en tu alma la claridad de la luz evangélica, y, llegada al uso de razón, te sorprendió esta luz. Por eso, tú no sabes lo que es nacer y vivir fuera de esta luz.

El niño ha heredado de sus padres una fortuna y la disfruta desde su cuna, no sabe lo que es vivir en la pobreza e indigencia. De igual modo nosotros que hemos heredado de nuestros padres cristianos la luz de la fe y la hemos vivido desde que supimos conocer la verdad, no sabemos lo que es la noche de la gentilidad.

Y ¡qué poco apreciamos este inmenso beneficio de Dios! Si hasta los veinte años hubiéramos sido paganos, y de súbito nos hubiera iluminado la luz divina, como sucedió a Saulo, ¡qué distintos fueran entonces la idea y el recuerdo

que tendríamos de esta gracia! ¡Desdichada la condición de aquellos que viven en el reducido círculo de la vida presente sin los horizontes del más allá!

Toma, hermanita, estas dos resoluciones: a) gratitud manifestada con incesantes acciones de gracias a Dios; b) gran celo e interés por las almas que yacen en la gentilidad. Vive espíritu misionero con oración, sacrificio y obras.

=====

PUNTO III.- La Alianza es luz

«Yo soy la luz del mundo», dijo un día Jesús; «el que me sigue no caminará a oscuras». (*Joan. VIII, 12*).

El foco eterno de luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo, es Jesús.

Desde el pesebre de Belén, desde los brazos de su Madre, desde el taller de Nazaret, desde la barquilla de Pedro, desde las montañas y sinagogas, desde Getsemaní y el Calvario, desde el templo y el Pretorio, extendió a todo el mundo sus rayos luminosos este divino Sol.

Y hoy, aunque oculto este Sol a las miradas del hombre, no se ha eclipsado jamás, sino que sigue iluminando al mundo espiritual con nuevos resplandores por medio de la Iglesia. Pedro y sus discípulos y el Pontificado desde la Cátedra de Roma siguen alumbrando y guiando a la humanidad al cielo con sus divinos fulgores.

Y de este potente foco de luz divina participan en la Iglesia de Dios muchas almas escogidas, que son iluminadas en recogidos cenáculos, por continuas efusiones del Santo Espíritu.

Esta luz que pasa diluida y suavizada a través de un alma, tiene la ventaja de que no ofusca ni estorba la mirada de nuestros ojos, para ver tranquilamente las cosas de *Dios*.

He aquí la misión y el papel de la Alianza en medio del mundo.

La Alianza debe ser luz, y luz suavizada a través de almas iluminadas con luz *divina*, no con luz de *tocador*...

La Alianza *luz*, no por sí misma y por su naturaleza, sino por participación; a este fin, es necesario que pase por un Pentecostés poderoso, en el que cada hermanita reciba la propia plenitud del *Don* sacratísimo de Dios.

La oración, el Sagrario, la vida interior, el recogimiento son indispensables para estas operaciones del Santo Espíritu, por medio del cual ilumina Dios a las almas.

La Alianza, *luz* por su doctrina, sus enseñanzas, su Evangelio, su catecismo, su formación cristiana.

La Alianza, *luz* por su vida, por sus virtudes, por sus ejemplos, por sus *cuadros vivos*, cuyos fulgores se extienden y llegan a todos los lugares donde vive y donde ejerce sus actividades y oficios en el mundo.

Luz en el hogar para los suyos, que tal vez viven en tinieblas; luz en los palacios más artísticamente iluminados, donde los señores entre tanto resplandor no ven a su Dios, a su Salvador; luz en los talleres, para iluminar a sus compañeras de trabajo; luz en el templo y en la calle, para edificación de las gentes; luz, luz porque lleva a su Dios dentro y lo manifiesta por su vida.

Hermanita: ¿eres luz o eres tinieblas?

=====

17. PERFECCIÓN Y CUMPLIMIENTO DE LA LEY

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- No penséis que yo he venido a destruir la doctrina de la Ley, ni la de los profetas: no he venido a destruirla, sino a darle cumplimiento... Antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la Ley, hasta una sola jota o ápice de ella. Y así, el que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño, en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare a guardarlos, ese será tenido por grande en el reino de los cielos. Porque yo os digo, que si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (Math. V, 17-20)

AFECTOS Y SÚPLICAS...- ¡Señor!! ¡Qué equivocados andamos!... La perfección de la Ley sólo la aplicamos a los que aspiran a la perfección evangélica... Y Vos decís que la Ley se tiene que cumplir por todos hasta su último ápice...

¡Pobre condición humana!... que siempre busca dispensas, interpretaciones benignas y suavidades en el deber... Aborrecemos la conducta de los fariseos... y, con todo vamos de la mano con ellos en el cumplimiento de vuestra Ley... La totalidad de la Ley, en la práctica, ¡cuántos vencimientos exige!...

¡Oh, Señor! Que la ilusión no me engañe... Que el espíritu mundano no se infiltre en mis apreciaciones, presentándome la Ley truncada, mutilada y mezclada de condescendencias...

Haced, Señor, que yo busque toda perfección en la Ley y en los consejos... Ayudadme a cumplirlos con amor hasta la última tilde...

=====

PUNTO I.- Las dos Leyes

Con el Sermón de la Montaña Cristo establecía en la tierra una nueva ciudad de Dios. Sin embargo, no todo iba a ser nuevo en esta ciudad. Era nueva; pero son antiguos sus fundamentos, que consisten en la misma ley mosaica desarrollada y perfeccionada. Por eso, dirá que no viene a derogar la Ley, sino a cumplirla, a perfeccionarla, a elevarla al grado que quiere Dios.

Siendo la ley de Moisés la expresión, aunque incompleta, de la voluntad de Dios, fácil es comprender que Jesús no podía destruirla, sino completarla, hermosearla, perfeccionarla.

Procedió Jesús respecto a la ley de Moisés como el pintor que hace un croquis de carbón, y sobre él extiende los colores, lo completa, embellece y da su verdadero aspecto. En sus manos la legislación mosaica, sin destruirse, se transformó en las modificaciones que requería el espíritu cristiano, evangélico. Desaparecieron las sombras para dar lugar a la realidad; a lo que era figura, debía sustituir El mismo con su doctrina y sus sacramentos; lo que hasta ahora era semilla, trocábase en planta; la flor en fruto; los moldes viejos que no servían para el nuevo sacrificio del Evangelio; un nuevo espíritu reclama nuevas formas; el nuevo vino evangélico exige odres nuevos, según expresión del divino Maestro.

Hermanita: Jesús es el gran legislador; nadie como Él puede manifestar al mundo la voluntad divina; y, al fundar la Santa Iglesia, sabe sobre qué fundamentos y leyes ha de consolidarse y regirse. Tomó la ley de Moisés y la transformó, suprimiendo lo que era figurativo y temporal y dando firmeza y garantía a lo que era eterno.

He aquí, hermanita amada, la primera base de la Alianza. La Alianza no puede tener fundamentos distintos que la Iglesia; luego también es ese el primer fundamento y piedra angular de tu vida cristiana-aliada.

Tu primer deber es la ley de Dios; la guarda de los mandamientos es el primer paso de toda hermanita. Imposible será guardar y cumplir el Reglamento de la Obra, sin cumplir y guardar a la vez toda la ley de Dios.

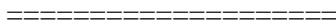
Esa ley que salió del corazón de Cristo, como salió la misma Iglesia, debemos llevarla en el nuestro, amándola como amamos a la Iglesia, como amamos a Cristo.

Si el real Profeta, refiriéndose a la ley antigua, dijo: «Amé tus preceptos», «amé tu ley» (*Salmo 118*), nosotros, que hemos nacido en la nueva ley evangélica, ¿cómo no vamos a amarla y guardarla en el corazón?

Sí, porque eres hermanita y vas más arriba, te crees dispensada de esta divina ley, te equivocas. No hay Reglamento, ni Constitución, ni Regla de la Iglesia de Cristo que no tenga su fundamento en la ley santa de Dios.

«Guarda los Mandamientos», fue la primera intimación que el ministro de Dios te dirigió en la puerta de la Iglesia, al pedir tú la fe por el bautismo. La Alianza no ha derogado la ley, sino que trata de cumplirla con más perfección, con más detalle, más fina y delicadamente.

No olvides los Mandamientos; te obligan más por ser hermanita de la Alianza...



PUNTO II.- Toda la Ley. Todo el Evangelio

Terminantes son las palabras del divino Maestro: «Antes pasarán el cielo y la tierra; no pasará ni una jota, ni una tilde de la Ley; sin que todo se cumpla».

Dios es la verdad, y, por eso, exactísimo en su doctrina y, en su ley; ni exagera por exceso, ni escasea por defecto. El Espíritu Santo es parco, pero es completo y perfecto en sus manifestaciones. No hay legislador que marque con tanta exactitud y perfección sus leyes y sus mandatos, como Cristo Jesús. Para el hombre caído y redimido, si ha de ser feliz en este mundo y en el otro, nada sobra ni falta de esta doctrina evangélica. Los estadistas sabios del mundo tratan de enmendar el código de Cristo, substituyéndole con novedades que complican, confunden y hacen imposible y desgraciada la vida humana...

Los cristianos a medias no creen posible el cumplimiento exacto y total de la doctrina evangélica; toman de la ley lo que les place, lo que creen indispensable, y reputan lo demás como una exageración. No admiten la interpretación que de ella da la única Maestra, intérprete auténtica que la puede dar, la Iglesia; no creen al Papa, ni a su Obispo, ni a su confesor; creen suficiente su propio criterio de la carne.

Contra ellos están las palabras del Maestro: «El que quebrantare uno de estos Mandamientos, aun los más mínimos, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo; por pequeño será tenido en el reino de los Cielos».

No puede compaginarse con esta sentencia divina la conducta del mundo laxo, de un alma floja y carnal.

Hermanita: Para ti la ley y la doctrina del Evangelio es rigurosamente como suena, íntegra, total, lo grave y lo leve, lo pequeño y lo grande, en globo y en detalle.

No valen aquí interpretaciones benignas de amigos o de otras personas, que consideran una exageración orgullosa, todo lo que no pasa por el ancho criterio de su relajada conciencia.

Nada valen en la Alianza las exigencias y los compromisos y las corrientes y las tolerancias y los modos comprensivos de la vida moderna.

Jesús dictó su ley y su Evangelio, abarcando con su mirada divina todos los tiempos y todas las situaciones.

Hermanita: Jesús promulgó esa Ley y ese Evangelio para ti, cabalmente para ti, pensando en ti, lo mismo que en Pedro, Santiago y Juan, y para ti no existen dispensas y excepciones; todo te toca, todo te alcanza, todo te obliga.

¿Es así como lo tomas, como te lo aplicas, como lo cumples?

=====

PUNTO III.- Perfección de la Ley

Jesús saca a escena a los fariseos que interpretaban arbitrariamente y a su antojo la ley de Moisés, estrechando exageradamente ciertos puntos, aflojando otros, según convenía a sus intereses y a su ambición. Y a sus oídos dice Jesús esta severísima sentencia: «Si vuestra justicia (perfección) no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los Cielos».

Con lo cual da a entender que no era suficiente la santidad de los escribas y de los fariseos, ni aun mirada a la luz del Antiguo Testamento. De modo que la nueva Alianza que Jesús establecía en el Santo Monte, no podía acomodarse a aquella.

Los escribas y los fariseos ponían toda su santidad en actos externos, en simples ceremonias, en prolongadas abluciones y purificaciones, por lo cual merecieron del divino Maestro el duro calificativo de hipócritas y sepulcros blanqueados.

Por eso, Jesús, al reformar la ley antigua, habla expresamente de los actos *interiores*: los pensamientos de odio, deseos impuros, rencores del corazón, etc. La perfección de la ley, y, por lo tanto, la justicia y santidad del hombre, está en el interior...

Hermanita: también ahora el mundo falsamente cristiano, el mundo hipócrita, mira mucho y se paga de actos externos. Exacta y enteramente de escribas y fariseos es la justicia y santidad de muchísimos de nuestros cristianos, que cumplen exteriormente con algunos actos religiosos, y su corazón vive anegado en depravadas costumbres.

Farisaica es (aunque se molesten de oírlo) la santidad de esas almas que por la mañana ocupan un reclinatorio en el templo y por la tarde un palco en el espectáculo; de esas que con el misal y el novenario juntan la novela y la revista pornográfica; que rezan, comulgan y meditan y aun hacen día de retiro, y en su corazón admiten juicios temerarios, rencillas, enemistades, rebeldías y desobediencias a la voz de Dios y de la Iglesia.

¡Oh, hermanita! Si tu justicia, tu santidad no arraiga más...; si te contentas con los actos exteriores del Reglamento: asistir al retiro, llenar el boletín de actos, andar con regular modestia por las calles, etc., y no tratas de reformarte en tu interior, de fomentar la vida interior, vida de oración, de intimidad con tu Dios, de pureza exterior e *interior*, de amor y, a la vez, de *caridad*, de sacrificio, de abnegación y vencimiento, de silencio interior, de fe viva, de

presencia amorosa de tu Dios en medio de este mundo paganizado..., si no eres hermanita dentro y fuera, no has llegado todavía a ser hermanita de verdad en la Alianza.

La perfección de tu ley no está en los labios, ni en las manos...; está en el *corazón*. Ahí te espera Jesús. ¿Has llegado hasta ahí? ¿O también tú andas sólo por fuera? ¿Te fijas más en los actos externos que manda la Alianza que en los *interiores*? ¿Qué cosas son las que más consultas y más te preocupan? ¿Faldas, zapatos, medias, peinados, colores, etc.? ¿Y en el interior, la voluntad, conciencia y el corazón?

Toma y vive todo lo que contiene y abarca el Evangelio.

=====

18. LA CARIDAD FRATERNA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás... Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare **raca**, merecerá que le condene el concilio. Mas quien le llamare **fatuo**, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda... (Math. V, 21-24).

Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os aborrecen. (*Ibid.44*).

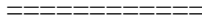
AFECTOS Y SÚPLICAS...- ¡Oh, Señor! ¡Qué ruín y mezquino es mi pobre corazón!... El amor a las criaturas lo trae intoxicado, habiendo sido criado para amaros a Vos y a las almas por Vos...

Reconociéndome tan necesitado de vuestra misericordia y de vuestro perdón, que me otorgáis a cada instante, no soy capaz de olvidar la más insignificante ofensa de mi prójimo... ¡Así soy de ruín y de pequeño...!

*¡Oh, vergüenza!... ¡Cómo llegaré a querer al enemigo con nobleza, Señor, si al amigo apenas me abajo a perdonar un mal gesto?... Y me lo **mandáis**, después de habérmelo probado mil veces, perdonándome y amándome hasta las locuras de la cruz...*

¡Señor! Si en vuestra Alianza, cuyo lema supremo es el amor, no se practica de modo eminente el precepto de la caridad, ¿dónde se guardará?..

¡Oh, Dios Amor! Que en la Obra este lema no sea un nombre vacío... que en la Alianza la caridad fraterna reine sin nubes ni sombras...



PUNTO I.- Pecados contra el prójimo

La Ley antigua, al menos entendida literalmente, sólo prohibía el homicidio.

El Salvador nos enseña, que, además del homicidio y los malos tratos causados al prójimo, hay otras maneras de pecar gravemente contra el quinto mandamiento.

Pecados internos unos, como la ira, la cólera, los deseos de venganza, la mala voluntad de perjudicar al prójimo... Pecados externos otros, como la injuria, la calumnia, el desprecio, el insulto..., en diversos grados de gravedad, conforme a la gravedad del mal que infiere o desea a su prójimo.

Pecado es tener ojeriza al hermano, y merece ser llevado al juicio... Pecado es decir palabras injuriosas: *raca*, vacío, inepto...; lo es también decir: fatuo, necio. Estas y otras expresiones, por medio de las cuales se lastima el honor y la fama del prójimo, son en su grado y gravedad pecados contra el prójimo.

La ley mira y abarca al hombre entero, interior y exteriormente, en sus actos externos y en el fondo del corazón.

Y aún importan más los actos interiores (exceptuados los que, consumados exteriormente, reciben

otra circunstancia y malicia y sanción), puesto que del interior procede la malicia de los actos.

Hermanita: Buena falta hace en nuestros días recordar esta doctrina a los cristianos. «El quinto no matar», se dice, y se contesta: «Yo no he matado a nadie»; y, con esto, ya no hay más materia de acusación en este mandamiento... ¡Y esas personas se quedan tan tranquilas! Y tú, hermanita, ¿también quedas tranquila? Como no matas, ni hieres o golpeas a nadie, no reza contigo ese mandamiento... ¿Es verdad?

¿Sabes que ser *hermanita* de otra hermanita supone bastante más? ¿Cómo sientes y hablas de ella? ¿Tienes mal *genio*, y permites y consientes que en tu interior se levanten tempestades de ira, cólera, venganza contra hermanitas o no hermanitas, contra amigas o enemigas, y no pones diligencia alguna por reprimirlas y calmarlas? ¿Cómo justificas esas antipatías, frialdades y rencillas que vas fomentando voluntariamente en tu corazón?

¡Qué lejos está de ser verdadera hermanita! ¿Vives tranquila, guardando en tu corazón sentimientos tan ruines y tan mezquinos? ¿No es a ti, a quien el Señor se dirige con estas significativas palabras que debes meditar seriamente: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda»?

¿Para quién son esas palabras, sino para una hermanita de la Alianza, que todos los días ofrece su hostia en el altar, guardando en su memoria y en su corazón esa venenosa protesta contra su hermanita?

¿Habrá puesto el Señor en su ley una cosa imposible de cumplir? Y, lo que es deber de todo cristiano, ¿no será tu deber?

=====

PUNTO II.- Amor al prójimo

No basta en la Ley evangélica la prohibición del odio y de la venganza, el desprecio, el insulto y el mote... Al precepto negativo, para su perfección, debe seguir el positivo del amor, del verdadero amor con que debemos procurar el bien del prójimo, sea amigo o enemigo.

En la Ley antigua se consideraba como mandato el odio al enemigo; y a esto dice el Señor: «Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; y orad por los que os persiguen y calumnian...»

No es difícil amar a los que nos aman. Hasta los irracionales muestran especial afecto o amor hacia las personas que les alargan un buen bocado. No puede el hombre, y menos el cristiano, compararse con un bruto animal.

El Señor pone el ejemplo de su Padre eterno, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y pecadores. Y para ser hijos de tan buen Padre, debemos también mostrar nuestro amor a los amigos y a los enemigos.

Y que ese amor no sea de puras palabras o de estériles sentimientos, sino bien probado con obras; por eso añade: «...No hagáis resistencia al agravio: antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiere quitarte la túnica, dale también la mano. Da al que te pide..., y al que te quita lo tuyo, no se lo reclames.»

Desde luego, el salvador no prohíbe la acción defensiva y justa, siempre que se haga con medios legales y sin mala intención...

Pero, al mismo tiempo, expone el ideal de la paciencia cristiana y de una caridad magnánima que al mal responda redoblando el bien por amor.

Hermanita: ¡Qué lejos andamos de estas sublimidades de la verdadera caridad! Cuando se leen estas páginas en el Evangelio, siempre nos parecen escritas para almas de temple extraordinario o prevenido con gracias especiales o de vocación a un estado de gran perfección.

Harto cuesta conseguir de muchos cristianos el tengan la suficiente magnanimidad para *perdonar* las ofensas; aún cuesta más el que las *olviden*. Pero llegar al *amor*, amar a quien tanto cuesta perdonar, y amar probando el amor con obras de generosidad, eso para muchísimos cristianos supera a todo esfuerzo humano, es un acto heroico en grado casi irrealizable.

¡Oh, hermanita! También tú tendrás enemigos de la Alianza, que son muchos, son también tus enemigos; tendrás enemigos en tu oficio, en tu carrera, en tu destino, y quizás no te faltarán enemigos que lo son de tu familia, de tus padres o hermanos...

¿Cómo sientes hacia ellos? ¿Los recuerdas demasiado y con frialdad? ¿Te cuesta perdonar sus agravios? ¿No los puedes olvidar? ¿Los recuerdas para *amarlos*? ¡Amarlos!

Es tu deber evangélico y cristiano. Te lo pide Jesús. ¡Tienes que amarlos! ¿Qué no *sientes* afecto? No importa; el sentir no está en tu mano, ni es necesario. El amor está en la voluntad; ámales, queriéndoles el bien, probándoselo con obras de caridad cristiana...

PUNTO III.- El amor en la Alianza

Donde el lema supremo de la vida de toda hermanita es el «triumfo del amor», el precepto del amor deberá ser el compendio de toda su vida.

El precepto del amor, reformado en el Sermón de la Montaña, recibió su sello y perfección final en la noche del Jueves Santo. Allí el Maestro divino, mostrando infinito amor, entre las cláusulas de su sublime testamento dejó, más que escrito, grabado en los corazones de sus discípulos, el precepto del amor. «Un precepto nuevo os dejo: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado».

El modelo del amor de una hermanita debe ser el amor con que Jesús nos amó a nosotros. Con el amor con que nosotros amamos al Padre y a Él, debemos amarnos unos a otros. Nuestro amor a Dios no será perfecto y completo, si a la vez no amamos al prójimo.

El triunfo del amor debe ser de un amor universal, que abarca todo lo que hay que amar, a Dios en sí y a Dios en las criaturas, o sea, a Dios y a las criaturas por Dios y en Dios.

Ver a Jesús colgado de la cruz o metido en el Sagrario, amando a todo el mundo es el verdadero *cuadro vivo* del amor que nosotros tenemos que estudiar e imitar; este amor es nuestro distintivo; «por aquí conocerán todos que sois mis discípulos si os tenéis tal amor unos a otros.» (*Joan. XII, 35.*)

Ahí se ve la extensión que tiene este amor: que debemos amar a todos nuestros prójimos, buenos o díscolos, con aquel amor con que nos ha amado Jesucristo. ¡Oh, cuán admirable caridad reinará entre los cristianos, si llegara a esta perfección el precepto de la caridad!

Hermanita: Lamentamos, y con razón, la falta de verdadero amor entre los cristianos; y la Alianza, llamada por Dios especialmente a la práctica de esta sublime virtud, ¿no tendrá, tal vez, que lamentar también tristes lunares entre sus asociadas?

El amor propio es el más activo corrosivo para desvirtuar y consumir todo brote del verdadero amor a nuestros hermanos. El amor propio nos vuelve egoístas y nos hace mirar al prójimo como a un extraño.

Si no andamos con cuidado en reprimirlo, pronto en nuestro corazón entrarán los celos, la envidia, el espíritu exclusivista, las rencillas y mil otros afectos desordenados...

El amor propio nos hace melindrosos, recelosos, suspicaces, rígidos y exagerados... El amor propio engendra en nosotros la frialdad en el trato, el desvío, la indiferencia, la temeridad, la injusticia en el juzgar, la crítica en el hablar y la parcialidad, en el proceder, además de la malquerencia, actitud, antipatía...

¡Cuánta miseria, hermanita amada! ¿Y no cabe todo esto entre almas buenas y que dicen amar mucho a Jesús?

Hermanita: ¿tienes algo que reprocharte en esta importantísima materia? ¿Amas a tus hermanitas? ¿Las amas a todas? ¿Haces acaso distinción entre hermanita y hermanita en tu Centro? ¿Guardas tus preferencias para unas pocas, mirando a las demás con indiferencia? ¿Llegas a no amar a algunas? ¿Qué siente tu corazón para ellas? ¿Qué dice tu lengua, cuando de ellas habla? ¿Qué te dice tu Cristo desde la Cruz? ¿Qué tu Jesús desde el sagrario? ¿Qué tu lema, «Serafín en el Amor»?

=====

19. TRES LECCIONES

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.-

a) Cualquiera que mirare a una mujer con el deseo hacia ella, ya pecó en su corazón... Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale... Si tu mano derecha es la que sirve de escándalo..., córtala y tírala lejos. (Math. 5,34-37)

b) de ningún modo juraréis sin justo motivo: ni por el cielo... ni por la tierra... ni por Jerusalén... ni tampoco por vuestra cabeza... sea vuestro modo de hablar, sí, sí; o no, no: que lo que pasa de eso de mal principio viene... (Math.5,27-30)

c) Guardaos bien de hacer vuestras obras... con el fin de que os vean; de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre... Y así, cuando des limosna, no quieras publicarlo a son de trompeta... Más tú, cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no aperciba lo que hace tu derecha... Cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre... Cuando ayunéis, no os pongáis tristes... (Math. V. 1-6)

AFECTOS Y SÚPLICAS... *¡Oh, Señor! ¡Qué bellezas tiene vuestra Ley...! Pero, Señor, ¡Qué frágil me siento yo a la vista de sus perfecciones...! Una mirada de concupiscencia..., un deseo ilícito fomentado en mi corazón, me mancha y me hace indigna de vuestras complacencias... ¡Oh! ¡Quién me libraré de este cuerpo de pecado!...*

Nos queréis limpios, transparentes, sin dobleces ni tapujos. Prudentes como la serpiente, y simples y sencillos

como la paloma. ¡Sí, sí; no, no! ¿Hay cosa más clara y perfecta en nuestras relaciones?...

Y todo ante vuestros ojos y para vuestra gloria...: rectitud de intención, elevación de miras, santificación de nuestros actos...

¡Oh, Señor! Es preciso que me transforméis... Dadme un corazón recto...

=====

PUNTO I.- Castidad

La Ley antigua, para proteger el honor del matrimonio, contentábase con prohibir el adulterio y el deseo del mismo. En cuanto a la castidad de las no casadas, quedaba una sensible laguna... Y la santidad del matrimonio estaba imperfectamente protegida, ya que hasta la misma ley que prohibía el adulterio había sido relajada escandalosamente, y tanto se había abusado de la tolerancia del divorcio que aun la misma fe conyugal, en el transcurso de los tiempos, había perdido todo su vigor y defensa.

Por eso, Jesús entra aquí hasta el fondo de la cuestión y envuelve en una prohibición enérgica, no sólo los pecados externos y consumados, sino todas las codicias de la sensualidad, comenzando por la simple mirada y abarcando todos los pecados internos de concupiscencia y deseos deshonestos, y, en general, toda impureza bajo todas sus formas.

Y esta prohibición es tan formal y severa que manda estemos prontos a sacrificar lo más precioso, lo más querido y lo más necesario, como son el ojo, la mano y el pie, si el pie, la mano y el ojo nos son ocasión próxima de pecado impuro.

Pocas veces ha estado el Salvador tan enérgico y tan rajante como en esta solemne ocasión.

Aquí no admite condescendencias, excusas y razones aparentes; no hay tolerancias en esta materia; bajo pena de Gehenna o de fuego, manda cortar la mano y el pie y arrancar el ojo, si es preciso tan costoso sacrificio para la guarda de la castidad.

Hermanita: Grande debió ser la relajación de aquellos tiempos en que el vínculo del matrimonio era mera ceremonia, la virginidad no existía y la castidad en general era un nombre vacío de sentido. Por eso, el Divino Legislador concreta los puntos sobre la guarda de esta virtud enteramente evangélica.

Mas hoy, a los veinte siglos, la influencia del semipaganismo que nos ha invadido, ha vuelto desgraciadamente a relajar de nuevo estos sagrados vínculos, asestando duros golpes a ley que ordena la guarda y el cultivo de tan santa y angelical virtud.

Preciso se hace, hoy como entonces, recordar al mundo cristiano, que acomoda su conducta a interpretaciones benignas sobre tantos incitamentos al pecado y que hace compatible la exquisitez de la virtud angélica con las torpezas escandalosas (medios inventados por Satanás para la perversión de las almas), recordar, digo, los enérgicos simbolismos por medio de los cuales nos enseña Jesús qué cosas y cómo deben sacrificarse para evitar todo pecado carnal, sea interno o externo.

Costosa es esta virtud, porque es contraria a nuestra naturaleza corrompida, costosos son los medios que deben emplearse para su guarda y costosos los sacrificios que exige, muchas veces, su defensa en medio de las sollicitaciones del mundo que nos rodea.

El alma que pacta con las ocasiones del pecado: diversiones, modas, lecturas, etc., buscando razones para

seguirlas y que no está dispuesta a cortarlas, aunque les cuesten tanto como el arrancar el ojo o cortar la mano, no entiende la ley de Cristo sobre esta virtud.

¿No ves, hermanita, cómo la Alianza en esta materia corta por lo sano y no admite condescendencias y dispensas con la carne?

Para el triunfo de la pureza no hay otro camino. No te extrañe, pues, que tu reglamento sobre este punto sea tan exigente y tan riguroso. No hace más que seguir la doctrina evangélica trazada por el mismo Maestro divino.

=====

PUNTO II.- Sí, sí; no, no

Jesús no prohíbe el juramento hecho en verdad, con respecto y por necesidad. El juramento es bueno en sí y defiende el honor de Dios. Pero los fariseos recurrían al juramento con culpable ligereza, distinguiendo juramentos que obligaban y juramentos que no obligaban. Los mismos paganos se extrañaban de que los judíos violasen tan fácilmente sus juramentos sin el menor escrúpulo, valiéndose de restricciones mentales, disimulos y tapujos con que disfrazaban sus aviesas intenciones.

Contra esta conducta de insinceridad opone el Señor la verdadera simplicidad en el hablar, con estas bellas palabras: «Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí; no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio viene...»

Buena falta tiene de esta lección divina nuestra falsa e hipócrita sociedad. Se jura, se miente, se disimula la verdad por cualquier interés personal. Hemos llegado a tal estado de cosas que ni lo que se escribe, ni lo que se exhibe, ni lo que se dice en tono serio lo creemos.

Hermanita: santos ha habido que estaban dispuestos a que se les arrancase la lengua, antes de caer en una leve mentira. Jesús es la verdad, y tan noble y llanamente la dijo siempre que los mismos fariseos confesaron que era veraz y que enseñaba el camino de Dios conforme a la pura verdad. (*Math. XXII, 16*). ¡Cómo contrasta su conducta sencilla y clara, con la hipocresía y doblez de sus eternos enemigos!

Abominamos en la Alianza el disimulo, el disfraz, el doble sentido, la hipocresía la falta de sinceridad, de simplicidad, de sencillez y de claridad. Una hermanita indefinible, de dos caras, que con la sonrisa en los labios mezcla el veneno del corazón y hablando una cosa siente otra, esa es traidora a su vocación, es alma farsante, es lobo con piel de oveja, ostenta la virtud que no tiene y oculta el vicio que tiene. Esas son las vírgenes fatuas que viven de bengalas de colores y de aceite prestado...

Las almas transparentes no temen la luz y la verdad, dicen lo que sienten, sienten lo que viven y viven netamente el Evangelio, la verdad.

¡Cuán bello es el reino de la verdad en la sencillez y simplicidad de nuestra lengua!

En las Casas, en los Retiros de la Alianza, debe reinar esta virtud. ¿Para qué, hermanita amada, tantas excusas, tantos disimulos, cuando es deber tuyo decir humildemente: sí, sí; no, no?

¡Oh, Señor: si siempre habláramos considerándote delante de nosotros, Tú, que oyes lo que decimos y ves lo que somos, de qué otra manera nos portaríamos!

PUNTO III.- Humildad

Sigue Jesús atacando la vanidad y la hipocresía. Los fariseos, ocultando sus graves vicios con malicia diabólica, hacían alarde de sus obras en presencia del pueblo. Oraban

en plazas públicas, hacían limosnas con reclamo y ayunaban con alarde de mortificación, tomando con aire lúgubre y llegando a salir por las calles con barba hirsuta, cabellos en desorden y semblante tristón.

Contra esta vana ostentación de falsa religiosidad señala el Señor, con su voz evangélica, los rasgos característicos de la verdadera humildad. «Mirad que no hagáis vuestras obras de santidad delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los Cielos... Cuando hagáis limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto... Cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no entiendan los hombres que ayunas». (*Math. VI*).

Advierte aquí el salvador que no hagamos las buenas obras para obtener el aplauso de los hombres.

No prohíbe la publicidad en sí, puesto que alguna vez esta publicidad puede ser obligatoria; lo que prohíbe es hacer las obras por vanagloria, por ser alabados. Obrar por ostentación, no sólo quita mérito a nuestras obras, sino que las convierte en verdaderos pecados de hipocresía. A los que así obran, por tres veces los llama *hipócritas*, y que sus obras son estériles para la vida eterna, ya que han recibido su galardón.

Hermanita: ¡cuántas almas piadosas caen en esta grave tentación! ¡cuánta obra buena se lleva el diablo! Si muchos hombres dejan de hacer buenas obras por respeto humano, muchas mujeres las hacen para merecer el aplauso de las gentes. ¡Cuántas bajezas se encubren bajo la capa de una falsa piedad! ¡Cuántos reclinatorios y comulgatorios decoran la fachada de almas miserables, de vida farisaica! ¡«Hipócritas, ya han recibido su galardón»!

La Alianza debe vivir en contraste con todas estas almas. La Alianza debe vivir en todo y siempre la verdad. La Alianza tiene su ideal, que es el más puro amor de Dios; por eso, la Alianza no se busca jamás; busca a Dios y su gloria...

Hermanita amada, tu vida seglar te confunde con toda clase de almas, para que nadie sospeche del secreto de tu vida de justicia... Tu pureza virginal, tu sacrificio y martirio, tu amor total para Jesús, se ocultan bajo la sencillez y humildad de una vida de Nazaret llana y corriente. ¡Oh! ¡Qué nadie descubra tu secreto, sino «tu Padre que ve lo más oculto y secreto»! ¡Que tus obras buenas de *desprendimiento*, de caridad, de celo, de apostolado por las almas, no se *exhiban* en el mercado del vano aplauso...! ¡Que tu piedad, tu oración, tus virtudes lleven su sello de autenticidad, que es la sencillez y el ocultamiento! ¡Que tu conducta toda sea la de una joven que vive al *natural*, sin fingido, ni disimulado, ni orgulloso pregón en sus obras de santidad!

Sé humilde ante Dios, ante el mundo y ante ti misma; vive de obras humildes y sin brillo, y, si Dios quiere que tengas algo digno de loa, cuida de que nadie lo aperciba, no sea que el aplauso de los aduladores te robe su mérito. Sé virgen prudente, y guarda bien escondido el aceite de tus obras de santidad, para que, en el día de las bodas del Cordero, tu lámpara luzca y brille con resplandores eternos.

Habla ahora a Jesús con el candor y sencillez de una niña; dile que te dé la gracia de ser del número de aquellas almas pequeñas, ingenuas e infantiles que anuncia la Santita de Lisieux.

=====

20. ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles. Que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos... Ved pues, cómo habéis de orar: «Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre; Venga el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra...» (*Math. V,7-14*).

AFECTOS Y SUPPLICAS...- ¡A qué extremos llega, Señor, vuestra ternura paternal con nosotros!... A la ignorancia e insuficiencia de no saber nosotros lo que hemos de pedir y cómo hemos de pedir. Vos piadosamente dais el remedio, enseñándonos y señalándonos el modo y las cosas que hemos de pedir...

Bien sabéis Señor, lo que hemos de pedir, porque Vos sabéis lo que necesitamos en este infelicísimo destierro... Ya sin pedir nosotros remediárais nuestras necesidades... Pero Vos queréis que, forzados por la necesidad, entablemos esta confiada comunicación con Vos y con el Padre...

*La necesidad nos obliga a recurrir a Vos y al Padre, con la dulcísimo palabra que sale de vuestros labios. **Padre nuestro:** para que padre e hijos, en este forzoso intercambio, se comuniquen, se saluden, se conmuevan, se quieran y se amen...*

¡Oh, buen Padre! Con Vos conversamos en la oración, tenemos mutuas comunicaciones; a Vos pertenecen nuestros intereses... ¡ojalá que a nosotros nos interesen vuestros intereses: vuestra gloria, vuestro reino, vuestra voluntad!...

¡Señor! Enseñadnos a orar... El mundo conversa con los mundanos... La Alianza, que nada quiere con el mundo tiene que conversar con Vos en las cosas que tocan al espíritu... y en lo necesario para vivir...

=====

PUNTO I.- Padre nuestro

¡Cuántas bellezas encierra el Sermón de la Montaña! He aquí una de ellas.

En el sublime documento, memorial de sus preceptos, consejos y recomendaciones, no podía faltar el de la oración.

Orad; «pero, cuando oréis, no lo hagáis como los hipócritas. » «Cuando orareis, entrad en el aposento y, cerrada la puerta, orad al Padre en secreto». Mas Jesús no se contenta con darnos su precepto, sino que añade un modelo concreto de oración, enseñando a sus discípulos el modo de dirigir a Dios, en pocas palabras, una ferviente oración.

Condena la oración de vana y prolija palabrería, al uso de los gentiles, pero recomienda el continuado afecto del corazón.

«Una cosa es, dice San Agustín, prolijo discurso y otra prolijo afecto...»

«Padre nuestro que estás en los Cielos» son palabras destinadas a mover el Corazón de Dios. «Padre del Cielo», encierra respeto y amor, veneración y confianza. «Padre» suena a algo cercano, algo propicio, algo mío...«Cielo» revela alteza, excelsitud, grandeza y sublimidad. Esta palabra nos une con Jesús, que también le llama «Padre» como nosotros; el mismo

Es «Padre» por la Creación, por la Redención hecha por su Hijo, por la regeneración en el bautismo, por la

adopción en que nos hizo hijos suyos, por la vocación por la cual nos ha llamado a la herencia de la bienaventuranza.

Padre «nuestro». Jesús quiere que todos entremos en la *paternidad* que por naturaleza le correspondía a El solo y que por gracia nos llega a todos. Todos somos hijos de un mismo Padre, todos hermanos en una misma paternidad. ¡Maravillosa unión entre el Padre y los hijos y de los hijos todos entre sí en la gran paternidad de Dios!

He aquí la eficacia de esta oración: «Cada uno, dice San Ambrosio, ora por todos y todos oran por cada uno.» Y en esa comunidad de oración entra la oración de Cristo, nuestro Hermano mayor, de quien nuestra oración tiene toda eficacia y poder.

Hermanita: tu oración es una conversación, un coloquio íntimo entre el Padre y la hija. Al decir: Padre, subes a sus brazos, como una niña a los de su padre y el Padre te recibe en los suyos amorosos, para escuchar tu oración. ¿Cabe más estrecha relación? ¿Cabe más íntima unión? ¿Cabe más confianza y expansiva comunicación? ¿Y si el mismo pecador, desde el abismo de sus grandes miserias, puede dirigirse a Dios con esta dulcísima palabra de «Padre», ¿qué diremos de una hermanita de la Alianza que, por predilección divina, es hija mimada de ese Padre, cuyo amor llega a darle por Esposo a su propio Hijo?

Y observa, hermanita amada; no es la Iglesia, ni un Pontífice, ni un Santo, sino el mismo Cristo Jesús quien así nos une con su Padre y nos manda llamarle con tan dulce Nombre.

No hay distinción de trato. El siervo y el hijo no llaman de la misma manera al señor de la casa. Jesús y yo, en cambio, usamos la misma palabra y título con el Padre, porque es Padre de los dos.

Hermanita: acércate, llégate a El, no le llames de lejos; no hay distancias entre el Padre y la hija. Él es tu Padre, y baja y viene a ti; tú eres su hija, y subes a Él, hasta desaparecer toda distancia. El Padre escucha a su hija, la hija habla a su Padre. Ten buen ánimo, confía y no temas, confía y acércate.

=====

PUNTO II.- Santificado sea tu nombre

Los intereses de Dios son nuestros primeros intereses. Al ponernos en coloquio con Dios, primero debemos acordarnos de Él, que de nosotros mismos.

Miremos primero al Padre: «Santificado sea tu nombre...» La gloria de su Padre es el primer pensamiento y el primer grito de su divino Hijo. «Yo no busco mi gloria, hay quien se ocupa de eso; Yo he venido al mundo a ser gloria de mi Padre». Y a esta glorificación quiere asociar Jesús a todos los hombres.

Cada vez que el hombre se pone al habla con Dios, debe ser para entonar un himno de alabanza y adoración a su Santo Nombre. En el maravilloso concierto de la gloria que la Creación entera: el Cielo y la Tierra y los abismos son todos los seres que en su inmensidad viven, entonan a Dios, el hombre rey, con su lengua, con su inteligencia y con su corazón, debe ser el que todo lo recoja, lo dirija, lo encamine y lo exprese y dé vida con su rezón y con su fe.

Todo honor, toda gloria, toda bendición, toda adoración a la Majestad y Grandeza a la Santidad y Justicia, a la Bondad y Amor de Dios, nuestro Padre; he ahí el primer deber nuestro de cristianos, de siervos, de hijos de Dios.

Y, siendo Él el Rey eterno, glorioso y universal, el advenimiento de su reino será nuestro primer anhelo y nuestra primera petición.

«Venga a nos tu reino...» ¿Hay cosa más importante que pedir?

El reino de la Iglesia, el reino de la fe; el reino de su Ley y de su Evangelio en todo el mundo fiel e infiel. El reino de Cristo en las almas, el reino de la gracia, el reino de su Amor, de su Corazón; la destrucción del reino del pecado y de Satanás.

El reino de la gloria, el reino del cielo, el reino de Dios Eterno y el nuestro con El eternamente; el reino que pidió el Buen Ladrón desde la Cruz.

El reino de Dios en los pueblos, el reino de Dios en las leyes, el reino de Dios en las organizaciones humanas, el reino de Dios en las costumbres.

Mas de tal suerte sea Rey y Soberano, que todos seamos sus súbditos, sus siervos, sus hijos, y, como tales, hagamos su santa Voluntad. Que la Creación, y en ella el hombre, doble su cerviz y obedezca; que la voluntad de Dios lo mueva y dirija todo y lleve a todos a su fin.

Hermanita: esta primera parte de la oración dominical es y debe ser siempre tu oración favorita.

El mundo ora poco, y de los que alguna vez oran, pocos se acuerdan de buscar a Dios por Dios. Las propias necesidades nos fuerzan a orar; en cambio los intereses de Dios parece que no nos interesan.

Un alma consagrada a Dios en la Virginidad debe, ante todo, buscar a Dios, su gloria, su reino, su servicio; el conocimiento, la alabanza, la adoración de su Padre, tan desconocido, tan abandonado, tan despreciado... Su reino de Amor en el mundo sobre todos los demás intereses, su seguimiento, su voluntad, su *entrega* absoluta... ¿Hay algo más vital en la vida de una hermanita?

Jesús ha puesto en tus labios esta oración; de los suyos salió un día, para que tú la supieses y la repitieses...

¡Qué bella oración en los labios de una hermanita que, al pasar en medio del bullicio de la gente, va repitiendo con fervor: «Padre..., santificado sea tu nombre! ¡Venga a nos tu reino! ¡Hágase tu voluntad...! Te adoro y te alabo, Padre nuestro, y que este mundo distraído te conozca y te ame...»

Tu reino, Señor, el reino de tu justicia, de tu paz y de tu amor, es el reino de la felicidad... Todos súbditos tuyos, siguiendo tu ley, tus caminos, cumpliendo tu voluntad como siervos buenos y fieles...

Sea esta la *oración* predilecta de la Alianza.

=====

PUNTO. III.- El pan nuestro de cada día

Después de haberse ocupado primeramente del honor y gloria de Dios, el cristiano tiene derecho a pensar también en sus intereses personales y a recomendarlos piadosamente a Dios.

Sabe bien Jesús que el hombre no es señor de su vida y de su sustento. El Creador le dio la existencia, y Él se la conserva y a Él debe recurrir, como hijo al Padre.

No basta sembrar, no se basta el hombre; Dios da la fertilidad y Dios madura los campos. Es preciso que el hombre crea en su propia pequeñez e insuficiencia, para pedir humildemente a Dios el pan de cada día, en lo que se representan todas las necesidades corporales. Y, ¿qué diremos, tratándose de las necesidades del espíritu?

¡Qué pobre es nuestra alma! ¡Cuán débil quedó desde el pecado de Adán! Sin norte, sin luz, sin orden; su razón obscurecía, su indulgencia a la deriva, su voluntad impotente y prisionera, el corazón hecho a toda clase de defectos, la

imaginación merced de todo sueño, las pasiones en un torbellino incesante, toda asediada de enemigos que le amenazan y la estrechan por dentro y por fuera. ¡Pobre alma mía!

Y Jesús la ama, y por ella vino al mundo, y por ella subirá al Calvario, y por ella quedará en el Sagrario.

«Orad sin cesar, dirá a sus discípulos, porque sois flacos, orad para que no entréis en la tentación. Es preciso orar, sin flaquear nunca.»

Manda orar, al que está caído, para que Dios le levante, perdonándole sus pecados; «Perdónanos nuestras deudas». Manda orar el que está en pie para que no caiga: «No nos dejes caer en la tentación. » Manda orar a todos para que seamos libres de todos los males corporales y espirituales, de que estamos rodeados, pues ya el mundo está todo puesto en maldad.

Hermanita: ¡Cuán necesaria te es la oración! Dios, por especial vocación, te ha colocado en medio de un mundo perverso y malo. Cada día y cada momento necesitas de su paternal cuidado y providencia.

La Alianza no tiene otra salvaguardia que la solicitud paternal de Dios, que la guarda, cuida y sostiene, como el pajarito en el alero y al lirio en el valle.

Hermanita amada, no hay Padre como este tu Padre... ¡Tu Padre! ¡Oh, si te dieras cuenta! ¡Si conocieras sus entrañas paternas, su amor...!

Padre nuestro, Padre de la Alianza que estás en el Cielo, en el cielo de las almas, que las escogiste para trono de amor en medio del mundo, a fin de que, reine en ellas, ellas te glorifiquen, cumpliendo siempre tu voluntad.

Danos el pan nuestro de cada día con mano dadivosa...; danos el bien temporal necesario...; perdónanos nuestras deudas, nuestras ingratitudes, infidelidades y miserias...; no nos dejes caer en la tentación, en las ocasiones y peligros del mundo, en las redes que nos tiende el enemigo...; líbranos de todo mal, Tú que nos has puesto en medio del mundo sin más camino, ni defensa que tu providencia amorosa.

Tus hijas te confiesan por Padre; de Ti lo esperan todo y te aman, porque eres Padre suyo y nuestro.

=====

21. LA SENDA DE LA ALIANZA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Entrad por la puerta angosta: porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Oh, que angosta es la puerta, y cuán estrecha es la senda que conduce a la vida eterna: y que pocos son los que atinan con ella!... Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de oveja, mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos u obras los conoceréis... No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre Celestial!... (*Math, VII,13-23*).

AFECTOS Y SÚPLICAS...- ¡Dios mío!...
*terminantes son estas sentencias... No caben interpretaciones benignas a favor de los perezosos... ¡El camino ancho y cómodo, es el que lleva a la **perdición!**... ¡El camino estrecho y espinoso es el que lleva a la **vida** eterna!... ¡Los maestros falsos enseñando el camino ancho de la perdición!... ¡Los verdaderos apóstoles, enseñando la senda estrecha y segura de la **VIDA!**...*

Y es cierto; lo dijisteis Vos, y en todo tiempo se ha cumplido: Por el camino ancho van los más... Sólo los santos han abrazado el camino estrecho... ¡los demás...! ¡qué dolor!...

La Alianza, Señor, ha optado por lo más seguro, por la puerta de la vida, la que Vos le señalasteis, y no puede salir de ella...

¡Oh, Señor! Que esta obra jamás ensanche sus caminos; mantenedla en la senda estrecha que conduce a la vida... Dad alientos a todas vuestras hermanitas para que sigan, contra corriente, el camino estrecho que eligieron...

PUNTO I.- Camino ancho

Acaba el Señor de detallar su ley evangélica, añadiendo a la antigua, vaga y adulterada por los judíos, nuevos y delicados perfiles que la perfeccionan y la estrechan; y manda abrazarla y seguirla por medio de la bella comparación de la puerta y senda estrecha...

En contraposición a ella, se encuentra la puerta y camino ancho que lleva a la perdición.

Camino ancho es el de los que mutilan el Evangelio y toman de él lo que les conviene.

Camino ancho es el de los que reducen la Ley de Dios a ciertos actos graves y trascendentales.

Camino ancho es el de los que hacen compatibles la vida cristiana con la ancha moral y las máximas exigencias del gran mundo.

Camino ancho es el de los que creen estar formados, sin mojjaterías ni ridiculeces, a tono con la vida moderna.

Camino ancho es el de los que interpretan la doctrina y la moral de la Iglesia, las Encíclicas y los Documentos Pontificios, con espíritu amplio, indulgente y tolerante.

Camino ancho escogen, aunque no quieran creerlo, los que tratan de rodear su vida cristiana con todas las comodidades, facilidades, regalos, caprichos y modos fáciles y suaves.

Camino ancho llevan los que no quieren entender de vencimientos, de sacrificios, de mortificación, de abnegación, de cuestras arriba, de renunciaciones costosas y de aceptaciones dolorosas.

Camino ancho han escogido los piadosos que juntan el reclinatorio con el palco, el víacrucis con el paseo nocturno, el retiro mensual con el salón bullicioso, los ejercicios cuaresmales en traje de penitencia con las playas veraniegas en ligerísima ropa de baño...

Camino ancho llevan todos los que no van por el que ha trazado con sus divinos retoques el divino Legislador, Cristo Jesús.

Y este camino, ancho y cómodo, sembrado de ricas alfombras y olorosas flores, camino de alegres compañías, de deliciosos festines y pasatiempos vanos..., tiene su término en la perdición eterna, «y muchos son los que entran por él».

Hermanita amada: No dejará de presentarse a tus oídos, con silbidos de sugestiva sirena, tu infernal enemigo, brindándote, como un día a Cristo en el desierto, la felicidad de un reino deslumbrador, de dicha única soñada.

¿Para qué tanto rigor en una Alianza de beatas que, con presunción loca, sueña en una santidad que ni en los claustros más austeros es quizás corriente?

¿A qué vienen esas reglas, esos lemas, esos caminos, que el Evangelio señala sólo para unos cuantos muy escogidos?

¡Vano orgullo es el de esas jóvenes y sus directores que, con exagerados rigorismos, siembran la confusión y turban las conciencias entre tantas almas buenas y sencillas, pretendiendo, con falsa humildad, lo que no ha sido posible en los veinte siglos que lleva la vida de la Iglesia!

Deja locas aventuras, que, si no naciste para vivir religiosa en el convento, no hay por qué pretender filigranas en medio de un mundo tan distraído y tan difícil de sortear. No pretendas cosechar flores de claustro entre las espinas del desierto. Sigue el camino trillado y pisado por tantas buenas almas que te han precedido a través de los siglos gloriosos de la Iglesia.

¡Hermanita! ¿no ha sonado alguna vez a tus oídos un reclamo tan razonado, tan gustoso y tan halagüeño? ¿Qué hay

en el fondo de él? ¡El camino ancho que a muchísimos, no lo han seguido, los ha llevado a su perdición! No atiendas, hermanita, a tales sofismas. No aflojes en tu camino. Teme el camino ancho, que algunos han intentado corregir a última hora y no lo han podido conseguir.

El camino ancho no es tan malo para vivir; pero es desastroso y fatal para morir... ¿Por qué linderos andas?

=====

PUNTO II.- Puerta estrecha

La angosta puerta y el camino estrecho de que habla el Señor, por el cual se entra en el reino de Dios, es, según San Agustín, su santa Ley.

Acababa de estrecharla con detalles de perfección, elevándola a la altura que correspondía a la nueva vida evangélica, y manda a todos terminantemente: «Entrad por la puerta angosta. » Como si dijera Entrad y caminad por la Ley perfecta y detallada que os he mostrado.

«Hay dos caminos, dice San Ambrosio (*in Psalm. I*), uno de los justos, otro de los pecadores; uno de equidad, otro de impiedad. El de los justos es más estrecho, el de los injustos es más ancho; aquél de sobriedad es angosto, éste es de ebriedad más ancho, donde caben todos los fluctuantes. »

Luego todo aquel que de veras busca su salvación eterna, necesariamente debe emprender su carrera por el camino estrecho.

No se trata de dos caminos, uno de los cuales sea de los que simplemente tratan de *salvarse* y otro de los *perfectos*; sino de los que se salvan y no se salvan. No cabe elección; todo el que quiera salvarse, ha de abrazarse con el camino que conduce a la *vida*. Y no tomar este camino, dejándolo para

más tarde y siguiendo al presente al ancho y cómodo de las mundanas, es exponer seriamente la eterna suerte.

Aquí se han equivocado muchas almas infelices. ¡Cuánto debió de sentir este desvío de las almas el Maestro divino, cuando de nuevo vuelve a repetir, con triste admiración, las palabras de arriba: «Cuán angosta puerta y estrecho camino es el que lleva a la vida, y cuán pocos son los que la hallan! »

Hermanita: dejemos a un lado la cuestión de si son más los que se salvan o los que se pierden; ambas opiniones tienen graves fundamentos. Las palabras de Jesús aquí son terminantes, asegurando: a) que el camino que conduce a la vida es estrecho; b) que por este camino van pocos. Los más que siguen el camino ancho, si alguna vez, suponiendo la asistencia y llamamiento de la gracia, no vuelven a desandar sus pasos y entran en el camino estrecho, terminarán en la perdición.

La Alianza desde su fundación optó por el camino estrecho, y por él marcha hoy, contra corriente de los que la motejan de estrecha e imposible. En la hermanita no caben deliberaciones; ya sabe que la puerta de la Alianza es estrecha y estrechos sus caminos; el espíritu amplio, condescendiente, acomodaticio, tolerante, no cabe en sus sendas; estas están marcadas y reducidas por los perfiles de la Ley y del Evangelio completo, total, sin resquicios ni escapes.

Por eso, no te extrañe, hermanita, que las más no quieran entrar por esta puerta ni caminar por esta senda. Dicho está por el Señor que son pocas las almas que se deciden por seguirla.

El camino del mundo sugestionada; el camino de la Alianza es espinoso y no atrae...

Considera los términos: aquel acaba en la perdición, este te lleva a la *vida*. E mandato de Jesús a la Alianza es: «Entrad por la puerta estrecha». Y no vuelvas tu rostro atrás...

=====

PUNTO III.- Los falsos maestros

Jesús sabía que los maestros de Israel, con falso disimulo, enseñaban el camino ancho, interpretando flojamente la Ley y los preceptos. Por eso, al señalar los detalles de la Ley evangélica y trazar para todos el camino estrecho de la *vida*, les pide cuidado y atención sobre los falsos doctores de la Ley.

Y como señal para distinguirlos, añade: «vienen a vosotros disfrazados con piel de oveja, mas por dentro son lobos voraces».

Piel de oveja: exterior apacible y atractivo, palabras brillantes, frases seductoras, doctrina halagadora y acomodada al bien y costumbres del mundo, virtudes brillantes, de mucho resplandor y fáciles...

Por este bello exterior encubre a «lobos rapaces». El distintivo más seguro entre buenos y malos doctores está *en su vida*, en sus obras; en ello se conoce el hombre tal como es.

Por eso, el Señor vuelve añadir: «Por sus frutos los conoceréis». ¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas?

Con esto venía el Señor a argüir la conducta pésima de los maestros que tenía aquel pueblo, que enseñaban mal y obraban peor.

Buena lección era esta para los nuevos doctores del Evangelio, que estaban allí presentes, cuyos frutos en el

apostolado dependían de su vida y de su sacrificio, yendo a la cabeza de sus ovejas por la senda estrecha...

Hermanita: Bien te viene a ti esta lección del divino Maestro.

Gracias sean dadas a Dios, porque la Alianza tiene sus legítimos doctores y maestros, que conocen bien su doctrina y ajustan a ella toda su vida íntima y apostólica.

Estos que, primero para sí, se han trazado el camino estrecho y han entrado por la puerta ANGOSTA de la abnegación y sacrificio, viven íntegramente el espíritu de la Alianza en su mayor vigor.

Como sacerdotes de la Alianza, tratan de identificarse con la Obra, haciendo carne y sangre la vida de la Alianza, para que no se diga de ellos que por fuera son ovejas y por dentro lobos. A estos, por sus frutos, por sus obras, los conoceréis pronto. Y como ellos van por el camino estrecho, no hay peligro de que ensanchen su senda a la Alianza. En ellos está toda la seguridad y garantía de la Obra a través de los tiempos.

Pero no todos, por desgracia, pertenecen a esta *grey escogida*. Hay para quienes la puerta angosta y la senda estrecha resulta demasiado reducida y no caben por ella. Los perfiles de una vida profundamente angélica y perfecta son filigranas que se escapan a su torpe mirada. No se les puede hablar de los altos ideales de perfección; su vuelo, si es que lo tienen, es a ras de tierra...

Hablarles de una Alianza de perfección, es casi un escándalo para ellos. Un alma tibia no cree posible ni viable la sublimidad de la perfección en la vida puramente seglar.

Y la Alianza ha de tropezar frecuentemente con almas, que fácilmente sientan plaza de doctoras y *maestras*, las

cuales, a la desgracia de ser desviadas ellas, tratan de añadir la de otras, que ciegamente se dejan guiar de otras ciegas.

Hermanita: Escúchalo bien; todo aquel que cree excesivamente *estrecho* el camino que señala la Alianza y trata de *ensanchar*, con interpretaciones benignas y dispensas injustificadas, su Reglamento, es lobo con piel de oveja. No le creas ni le sigas.

Importa poco que sea persona amiga y allegada tal vez; si no vive el espíritu de la Obra, no es posible que la entienda, y, si no la entiende, no te la puede enseñar; he ahí un ciego que quiere guiar a otro ciego, para venir a caer los dos en el hoyo.

Cuídate, hermanita, de estas personas. Entraste un día por la puerta estrecha de la Alianza y en su senda estrecha caminas; que nadie te desvíe de ella.

=====

22. LA ALIANZA SOBRE ROCA

TEXTO EVANGÉLICO RESUMIDO.- Cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las **practica**, será semejante a un hombre que fundó su casa sobre piedra. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos...; mas no fue destruida. Pero, cualquiera que oye estas instrucciones... y no las pone por **obra**, será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena; y cayeron las lluvias, y los ríos se desbordaron... y dieron contra aquella casa, la cual se desplomó... (*Math. VII, 24-27*).

AFECTOS Y SÚPLICAS...- ¡Oh, Señor! Queremos una Alianza fundada sobre roca firme y nunca sobre arena movediza... Una Alianza cimentada en la doctrina íntegra, sobre puro Evangelio, sobre tu santa Ley, tu moral, tus consejos, tus virtudes, tu vida, tu amor, tu Corazón...

*Pero la Alianza no es una casa; la Alianza somos nosotras, y nosotras nos cimentamos en roca firme, cuando la doctrina que recibimos en la Obra, la ponemos en **práctica**, cuando la **vivimos**...*

¡Oh, señor! Que la Alianza convierta en propia sustancia, en carne, en VIDA vuestro Evangelio íntegro y total. Que no nos contentemos con decir: ¡qué bien nos hablan!; sino que añadamos: ¡qué bien lo vivimos!...

¡Oh, Salvador nuestro! Que vuestro Evangelio vivido en mi alma sea la roca sobre la que descansa mi Alianza...

*Haced, Señor, que la Alianza no se contente con ruido de palabras... que las **obras** sean los sillares de ella...; que las obras produzcan el aceite de nuestras lámparas...; que la*

vida intensamente vivida sea su llama...Que en la Alianza no haga vírgenes fatuas...

=====

PUNTO I.- «Cualquiera que viene a Mí...»

Jesús ha terminado su maravilloso sermón.

El efecto producido sobre aquel inmenso auditorio es de admiración y estupor ante la verdad, claridad, seguridad, novedad, profundidad, belleza y excelencia de la doctrina que ha salido de sus labios.

La impresión de todos es que aquel, a quien acaban de oír, no es un simple doctor de la Ley, sino el Legislador, Doctor, Pastor y Maestro anunciado por los profetas.

Nosotros sólo tenemos la palabra muerta del Evangelio; ellos oyeron su timbre de voz, vieron su mirada, sintieron su ardor, escucharon su palabra *viva*, dulce, animada e impresionante. Y todo, en un escenario arrebatador: aire libre de la altura, cielo, sereno, campo silencioso, naturaleza sonriente, vistas despejadas y amenas, el pueblo vario y entusiasta venido de todos los alrededores, numerosos discípulos, apóstoles recién elegidos rodeándole, y El, el dulcísimo Jesús, sonriente, sentado sobre una elevación de césped, abriendo sus labios y hablando... Y el pueblo, con profundo silencio, recogiendo una por una sus palabras divinas, obsesionado, cautivado, arrastrado y dispuesto a seguirle con fervor y generosidad.

La doctrina es varia y contiene puntos importantísimos, elevados y difíciles; pero el espíritu, enardecido por lo extraordinario de aquel conjunto, se convierte por toda la masa del auditorio en verdadera exhalación de entusiasmo, de adhesión y de seguimiento al gran Maestro.

Y Jesús aprovecha esta ocasión para darles una nueva lección con que corona todas las demás.

Hermanita: Aunque no le vemos, Jesús hoy como ayer, tiene poderoso imán para mover y arrastrar las almas a sus filas. Por poco que se estudie en las páginas del Evangelio, o se aficione el alma al Sagrario, el divino Maestro influye con irresistible fuerza en nuestro espíritu.

Bastan unos días de retiro espiritual, para que las almas sinceras y sencillas se entusiasmen y se decidan a su seguimiento.

Aunque la doctrina que se nos dé sea fuerte y exija costosos renunciamientos, si tenemos la suerte de que nos destaquen bien la persona real y auténtica de Jesucristo, nos lanzamos hacia Él, arrojando con generosidad todo obstáculo.

¿No es esa tu historia, hermanita amada? ¿No fue El, su figura excelsa, su sencillez, su bondad, su celo, su voz, como silbido de Pastor, su amor probado en el sacrificio hasta la locura, su encanto, su conjunto a través del Evangelio, lo que cautivó tu corazón, para que, dejándolo todo, te pusieras a seguirle?

La misma doctrina, fría y secamente expuesta, por un doctor de la Ley en una Sinagoga, no hubiera movido tal vez a nadie a abrazarla y *vivirla*.

Pero era Jesús, *vivo* resplandor de la doctrina que salía de sus labios, la palabra misma, *viva* y ardiente, que llegaba hasta la médula de sus almas sedientas y anhelantes, y todo el que la recibía con piedad y buena voluntad quedaba cautivo.

Pide, hermanita, que el Evangelio (Jesús en su palabra) y la Eucaristía (Jesús en su Persona real), te arrebaten, te conquisten, te cautiven...

De suerte que, aunque la doctrina sea fuerte, difícil y contraria a tus gustos, Él, Jesús, aquel Jesús sentado sobre humilde césped en el Sagrario, sea más fuerte y poderoso para vencerlo todo y llevarte consigo.

=====

PUNTO II.- La casa sobre piedra

Jesús ha notado la emoción de las gentes, su entusiasmo y voluntad por seguirle; pero acaso esos entusiasmos y voluntad por seguirle; pero acaso esos entusiasmos carecen de solidez y firmeza.

Jesús invita a su pueblo a seguirle, le invita a oír y conocer su doctrina, y aun mejor, le invita a traducirla prácticamente en obras.

El verdadero discípulo de Jesús, que le sigue y no se vuelve atrás, es el que practica lo que ha visto en el Señor y de Él lo ha aprendido.

El «varón sabio e inteligente» es el que tiene en perfecta armonía lo que sabe y lo que obra, el conocimiento y la vida, la fe y las obras.

Las gentes se han entusiasmado de la persona y de la doctrina de Jesús, más su firmeza y estabilidad está en *vivirla*.

Y, para demostrarlo, Jesús aduce una bella comparación: la de una casa que tiene sólidos fundamentos sobre la roca, a la que se unen las paredes. Contra semejante construcción nada pueden ni los ciclones, ni las inundaciones, ni las tempestades de ninguna clase.

Así es de firme e incommovible el hombre sabio e inteligente que ha puesto su cimiento en la roca, Cristo, en quien cree, a quien conoce y a quien imita con obras; al llevar a la práctica sus verdades, vive de su doctrina, de su

Evangelio, de El mismo; sobre El, como sobre roca dura, cimenta su vida.

No importa que ruja la tempestad, que llueva a torrentes, que se desborden los ríos y soplen los vientos, El permanece siempre firme en medio de todos los peligros, entre los embates de las pasiones, en las tentaciones y persecuciones exteriores; ni el día mismo del juicio tendrá nada que temer.

Hermanita: Oír la palabra de Dios y practicarla, cumpliendo en todo su voluntad, es la piedra firme, el cimiento inmovible, la base segura de la casa de tu alma.

Es colocar en su cimiento al mismo Jesús, que viene a ella con su amor, con su poder, con su fortaleza, con su omnipotencia, con su gracia, con sus dones...

La Alianza tiene sus casas (almas) edificadas sobre las cumbres, en medio de los valles, en las riberas, entre riscos, en desiertos, en despoblados, donde el huracán, la tempestad, los vientos, los torrentes y las tormentas son potentes, fuertes y amenazadores.

Tu alma, en medio del mundo, vive expuesta al choque de estos vientos y de estas tempestades y ciclones. Preciso es, por lo tanto, que esté edificada sobre roca dura y firme.

Ahí está tu seguridad. Convéncete de ello, hermanita: La Alianza tiene su fundamento sólido; por eso resiste a las tempestades que mueve contra ella el enemigo.

No temas, pero no seas temeraria. Procura consolidarte y asegurarte y cimentarle sobre la roca, Cristo. Cristo vivo en tu vida de hermanita, el Evangelio, su doctrina, su Ley completa, la Eucaristía, la fe, la oración...

¡Vive, y pon ahí tu fundamento, y serás como la casa construida sobre firme roca!

=====

PUNTO III.- La casa sobre arena

Jesús con la segunda comparación o parábola presenta el reverso de la medalla: al hombre insensato y necio que edifica sobre arena.

Al ruido de la lluvia, al viento y a los torrentes desbordados se añade el de la casa que se derrumba. ¡Triste imagen de la virtud poco sólida, a la que el huracán de la tentación o de las pasiones quebranta y derriba por tierra! Es el hombre estúpido que edifica sobre arena, y, por consiguiente, sin solidez ni firmeza contra las inevitables tempestades de la vida. Ni ahora ni en el día del juicio tendrá tranquilidad. Su ruina será grande y completa.

Severa, pero interesante advertencia es esta, con que el Salvador termina su formidable discurso de la Montaña.

Todos le han oído y caso todos se han conmovido y entusiasmado; mas si no ponen por obra lo que ha dicho Jesús en el sermón, serán tan necios, como el hombre estúpido que ha edificado sobre arena. No basta conocer los preceptos, los consejos y las sublimidades de la doctrina de Cristo Jesús; es preciso guardarlos, observarlos y practicarlos.

«No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese entrará en el reino de los Cielos».

Hermanita: Hay muchas almas necias en el mundo, ávidas de oír al Maestro. No pierden un sermón; se predica como nunca y aún hay hambre de oír más: días de retiro, ejercicios espirituales, instrucciones de formación cristiana, conferencias de moral, dogma, ascética y mística...; Hasta la «radio» se convierte a veces en tribuna para darnos una sesión doctrinal.

¿Hace falta más? ¡Oh Jerusalén, oh Cafarnaún, si en Tiro y Odón..., si en China y en las Indias se predicara una cuarta parte de lo que se sermonea en nuestros pueblos...!

¿Qué falta hermanita amada? Falta hacer *vida*, hacer *sustancia* propia todo lo que se oye y se sabe.

Persuádate, hermanita, de que un gran porcentaje de almas que sienten entusiasmo por Cristo y su Evangelio, están edificando sobre arena. Recrean sus oídos, se emocionan, se enternecen, hasta lloran, oyendo y leyendo cosas tan bellas; pero no las practican, no las observan, no se las aplican, no las viven. Se siembra mucho; pero se siembra en tierra seca, espinosa, pedregosa, estéril...

Hermanita: También tú oyes mucho y lees mucho y ¡qué primores! Para ti existe una doctrina escogida, sustanciosa. Evangelio puro, flor de harina, bien cernida, seleccionada...

Tu Reglamento, tu manual, tu Vida, tus retiros, tus ejercicios... ¿dónde quedan? ¿en la cabeza tal vez? ¿Y de qué vive el corazón? ¿de qué vive tu vida, tu vida de hermanita? ¿Eres por ventura de esas almas muy instruidas, que saben mucho para sí y para otras, mas no convierten en vida propia lo que saben y enseñan?

¡Ah! Entonces eres la hermanita necia, la virgen fatua, que está edificando su casa sobre arena.

Tu casa en la Alianza pronto será un montón de ruinas. ¡Triste recuerdo para las que por allí pasen! Dirán de ti: «Esta hermanita edifico sobre arena».

¿Será esta tu suerte? ¡Hermanita, edifica sobre roca!

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
1	
El paralítico de la piscina.....	3
2	
El paralítico de la piscina (continuación).....	10
3	
Jesús se retira a Galilea.....	17
4	
Recogiendo espigas de trigo.....	25
5	
El de la mano seca.....	33
6	
Vocación de los apóstoles.....	40
7	
Preludio al Sermón de la Montaña.....	47
8	
Bienaventurados los pobres.....	54
9	
Ellos poseerán la tierra.....	61
10	
Los que lloran.....	68

Páginas

11	
Cuarta Bienaventuranza.....	75
12	
Alcanzarán misericordia.....	82
13	
Los de corazón limpio.....	89
14	
Paz en la tierra.....	96
15	
Alegraos y regocijaos.....	102
16	
Sal de la tierra y luz del mundo.....	109
17	
Perfección y cumplimiento de la Ley.....	115
18	
La caridad fraterna.....	122
19	
Tres lecciones.....	129
20	
Oración del Padre nuestro.....	136
21	
La senda de la Alianza.....	144
22	
La Alianza sobre roca.....	152